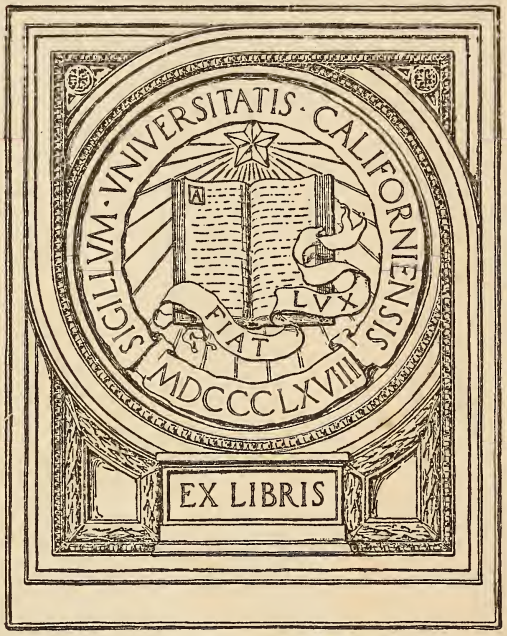
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES



UNIVERSITY of CALIFORN
AT
LOS ANGELES
LIBRARY

COLECCION DE LIBROS CUBANOS

DIRECTOR: FERNANDO ORTIZ

VOL. XI.

POESIAS

DE

JOSE MARTI

ESTUDIO PRELIMINAR,

COMPILACION Y NOTAS

DE

JUAN MARINELLO

CULTURAL, S. A.

LA MODERNA POESIA | LIBRERIA CERVANTES

PI Y MARGALL, 135 | AVE. DE ITALIA, 62

HABANA

1929

POESIAS

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO
CINCUENTA EJEMPLARES NUMERA-
DOS, EN PAPEL ESPAÑOL DE HILO.

José Martí

Busto de Juan José Sicre.

COLECCION DE LIBROS CUBANOS

DIRECTOR: FERNANDO ORTIZ

VOL. XI.

POESIAS

DE

JOSE MARTI

ESTUDIO PRELIMINAR,

COMPILACION Y NOTAS

DE

JUAN MARINELLO

CULTURAL. S. A.

LA MODERNA POESIA | LIBRERIA CERVANTES

PI Y MARGALL, 135 | AVE. DE ITALIA, 62

HABANA

1928

139856

IMPRENTA DE CULTURAL, S. A. - PI Y MARGALL, 135. - HABANA

PQ
7383
C67
v.11

INDICE

Págs.

Nota biográfica IX
El poeta José Martí XV

ISMAELILLO
(1882)

Dedicatoria 3
Príncipe enano 5
Sueño despierto 8
Brazos fragantes 9
Mi caballero 11
Musa traviesa 12
Mi reyecillo 19
Penachos vividos 21
Hijo del alma 23
Amor errante 25
Sobre mi hombro 28
Tábanos fieros 29
Tórtola blanca 35
Valle lozano 37
Mi despensero 38
Rosilla nueva 39

VERSOS LIBRES
(1882)

Mis versos 43
"Pollice verso". (Memoria de presidio) 45
A mi alma 49
Al buen Pedro 50
Hierro 51
Canto de otoño 55
El padre suizo 59
Flores del cielo 61

Págs.

Copa ciclópea 63
Pomona 64
Medianoche 65
Homagno 67
Yugo y estrella 69
Isla famosa 71
Aguila blanca 72
Amor de ciudad grande 73
Estrofa nueva 76
Mujeres 79
Astro puro 83
Crin hirsuta 85
A los espacios 86
Pórtico 87
Mantilla andaluza 88
Poeta 89
Copa con alas 91
Arbol de mi alma 92
Noche de mayo 93
Luz de luna 94
Flor de hielo 97

VERSOS SENCILLOS
(1891)

I a XLVI .....107 a 163
Al doctor Ulpiano Dellundé 165
Al doctor Juan Guiteras 165

VERSOS VARIOS

A mi madre 169
A Micaela 170
Carta de madrugada a sus hermanas Antonia y Amalia 173
Linda hermanita mia 174
¡10 de Octubre! 176
A Fermín Valdés Domínguez 177
A Paulina 178

Págs.

A Fermín Valdés Domínguez 179
Primera Brigada -113 180
A Fermín Valdés Domínguez 181
En ti encerré 182
El Angel 183
¡Madre Mía! 184
Virgen María 187
A mis hermanos muertos el 27 de noviembre..... 189
Magdalena 197
Sin amores 204
A Enrique Guasp de Peris 207
Síntesis 209
Muerto 213
Alfredo 217
María 224
A Rosario Acuña 226
Patro y mujer 232
Dolora griega 236
En estas pálidas tierras 237
Y a ti ¿qué te traeré? 238
A José Joaquín Palma 239
Cesto de mimbres 240
Con la primavera 241
Carmen 242

DE LA EDAD DE ORO

Los zapaticos de rosa 247
Cada uno a su oficio 253
Dos milagros 254
La perla de la mora 255
Los dos príncipes 256

VERSOS ESCRITOS EN ALBUMES

Desde la cruz 261
A Virginia 263
Mis christmas 264

Págs.

A Cocola, en sus natales 265
A Leonor García Vélez 268
A María Luisa Ponce de León 270
A Angelina de Miranda 273
A Ana María Barranco 274
A Candita Carbonell 275
A María Luisa Sánchez 276
A María Entenza 277
Para Tomasa Figueredo 278
A la señora Angelina M. de Quesada 279
A Hortensia Lechuga 280
A Melitina Azpeitia 281
A Nicolás Domínguez Cowan 283
Para Cecilia Gutiérrez Nájera y Maillefert 284
Rimas 286
Un niño de su cariño 290
A Cocola Fernández del Castillo 291

TEATRO

Abdala 297
Amor con amor se paga 311

APENDICE

A mi señor Néstor Ponce de León 341
A Juan Bonilla 345
A Serafín Sánchez 346
A Juan Bonilla 350

NOTA IMPORTANTE. Los versos que, debido a defectos de emplane, ajenos al recopilador, aparecen de la página 286 a la 291 inclusive, debieron ir seguidamente a las páginas 243 y siguientes, en la sección de *Versos Varios*. —*N. del R.*

ERRATA. En la nota de la página 212 se ha sufrido una errata importante. Dice: dos años después de escritos, Néstor Carbonell los envió a la *Revista Martiniana*. Donde hay una coma en el período debió haber un punto.—*N. del R.*

JOSE MARTI

NOTA BIOGRÁFICA

José Julián Martí y Pérez, Libertador de Cuba y su más sobresaliente figura histórica y literaria, nació en la ciudad de la Habana el día 28 de enero de 1853. Fueron sus padres de condición humilde: Mariano Martí y Navarro, valenciano, sargento de artillería y celador de policía, y Leonor Pérez y Cabrera, natural de Santa Cruz de Tenerife.

Comenzó Martí su instrucción en la escuela municipal de su barrio. De ella pasó, a los nueve años, a la de San Anacleto y muy pronto a la de San Pablo, regida por el escritor y revolucionario Rafael María de Mendive. Los momentos que sus estudios le dejaban libres los ocupaba en trabajos obscuros para ayudar al sostenimiento de su pobre hogar.

A los trece años, a instancias y cargo del señor Mendive y con autorización paterna, comenzó sus estudios en el Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana. Su aprovechamiento fué notable, pero acontecimientos decisivos para su vida le impidieron obtener en este centro el título de Bachiller.

A los diez y seis años ya es Martí sospechoso a las autoridades españolas. Colabora en el periódico satírico *El Diablo Cojuelo* y dirige *La Patria Libre*, donde ve la luz su poema dramático *Abdala*. A los diez y siete, descubierta una carta en que él y Fermín Valdés Domínguez tachaban de traidor a un compañero adicto a España, y manifestada enérgicamente por Martí ante el Juez su desafección a los

gobernantes, es condenado a seis años de presidio. Sólo uno sufrió los durísimos tormentos morales y físicos del cautiverio que pintó de modo inimitable en su folleto *El Presidio Político en Cuba*, editado en Madrid en 1871.

La conmutación de la pena por la de destierro lo lleva por breve tiempo a Isla de Pinos y después a España, donde reside hasta 1874. Madrid y Zaragoza comparten su estancia en la península. Dando clases con que sostener una vida de privaciones y fatigas, observando a toda hora, con sorprendente lucidez, la vida política de la metrópoli, en grata camaredería con los intelectuales de más liberales tendencias, orador aplaudido en las Logias, propagandista a toda hora de su ideal separatista, fueron los días madrileños de Martí escuela de riquísimas enseñanzas. La instauración de la fugaz República del 73 pone la esperanza de una rectificación de procedimientos coloniales en el ánimo de muchos cubanos. Martí prueba, en discurso famoso primero, en folleto previsor y penetrante después (*La República Española ante la Revolución Cubana*), la insensatez de todo acuerdo.

En Zaragoza vivió Martí, en la fraternal compañía de Valdés Domínguez, quizás los días más placenteros de su vida trajinadísima. Allí—dice él—"rompió su corola la poca flor de su vida". Colaborando en el *Diario de los Avisos*, tomando parte en actos públicos, anudando, con su natural bondadoso y tolerante (sin renunciar nunca a sus credos) amistades y afectos, dejó en Zaragoza hondo y simpático recuerdo. En la Universidad aragonesa obtuvo los títulos de Doctor en Derecho y Doctor en Filosofía y Letras.

De España, pasando por Francia e Inglaterra, se dirige Martí a Méjico en 1874. Allí vivió hasta los primeros meses de 1877. Esta primera estancia de nuestro poeta en Méjico es uno de los períodos de más intensa vida intelectual para él. Sin olvidar su misión de Libertador, sin abandonarle un momento la visión de la patria esclavizada, se une Martí a los más distinguidos escritores de la época y colabora con ellos en las más destacadas publicaciones mejicanas. En *La Revista Universal* dejó mucho de lo que produjo en aquellos días. En el "Liceo Hidalgo" dió a conocer sus dotes excep-

cionales de tribuno, en el "Principal" sus ensayos teatrales (*Amor con Amor se paga*). En estas actividades fué tomando cuerpo en Martí el entrañable amor por la tierra azteca que no le abandonó nunca. Entonces, y hasta su muerte, le preocuparon con ansias filiales los problemas de Méjico. En todos los sectores de su obra la referencia emocionada al gran pueblo está presente.

De Méjico va Martí a Guatemala, donde profesa, en la Escuela Normal, dirigida por el cubano Izaguirre, cátedras de Literatura y Composición. Allí conoce a la señorita María García Granados, dulce y desventurada inspiradora de *La Niña de Guatemala*, su más popular poema. La separación arbitraria de Izaguirre de la dirección de la Escuela Normal, decretada por el Presidente Barrios, decide a Martí —en la mayor pobreza y recién casado con la señorita Carmen Zayas Bazán—a abandonar su magisterio y salir del país. Largo tributo de gratitud pagó Martí a la tierra "hospitalaria, rica y franca" de Guatemala. Su folleto sobre esta República centroamericana (Méjico, 1878) es de lo más ágil y fresco que salió de su pluma.

A poco de firmarse la paz del Zanjón (1878), regresa Martí a Cuba. En los bufetes de Nicolás Azcárate y de Miguel Viondi trabaja como abogado sin poner entusiasmos en profesión tan contraria a las preferencias de su espíritu. Sus compatriotas conocen por aquellos días la palabra del gran orador en disertaciones en el Liceo de Guanabacoa y en el brindis de un banquete ofrecido al periodista Adolfo Márquez Sterling. Su criterio sobre el problema político cubano, expresado en sus oraciones, y sus constantes trabajos de conspirador, determinan una nueva deportación a España en 1879.

Su segunda y brevísima estancia en la península española sólo le sirve—como expresó en interesantísimas cartas—para reafirmar su opinión sobre el desconocimiento y la incomprensión de los políticos de Madrid en la cuestión colonial. Con la convicción más que nunca arraigada, de que sólo la separación de España daría dignidad a Cuba, se fuga de la península y pasando por Paris, va a Nueva York, donde

comienza a conspirar con un grupo de compatriotas distinguidos. Fracasada la expedición de agosto de 1880, dirigida por Calixto García, Martí marcha a Venezuela.

La influencia de Martí en la juventud intelectual venezolana fué intensa. Gonzalo Picón Febres (*La Literatura Venezolana en el Siglo XIX*) consigna la admiración que su palabra despertó entre los escritores y estudiantes de Caracas. Ocupa la Cátedra de Literatura en el Colegio de Guillermo Tell Villegas, instituye una academia de Oratoria, colabora en la prensa diaria y funda *La Revista Venezolana*. Posteriormente, ya fuera del país, envia correspondencias a *La Opinión Nacional*. Sólo dos números de su revista pudo publicar Martí. La suspicacia y arbitrariedad del Gobierno le hicieron abandonar Caracas en 1881. Para la patria de Bolívar tuvo Martí en todo momento amorosa afección: "Deme Venezuela en que servirla: ella tiene en mí un hijo".

De vuelta a Nueva York comienza para Martí el período más agitado y fructífero de su vida. Hasta su partida para el campo revolucionario—salvo viajes brevísimos por "la otra América"—Martí es en los Estados Unidos no sólo el más abnegado y activo conspirador por la causa cubana, sino el más amoroso propagador de las virtudes y glorias de las Repúblicas del Sur. Obligado a trabajar en los más subalternos menesteres para ganar su pan: empleado en una casa comercial, traductor de *Appleton*, maestro de compatriotas humildes, le sobran horas y energías para representar con brillantez a Uruguay, Paraguay y Argentina y para colaborar con asiduidad en periódicos de todo el Continente. En *La América* y *El Economista Americano*, en *La Edad de Oro*, revista para niños que funda y dirige, en *La Nación* de Buenos Aires, en más de una publicación centroamericana, expresa en estilo personalísimo y con rara valentía, sus reacciones ante los hombres y acontecimientos de la gran República del Norte. Lleno de generosa comprensión para la grandeza de ciertos aspectos de la vida yanqui, señala antes que nadie los quiebros de aquella democracia y prevé y advierte a la América Hispánica los peligros de su vecindad con tan poderosa nación.

De estos años febriles es la más valiosa producción poética de Martí y sus más admirables oraciones. Publica entonces *Ismaelillo* y *Versos Sencillos*, deja en gran parte dispuestos para la imprenta sus *Versos Libres* y termina su versión poética de Lallah Rook, desdichadamente perdida. En actos de recordación cubana, en veladas de carácter literario, deja oír Martí sus inflamados discursos, lo más logrado y perfecto de su obra, quizá porque en ellos pudo vaciar, más adecuadamente que en ningún otro sector de su labor literaria, el anhelo patriótico que orientó toda su existencia.

Al acercarse el año 90 se intensifica hasta el límite la obra apostólica de Martí. Todo su ascendiente personal irresistible y su significación moral e intelectual quedan al servicio de su patria. A unir voluntades, a deshacer intrigas, a esterilizar precipitaciones, a allegar los elementos materiales con que disponer el levantamiento, a preveer los problemas de la guerra y los de la República, se da Martí en sus peregrinaciones por el Sur, entre los abnegados patriotas de Tampa y del Cayo.

En los primeros días del año 1892 redacta las "Bases del Partido Revolucionario Cubano", modelo en las obras de ese carácter. En abril del mismo año, por el voto unánime de los emigrados, es nombrado Martí *Delegado*, puesto que significaba la suprema dirección de la causa separatista fuera de Cuba.

En su condición de Delegado parte Martí a Costa Rica, donde se pone al habla con Antonio y José Maceo y con Flor Crombet. Pasa, dejando encendida simpatía, por Méjico. Visita en Santo Domingo a Máximo Gómez, obteniendo su franca adhesión. Vuelto a los Estados Unidos, visita clubs, recaba fondos para la revolución, redacta el periódico *Patria*, lo dispone todo para el golpe decisivo. Las intentonas del 93 tienen su repulsa. El fracaso de la expedición de enero del 95 le produce hondo dolor. Pero ya el 29 del mismo mes cursa la orden de levantamiento y el 24 de febrero estalla la guerra que da la independencia a Cuba.

Después de accidentadísimo viaje, se une Martí en Santo

Domingo con Máximo Gómez, redacta el famoso "Manifiesto de Montecristi" y con un puñado de valientes toma en Cabo Haitiano el vapor que lo ha de conducir a las costas de Cuba. Con grandes trabajos llega a ellas el 11 de abril.

Unido Martí a las fuerzas revolucionarias, poseído de desbordante entusiasmo, hace la vida de un soldado. Sus cartas desde la manigua revelan una vez más al patriota lleno de generosidad y limpieza. Con "el milagro del yodo" y "el milagro del cariño" atiende al herido y al vacilante; con su palabra enardece al adolescente y al veterano del 68. Va dejando por donde pasa, al decir de José Maceo, vergüenza y alegría.

El 19 de mayo, como había presentido y ansiado, muere el poeta José Martí, en acción de guerra, por la libertad y la dignidad de los cubanos.

J. M. V.

EL POETA JOSE MARTI

A MARÍA J. VIDAURRETA

FALTA el libro definitivo sobre José Martí. Carecemos aún de la interpretación honda y plena de aquella vida y de la ponderación comprensiva, certera—crítica—de su obra literaria. Algún paraje de aquella alma vastísima, una en su variedad sorprendente, ha sido atravesado con éxito; ninguno agotado en sus últimas posibilidades. Después de cada ascensión y al fin de todos los caminos, el horizonte huidizo, inapresable, ha puesto de nuevo su tentación y su esperanza. Y en la persecución de ese horizonte se ha olvidado la visión de conjunto, la ambición totalizadora. No se ha levantado todavía la palabra que ha de decir—que ha de vivir—la magnitud de aquella mente de excepción.

Más allá de algunos nombres cimeros, no ha tenido suerte la gloria de nuestro Libertador. El culto idolátrico ha velado casi siempre el conocimiento del hombre y del escritor. Cuando de vuelta del comentario epidérmico, disfrazado mu-

chas veces con percalinas cortadas sobre las sedas fastuosas del Maestro, se va de nuevo a su lectura, han de contenerse con violencia en los labios los versos indignados:

¡Oh, qué terrible
procesión de culpables!

Mil veces el fervor encendido y la angustia que busca en Martí "ara y no pedestal", han transido el laude al héroe, pero en muy pocos momentos ha venido su espíritu, por el fervor y por la angustia, hasta nosotros. Todos los días poetas y oradores, en olvido continuo del hombre que dijo que "ver en calma un crimen es cometerlo", han quemado en su recuerdo miserables fuegos de artificio.

Y no hacemos referencia a la diaria y enternecida alusión a la obra y a la acción libertadora de Martí, nunca ausente de quienes pretenden desleír sus turbias apetencias en aguas redentoras. Como todo gran rebelde, Martí ha sido—es—bandera útil a los que lo hubiesen sacrificado sin pestañar. Como Francisco de Asís, ha recibido después de muerto el homenaje insincero de los que en vida lo dejaron—prudentemente—sólo *porque llevaba luz.* Si hoy no *estorba ganancias* y puede vestirlas con su gloria, ¿por qué no hemos de invocarlo en toda oportunidad? ¿No hemos esculpido su frente—"ladera de montaña"—en las monedas con que lo compramos y vendemos todo...?

La dificultad de entrar con pie firme en el reino

de Martí aumenta con los días. Al morir nuestro gran poeta una voz amiga se apresuró a expresar en párrafos emocionados su tributo al gran caído. "Mañana—decía aquella voz, que ha tenido don profético—será obra magna hablar de él. Hagámoslo hoy". Los días han hecho, con efecto, gigantesca la figura de José Martí, porque cada hallazgo y cada nueva meditación han acusado y engrandecido sus perfiles fundamentales. Quien quiera hoy gozar sus riquezas con goce inédito—con esa ineditez perenne de la obra genial para quien sabe desentrañar sus sentidos infinitos;—quienes deseen ponderar en balanza propia los quilates de su oro, tienen que háberselas con un gigante. Y de esa lucha—toda comprensión lo es—sólo quedan indemnes los que, como el Santo batallador, tengan fuerzas para toda la noche. Para la noche poblada de mundos que es la obra de José Martí.

Pero aun quedarían limitaciones centrales para el escritor cubano. No puede verse en lejana perspectiva ni enjuiciarse con frialdad a quien nos dió la hora que vivimos. Duele como sacrílego el reparo que se hace a quien, sin más norma que la sinceridad "bajo la cual puso no sólo su corazón sino también su genio" (1) y sufriendo a toda hora el mandato nietzchiano que ordena escribir con la propia sangre, se dió a su obra sin preocupación

(1) Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro en su valioso libro *La Poesía moderna en Cuba.* Madrid, 1926. Recomendamos, como la más completa que hemos consultado, la Nota Bibliográfica de Martí en las páginas 24 y siguientes de esa obra.

de escuelas ni cuidado de tendencias—aunque las lecturas copiosísimas y la adivinación de gérmenes al romper nos asombren en él a cada paso.

Siempre quedaría en el crítico nuestro el escozor de haber señalado momentos infortunados —las "ramazones sin flor ni fruto" que advirtió Darío—en versos y prosas que su autor condenó, como obra primeriza y hecha al galope, a olvido eterno. Y proscribir de su labor esbozos y tanteos en que, con el trazo desvahido, el giro artificioso, la imagen manida y sin relieve, marcha siempre el zarpazo genial y el atisbo profético, es mutilar la trayectoria espiritual de Martí y la de su vida—voz, y no eco, como en nosotros—de su espíritu.

Pero la obra crítica—depuración—ha de intentarse ya. Quepa a la generación nuestra el duro privilegio. Difícil cosa aislar elementos en un complejo que nos subyuga y envuelve. "Amor cuerdo no es amor", dijo el propio Martí. Pero, ¿por qué no distinguir a tiempo oros y oropeles antes que los ojos extraños, con menos amor, los distingan? Nuestro gran escritor es nuestro gran fiador moral e intelectual ante el mundo. Cuidemos de dar a los oídos lejanos, como para acallar ruidos dolorosos (el de las monedas sigilosas que llevan su efigie y el de los dientes estremecidos por miedos insignes. . .), la resonancia más amplia, más universal de aquel espíritu arcangélico. No hemos querido ser los herederos de su ejemplo. Seamos, al menos, los estudiosos de su obra. Quien no tenga más, que dé su entusiasmo. Quien pueda,

allegue lo mucho que hay disperso por el Continente con la marca de su luz. Quien quiera y pueda desentrañe los sentidos, en gran parte ocultos todavía, de aquella producción oceánica; separe lo que inspiró la simpatía momentánea, el halago generoso, la cortesía rendida, de lo hecho con las entrañas, en ansia de perennidad. Establézcanse ya las líneas regidoras de su ideario político y estético; muestrénse los caminos por donde se ha de convenir en que dió nuestra tierra el más personal y fuerte escritor de América.

Y el elegido, el que sienta dentro de sí el fuego que consumió a nuestro "jerarca eterno", nos dé el ensayo en que se nos manifieste el héroe en toda su estatura histórica y humana, en la gran síntesis poemática que pide—que exige—el anhelo encendido de amor que fué su vida.

Martí—ilimitado en sí mismo—es para nosotros un límite. También un motivo de meditación sobre las calidades específicas de la mente criolla. Los frívolos—cubren ancha parte de nuestro mapa intelectual—y los que miden la belleza de una vida por el hábil usufructo del caudal que nos dejó el rebelde de ayer y no por el doloroso destino de quien, por acercar el mañana, declara la guerra al momento que le toca vivir, se han condolido de aquella vida trajinada, febril, angustiosa, quemada en mil menesteres subalternos. Hubieran querido para Martí una existencia plácida, rica en esas horas quietas en que se sedimenta y organiza—sin conciencia del propio escritor—lo que ayer se adquirió y meditó. Una de esas vidas

que no tienen realidad y significado sino en el libro de hondo y sereno pensamiento. Si hubiera sido una de esas la vida de nuestro Libertador, no tendríamos, desde luego, esta patria maltratada, pero tampoco la obra par de las que nos brindan las viejas culturas de Europa.

Martí señala el límite porque en él se concentraron, vestidas con su genio y afinadas y depuradas en el motivo central de su acción, las características—las excelencias, mejor—de la mente cubana. Pero, por este camino todo cuidado es pequeño. Quede constancia al emprenderlo de que está muy lejos de nuestra intención negar profundidad, originalidad, amplitud, al pensamiento criollo. En Martí al menos, llega a cumbres visibles desde muy lejos. Pero, parece que la profundidad, la amplitud, la originalidad del pensamiento nuestro salen a luz, como a vida natural, cuando la pasión desorbitada, el candente afán, la sacudida vital, lo ordenan. ¿Falta de una tradición de cultura que, circundándonos, nos serene? Más bien un estado de espíritu—quizá americano—integrado por causas muy difíciles de aislar.

Cierto que la incultura—o la cultura a medias que también es incultura—producen a veces (¿no es el gran ejemplo toda la poesía popular del Medievo?) obras de fuerza y frescura sorprendentes. Como el hondo conocimiento en espíritus vacilantes puede llenar de obstáculos el camino. La inopia es madre fecunda de osadías. El rico tropieza a cada paso con sus propias riquezas. Pero eso complica el problema sin ser elemento esen-

cial en su planteamiento. Hay una realidad innegable: lo que se ha llamado el *impulso lírico*, el *fuego romántico* de América. ¿Podemos negar que en muchas ocasiones al leer—o al oír—a nuestros escritores y oradores frondosos hemos sido deslumbrados—sobre todo en los años de iniciación—por sus desbordamientos irresponsables, avergonzándonos después de nuestro ensimismamiento al advertir el vacío que encubrían el poema o el discurso? Inhibida nuestra facultad crítica o no depurada aún, nos ha captado algo pobre y deleznable pero en cuyo fondo latía algo muy nuestro. Es que la vehemencia criolla, al no encontrar las *resistencias* del talento y de la cultura, nos disfrazó las hinchazones enfermizas de vientres fecundados.

En el romanticismo se sumergieron nuestros escritores como en agua propia. Era el cauce adecuado a sus desbordamientos. Con el que salvó su bagaje en la inundación—y con el que dió dirección enérgica y propia a la corriente y en ella se ejercitó, robusteciéndose—vimos al que, sin fuerzas y sin maestría, se debatió entre torbellinos agotadores y espuma efímeras. La lucha por la independencia en su nobilísimo y desinteresado ardor, fué buena ocasión para líricas y contagiosas variedades. Nuestra literatura política republicana—mitin y congreso—y la diaria transacción de nuestros mejores cerebros con la comprensión y el aplauso del mayor número han continuado la labor.

El impulso vernáculo y el matiz indudable de

nuestra visión se perdieron al enturbiarse. Anduvieron—andan—tan mezclados el modo de ver y de sentir criollos y su viciosa expresión que para miradas lejanas y casi nunca atentas, nuestra producción—como ciertos crecimientos celulares malignos—es vitalidad morbosa.

Pedro Henríquez Ureña, alta opinión, ha anunciado ahora la asimilación definitiva de esas exuberancias estériles, plantas robustas en tierras de escaso laboreo. Felicitémonos de ver cumplido en nuestra manigua empenachada el augurio del humanista dominicano. Pero no ceguemos nuestro caudal. Orientémoslo por cauces de ambición y de rigor. Nunca puede esperarse mayor fruto de una fuerza que al oponérsele diques inteligentes.

El trópico está en nosotros. Si su sol enciende un cerebro poderoso nutrido en serias disciplinas tendremos al gran escritor nuestro. Así en Martí. La hondura no se produce en él sino hermanada con la brillantez; no es el agotador de un campo reducido sino el hombre sacudido de curiosidades que se siente arrastrado—unido—a todas las inquietudes; el revolucionario que tiene trazado su camino en la carne de su espíritu, pero que a cada paso se detiene a contemplar los parajes transitados por los que pasaron antes que él o a preparar la jornada de mañana con el grito del nuevo dolor. Curiosidad ilimitada; desorden armonioso; olvido del grillete preceptista; palabra nacida del choque con las cosas; novedad hija de la sinceridad-pensamiento que es casi acción. Y, con el conocimiento amplio de todas las flaquezas, la fe en el

mejoramiento humano. Y con los dos pies muy firmes sobre la tierra—como para contradecir a Goethe—ansia eterna de vuelo.

Nuestro gran escritor había de ser el gran poeta de Cuba. En cualquier ángulo en que nos situemos siempre hemos de ver a la poesía como ansia superativa—superación de realidades tangibles o de mundos subjetivos—impulso de decir lo íntimo o lo colectivo con eficacia artística. En el hombre desasido de preocupaciones políticas puede ser la obra poética entretenimiento distinguido. En Martí, salpicado en todos los momentos por las lágrimas de los débiles y estremecido siempre por los gritos de los oprimidos

(...Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar...),

aguijado por el advenimiento de una vida nueva —en justicia y en belleza—la obra poética fué la proyección natural, necesaria, fatal de su espíritu.

José Vasconcelos, tan fuerte cabeza cuando discurre por los senderos y antros de nuestra política americana y que tanta afinidad de estilo y de visión tiene con Martí, se duele, en ensayo reciente, de que nuestro héroe escribiera versos. ¿Cómo pudo ocultarse al autor de *La Raza Cósmica*, la *fatalidad* poética de José Martí? Y, ¿cómo pudo pasarle inadvertido que la condición genial en Martí—su genio es político casi siempre—vive con iguales lozanías y desembarazos en sus versos que en sus prosas? Si Vasconcelos quiere al Martí apostólico,

al hombre que vivió en servicio de la *Madre América*, ¿cómo no echó de ver que sin la eficacia poética de todas sus páginas su obra hubiese sido la de un pensador más, pero no la del escritor de trascendencia inmediata y remota?

Pero, el propio Vasconcelos se encarga, en el ensayo sobre nuestro gran poeta, de darnos la explicación de su radical aserto. Con error inexplicable divide la obra poética en dos mitades: "la rima, el acertijo de los consonantes, el gimnasio juglaresco", de una parte; de la otra "el pensamiento del poeta". Para él muy pocos como Dante pueden mostrar un pensamiento robusto, original, desnudo de la música engañadora de la rima. Shakespeare puesto en prosa—dice—es menos que cualquiera de los buenos ensayistas filosóficos alemanes. Luego, para nuestro ilustre amigo, la poesía no es más que pensamiento puesto "a sílabas contadas". Si Vasconcelos vuelve sobre la cuestión, ahora que parece tener por encargo de la Liga de las Naciones la tarea de dar a conocer internacionalmente al poeta José Martí, rectificará su criterio.

La obra poética, hágase o no en verso, posee un elemento sutil que Vasconcelos ha asesinado en su disección bipartita. (Siempre el espíritu está ausente cuando la disección se realiza.) Ese elemento sutil e inseparable de la verdadera poesía, esa calidad tan fácil de percibir como difícil de definir, que se llama con notable aproximación *el mensaje* del poeta, no puede estar en los elementos externos, adjetivos—rima, consonante, estrofa—

ni en el pensamiento que nunca como pensamiento puede ser poético. Está, sí, en la *manera* de pensamiento que se vacía en los moldes formales. El mismo Vasconcelos, después de leer el admirable poema de Martí "Yugo y Estrella", se ha sentido estremecido "por una ráfaga celeste". Esa *ráfaga celeste* es la poesía. ¿No dijo Platón, tan amado del pensador mejicano, que el poeta es cosa alada y sagrada? Apoyados en el gran griego diremos a Vasconcelos que, dejados de lado los elementos formales—que no son esencialmente poéticos,—el pensador se distingue del poeta en que el pensador —cuando no está a la vez, como en Nietzsche y en Martí, poseído de don lírico—sabe lo que dice y el poeta "dice cosas divinas sin saber que las dice".

Puede un pensamiento no tener gran alcance como tal y poseer en cambio en alta medida el toque mediumnímico del poeta. Un pensador puede—debe—descubrirnos un nuevo aspecto de las realidades circundantes. "Sólo el poeta—la frase es de Martí—puede anunciar y prometer la venidera realidad divina."

El pecado de obscuridad que se imputa a la poesía de hoy—a la obra poética que vive la inquietud de ahora—tiene la raíz en la existencia de ese elemento inexpresable que nutre toda poesía genuina. Si vemos en la obra lírica el eco más o menos lejano de los momentos que se producen fatalmente en el poeta, no podemos hablar de poesía obscura ni de poesía clara. ¿Incoherencias?

¡Con qué admirable penetración de gran poeta ha dicho Paul Valery que no podemos nunca ser incoherentes en nosotros mismos! La incoherencia está en quien recibe el mensaje con las carrileras de vía estrecha dispuestas para que corra según su trazado primario e inflexiblemente lógico.

El verdadero poeta, aquel a quien no cabrán nunca los calificativos de *correcto* y *excelente*, desde Fray Luis hasta Parra del Riego, está condenado, por el hecho de serlo, a eterna incomprensión. Cuando las pupilas buídas de varios catadores egregios hayan denunciado a través de los años—o de los siglos—el tesoro oculto, los Profesores de Literatura "aprenderán" por qué fué grande una voz lírica y recitarán enternecidos—como hacen hoy con la "Oda a Francisco Salinas"—la estrofa ya clásica.

Quien crea que ha penetrado hasta el último recodo en los caminos de un poeta—de un gran poeta—es un iluso. Si el lector pudiera vivir el *estado de gracia* del poeta, recrearía sin dificultad—porque la técnica es cosa vil—la obra del poeta.

Para que esta incomprensión fundamental, tan vieja como el mundo, desaparezca serían necesarios dos milagros: que se diera al poeta un nuevo instrumento que, más leal y dúctil que la palabra, trajese a la superficie en todos sus matices su estado de gracia y que el lector poseyese un diapasón delicadísimo hecho del mismo metal que da el son lírico, con que sintonizar el mensaje recibido. ¿Cómo, si estos medios no pueden existir, ha de

ser la comunicación del poeta con el mundo otra cosa que un duelo con los ojos vendados?

La imposibilidad de expresión total del mensaje poético ha hecho nacer toda la complicada y artificiosa técnica del verso. El fenómeno es interesante. Como la compenetración fué imposible, el mensaje y el instrumento tomaron caminos divergentes. El camino del mensaje fué a cada momento más recóndito. Todos transitaron a sus anchas por el sendero democrático del instrumento poético. Y, a espaldas de lo genuino y con olvido de lo esencial, se desarrolló toda esa máquina imponente de consonantes, metros, rima y estrofa, delicia y refugio de preceptistas y declamadores. Como la luz no les llegaba se dieron a la cuidadosa polarización del reflejo. Y como sólo lo externo y formal afectó al mayor número y a los Profesores de Literatura, se organizó una farragosa disciplina *para enseñar poesía*, como si en lo que está en el poeta sin saberlo él mismo cupiesen magisterios.

La situación de lo poético en un estado interno nunca perfectamente transmisible *ad extra* plantea dos problemas de trascendencia innegable: la poesía de fáciles resonancias populares—el Teatro—¿no es poesía? ¿carece de eficacia el verso que se dirige a fines colectivos? El Teatro casi nunca ha sido alta poesía, es decir *mensaje insólito*. Cuando ha comenzado a serlo, el *espectáculo*, el Teatro, ha pasado a plano secundario. Aquí sí—porque no hay verdadero contenido poético—tiene coyuntura adecuada la disección bipartita de José Vasconcelos. Quítese a un drama de Lope

los consonantes—que se esperan como las campanadas espaciadas de las doce,—los finales rotundos y quedará una obra sin duda bella, ingeniosa en muchos momentos, profunda alguna vez, poética nunca. El autor ha dejado correr libre y superficialmente su talento—o su habilidad— consciente de una fácil y segura sintonización con *su* público. Cuando la obra lírica ha de rebajarse frente a elementos extraños a ella misma, ya no es el poeta quien habla. (Y no olvidemos que el poeta es lo único que importa en la poesía.) Voces perturbadoras se mezclan a la suya y lo producido es un coro en que todos reconocemos—y aplaudimos—nuestra colaboración. Los Profesores de Literatura, que rara vez ven algo más que sombras, han distinguido de antiguo la oportunidad en que el poeta se expresa sin compañías adulteradoras y nos hablan de *poesía lírica.* Sólo que después no nos han dicho nada. Porque decirnos que en la lírica expresa el poeta sus estados interiores "sus sentimientos", usando la fórmula corriente y laxa, es no aclarar cuestión alguna. Eso, con echarse a la cara la octava real o el soneto con estrambote, lo sabía ya el lector menos avisado. Hubiese importado mucho que los Profesores de Literatura se hubiesen dado a investigar dónde la poesía lírica es el eco (para ellos siempre lejano) de una voz *distinta* a las demás voces y que por el hecho de serlo y no por ejercicio retórico ni por deseo de aplauso, dice en verso *aquello que no se puede decir en prosa.* Si esta hubiese sido la labor de los Profesores de Literatura nos hubiésemos

ahorrado todos el aprendizaje perjudicial de versos descriptivos, galantes y pseudoépicos, que nada son sin el renglón corto y a pesar del renglón corto. Con este bagaje pesadísimo, con el pecado original de situar lo poético en elementos deleznables, se explica clarísimamente la cruzada de casi toda nuestra clase lectora contra las nuevas formas. A nosotros nos extraña mucho su escasa virulencia. Sólo nuestra tradicional indiferencia da la clave de que las cosas no hayan llegado a parecido estado del que planteó la arremetida romántica en Europa hace un siglo.

Si la masa lectora se ha nutrido de versos que expresan lo cotidiano, *lo que puede decirse en prosa*, si ha crecido en el regodeo del consonante y en holgorio del final explosivo—imán de palmada—¿por qué no ha de repudiar lo que viene a echar abajo su cómoda burguesía lírica? ¿Cuándo alguien ha renunciado a cómodas instalaciones ante empujes revolucionarios? El verso que ha alimentado—envenenado—hasta hoy a nuestras juventudes está hecho de elementos impuros, extra-poéticos. Cada imagen, en ese verso, puede expresarse por la pintura, por la escultura, por la arquitectura. Y como cada cosa engendra a su semejante y la falta de mensaje puede ser común a todas las artes, ese verso dió origen a una plástica igualmente fácil y condenable. Las *anchas torres seculares* del señor Núñez de Arce piden a gritos los pinceles fotógrafos del señor Muñoz Degrein; los siboneyes parleros del señor Fornaris claman desde sus tumbas por los lápices obedientes de cualquiera de los Landa-

luces de hoy. De este arte casero, hecho con la manga ancha de lo que ha de contentar a todos los paladares, a la poesía de hoy que ha postulado con Paul Dermée que "ninguna imagen realizable por la plástica es lícita" hay un abismo que en vano queremos cubrir con buenas voluntades y criollos paños calientes.

La obra lírica que se dirige a la consecución de una mejor vida colectiva puede tener—lo tuvo en Martí—auténtico mensaje y virtud adivinatoria; pero en ella el *elán* lírico, como arranca del dolor de todos y va a un anhelo que todos acarician, se funde, más que en ninguna otra obra lírica, con su forma de expresión, y su eficacia estará siempre, más que en la visión original, impenetrable en esencia, del poeta, en el poder sintético que dé a la masa la conciencia de sus necesidades y la claridad de sus destinos. Casi toda la poesía de este carácter puede volverse, redactada en prosa, un bello discurso. Lo que no rebaja su calidad. Hay más contenido poético en muchos de los discursos de Martí que en algunos de sus poemas.

Martí fué un poeta obscuro en el sentido trivial. Aun hoy muchos de sus compatriotas lo reputan extraordinario orador, escritor político admirable y mediano poeta. La afirmación—fundada en tacha de obscuridad—es inexplicable. Sus poderosas oraciones, por rara coincidencia aquellas más llamadas a más amplia resonancia, están cuajadas del mismo conceptismo, de la misma floración apretada y difícil que sus versos. El don lírico vibra en todos los sectores de su obra. Con él, su incomuni-

cable manera de ver. "Veía tanto—dice Diego Vicente Tejera—que al querer expresar lo que veía, el idioma le faltaba, el espacio también y tenía que apelar a concreciones supremas, que parecían naturalmente confusas al auditorio ignorante del proceso que las había formado. Se le encendían mundos tan vastos en el cerebro que para exteriorizarlos... tenía que ceñirse a simples apuntaciones luminosas, al parecer incoherentes".

¿Cómo pudieron, el párrafo preñado de ráfagas encontradas y el poema atravesado de inesperados desfiladeros, llegar a las multitudes del Cayo, desinteresadas, laboriosas, ejemplares, pero incultas? La explicación del fenómeno no parece difícil. Si la comunicación con el espíritu del poeta no puede nunca ser plena ni establecerse por caminos lógicos, no debe olvidarse que existe en muchas almas cierta capacidad receptiva ajena al cultivo de esas almas. Ocurre a veces—y esto, como casi todo dato de gran fuerza sintomática, puede mover a risa—que leído rápidamente un poema de hoy cargado de difíciles sugestiones, donde el autor ha mostrado sólo puntos de referencia, jalones de su trayectoría espiritual, decimos: "No lo entendemos todavía, pero *esto* es bueno". Esta intuición casi siempre certera en el hombre de trabajada y refinada sensibilidad, se produce, en otros planos y grados, entre la masa. El tabaquero que escuchaba arrobado o estremecido el discurso o el poema de Martí no penetraba en el subsuelo nutricio de aquella selva gigante, pero *sentía* que aquel hombre raro e iluminado por lum-

bres desconocidas era el único que, viendo cosas que nadie veía, daba todo lo que veía.

Dos conflictos centrales conmovieron a toda hora la vida de José Martí. Los dos producidos por la rara circunstancia de ser nuestro gran hombre, a la vez que genial, apostólico. Los dos nacidos del choque de su condición excepcional con el mundo vulgar—normal—a que dió sus tesoros. Poseedor de luz cegadora, se vió forzado a nublarla para no deslumbrar a los que debían transitar los caminos abiertos por su mano. Fundido en un ministerio amoroso, doliéndole en su espíritu "la gran pena del mundo" y el dolor de cada hombre, le tocó desencadenar sobre su patria infeliz la guerra y la muerte.

Estas vertientes de tan violentos y dolorosos declives integran el lecho de su ideario político y estético. La fuerza magna de aquella mente halló su empleo y su grandeza en los motivos y sugestiones, para ella infinitos, de estas fundamentales contradicciones. Con la divina inconsciencia del genio, pero con la clara conciencia del apóstol, resolvió Martí el dilema en que se debatía su anhelo vital: su maravilloso poder sintético le franqueó el sendero. El dolor de causar un mal para llegar al ideal de humana dignidad que lo obsesionó ("cuando un mal es necesario, el mal se hace", dijo), se disolvió en aquel sentido primitivo, ingenuo, cósmico, de la vida que arranca en él "del contento de sí", de aquella comunión mística y placentera con el universo que le hace preferir

"el blando bullicio de su monte de laurel" a la "máscara y vicio" del corredor de su hotel civilizado:

Duermo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo.
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
Al fuego de la mañana
Que tiñe las colgaduras
De rosa, violeta y grana.

El clarín, sólo en el monte
Canta al primer arrebol:
La gasa del horizonte
Prende, de un aliento, el Sol.

La muerte, siempre presente o presentida en los versos martianos, sufre la fecunda contradicción, resuelta en la concepción cósmica y pagana:

No me pongan en lo obscuro
A morir como un traidor,
Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al sol.

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural.
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.

Si la muerte y el dolor debían ser fatales heraldos del triunfo de su anhelo urgía ennoblecerlos, embellecerlos, apreciarlos como accidentes natura-

les, aprender a sufrirlos y a "esperarlos con una sonrisa". Cuando *ve* Martí el fin trágico de los hombres lanzados por su palabra sobre las bayonetas españolas, cuando "con todo al cinto" toma el camino porque "para él ya era hora", refugia su espanto ante el mal inevitable en su concepto semidionisíaco del sacrificio. "La libertad—lamenta—no debiera llevar espada", pero también dice: "El soldado es el único que puede cometer crímenes sin deshonrarse". Y después: "Del sufrimiento, como del halo de luz, brota la fe en la existencia venidera". La Muerte es júbilo, reanudación, tarea nueva. ¡Muerte! ¡Muerte generosa! ¡Muerte amiga!...»

Y cuando "cuelga de un árbol marchito su muceta de doctor" y culmina su ejemplo entre las breñas de Baracoa, lo transe una alegría desbordante, una iluminada eufrasia, una arrobada *alegría de las cosas* que lo transfigura. El hombre para quien, en su vida de conspirador, era herida sin cicatriz la desaparición del más humilde de sus compañeros, dice a sus fieles y ejemplares Gonzalo y Benjamín desde la manigua, con pasmosa serenidad, de la muerte que acecha en cada ceja de monte, de la sangre fresca que ha salpicado su *jolongo*. "¿Cómo—exclama, sorprendido él mismo de la transformación—cómo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino, ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada, en la cartera que le puso de almohada un jinete nuestro?" Muere el bravo Crombet y se limita a decir, sin un desfallecimiento: "Ya

no hay Flor: cayó de un balazo en el pecho". Y al sentirse penetrado, taladrado, del aliento de la tierra madre, de su tierra mambisa, entre las palmas que fueron su recuerdo punzante en tardes sombrías y las ceibas que "por ser cubanas, del sol amparaban", grita, presintiendo el final de su "creciente y necesaria agonía": "Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio".

Y, ¿qué hace Martí frente a la otra gran batalla sin vencedores ni vencidos, de su espíritu? ¿Qué hace el poeta de voz desmesurada, de registros inapreciables para quien no fuese él mismo; de segura resonancia sólo en los elegidos? Bien pudo exclamar como el poeta de hoy "l'art c'est moi", porque lo sabía en sus entrañas. ¿No dijo, escribiendo sobre don José de la Luz y Caballero: "Lo más del hombre y lo mejor, suele ser lo que en él sólo ven a derechas quienes como él padezcan; porque hoy, como en Grecia, *se necesita ser fuego para comprender el fuego;* o los que oyen aterrados su paso en la sombra"? "De él, de don Pepe—continúa—fué lo más la idea profética e íntima, que no veía acomodo entre su pueblo sofocado y crecedero... y consagró la vida entera escondiéndose de los mismos en que ponía su corazón, a crear hombres rebeldes y cordiales que sa-

caran a tiempo la patria corrompida de la nación que la ahoga y corrompe, y le bebe el alma y le clava los vuelos".

No sólo era sabedor Martí de la imposibilidad —magna dificultad, al menos—de comunicar "la idea profética e íntima" porque todo lo que viene de lejos y de una lejanía desconocida llega con son confuso e impreciso, sino que, con pasmosa clarividencia, señala el fin del poema anecdótico y entrevé el carácter esencial del verso futuro. "No se ha de decir lo raro—dice—sino el instante raro de la emoción". Y, ¿quién que "no sea fuego" puede vivir, reproduciéndolo, lo raro del instante que el poeta capta en su verso? ¿Qué es toda la poesía actual, sino el ensayo de expresión de esos instantes? Y si el instante es raro, ¿cómo hay todavía quien pide expresión lógica y plástica?

El sentido romántico de la vida en Martí—tan certeramente penetrado por el claro espíritu de Fernando de los Ríos—resuelve ahora este segundo conflicto central. ¿Se sobrepone el apóstol al genio? ¿Hubiera sido genial Martí sin vaciar su fuerza inigualada en un empeño apostólico? Lo que en último término maravilla en él no es su obra de escritor, de orador, de poeta, sino la capacidad egregia para adecuar esa obra a la obtención, a la realización práctica de un ideal que "los que no veían el subsuelo"—que eran todos los cubanos—reputaban quimérico.

Por un momento parece que vive en Martí el postulado gorgiano y que tiene por inútil todo intento de expresión cabal del momento poético.

Pero coloca bien pronto frente al secreto impenetrable e ilimitado del grande artista, el secreto también oculto, también inmensurable de los pueblos. "Ellos leen lo que no se escribe"—dice.—Ellos oyen lo que no se habla". Y si para él no tiene significado la vida que no se vierte en la de los demás y había dicho que "el deber de un hombre está allí donde es más útil", el poeta queda forzado a proyectar su obra en bien del mundo.

Este criterio es de filiación netamente romántica. Nace de la esperanza de contemplar algún día, caídas las injusticias monstruosas de los hombres, a todas las fuerzas del espíritu y de la conciencia convergentes en un ansia de superaciones ilimitadas. Sin asidero religioso alguno—esto es fundamental en el estudio del pensamiento de Martí—no podía fiar el ataque a lo bajo del hombre sino al hombre mismo... De ahí esos dolores súbitos, esos frecuentes espantos al ver incorporarse en sus compatriotas, del lecho demoníaco interno, el vendabal que cada mañana abate las alas nacientes. Una señal que nunca vió porque estaba en él mismo, lo vuelve pronto a lo trascendental de su faena, que no podía fundamentarse sino en la seguridad de una vida mejor. Cuando las ingratitudes mortales y las intrigas sigilosas lo acosan y crucifican no se esconde—como Luz y Caballero—"de los mismos en que ponía su corazón", ni termina su vida, como José Antonio Saco, obsedido por su tierra lejana, pero muertos los entusiasmos a golpes de incomprensión y de maldad, sino que estrecha contra su pecho dolorido a su

Ismaelillo y lanza un grito que lleva en su angustia su esperanza: "Hijo: Espantado de todo, me refugio en ti. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti".

Resuelto así el dilema, dicurrirá Martí sobre el poeta y la poesía apoyándose de continuo en conceptos extra-poéticos. No quiere esto decir —téngase bien presente—que le abandone su certero don crítico, que deje de penetrar con su fuego en el de las almas elegidas. Frente a un Wilde o a un Whitman nos dará—antes que nadie en nuestra lengua—la medida cabal de estas almas extrañas y grandiosas. Pero ya en Longfellow verá horizontes por los que nunca se inquietó aquel respetable señor. Y cuando cualquiera de nuestros rimadores vulgares le lleva sus odas lamentables—cuando tengo que decir mal, callo, repetía Martí—se desentiende de la calidad de la obra para festejar el esfuerzo generoso, para poner a luz el patético anhelo del versificador, para exhortarle siempre a que haga de la humildad de su bagaje un grano aprovechable en la construcción del mundo de mañana.

Toda la obra de Martí está cuajada de alusiones al oficio desinteresado y provechoso que quería para el poeta. Cuando se dirige a los niños les dice: "Poetas como Homero ya no podrán ser, porque estos tiempos no son como los de antes, y los aedas de ahora no han de cantar guerras bárbaras de pueblo con pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de hombre con hombre para ver

quién es más fuerte: lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien y pintar todo lo hermoso del mundo de manera que se vea en los versos como si estuviera pintado en colores, y castigar con la poesía, como con un látigo, a los que quieran quitarles a los hombres su libertad". Y en otro lugar: "Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo". Y en su admirable artículo sobre Julián del Casal afirma: "En el mundo, si se lleva con dignidad, aun hay poesía para mucho". Y en su estudio liminar al "Poema del Niágara" de Pérez Bonalde, sin duda lo más intenso y ambicioso que salió de su pluma, exclama: "¡Ruines tiempos en que los poetas no han comenzado a ser sacerdotes!" Y al lamentar la muerte de Torroella: "¡Corona de cenizas para los poetas cortesanos! ¡Corona de himnos para la frente del honrado poeta de los pobres!

Pero no podía Martí situar la faena lírica sólo en su desinteresada dación, aunque la generosidad de su espíritu—su condición de gran político, tal vez—parezcan indicarlo en más de un momento. Pide al poeta genuino y nuevo mensaje, pero—y esto es importantísimo, porque da el calado del romanticismo literario y vital de nuestro mártir—pide que ese mensaje arranque de dolores y conmociones reales (¿no estáis viendo ya la anécdota emocionada de muchos versos martianos?), pide que la herida que el mundo nos cause—la muerte de la mujer amada, la angustia

del caído, el grito del esclavo—tiña con su sangre el poema. En la silueta física y moral que nos da Martí de Bolívar, advirtió José Antonio González Lanuza el sorprendente retrato que, sin sospecharlo, hace Martí de sí mismo. En numerosos momentos de su obra, al hablarnos del poeta y de la poesía, se pinta con sorprendente maestría. Cuando nos habla de aquel triste y silencioso Juan Jérez que "no veía desdicha sin que creyese deber suyo remediarla y se miraba como un delincuente cada vez que no podía poner remedio a una desdicha", hace Martí el más acabado dibujo de los perfiles de su obra lírica. Era Juan Jérez "poeta genuino que sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo y de los dolores y sorpresas de su espíritu, unos versos extraños, doloridos y profundos, que parecían dagas arrancadas de su propio pecho; padecía de esa necesidad de la belleza que como un marchamo ardiente señala a los escogidos del canto" Y, ¿no se ven pasar sus *endecasílabos hirsutos* cuando hablando de José María Heredia dice: "Para su verso era su corazón despedazado; pero salía a la vida sereno, domador de sí mismo"? La mejor interpretación de sus *Versos Libres* está en estas palabras: "Esa alma que se consume, ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso, ese lenguaje que centellea como la bóveda celeste, ese período que se desata como una capa de batalla y se plega como un manto real, eso es lo herédico, y el lícito desorden, grato en la obra del hombre como en la del Universo, que no consiste en echar peñas abajo o nubes arriba la fantasía,

ni en simular con artificio poco visible el trastorno lírico, ni en poner globos de imágenes sobre hormigas de pensamiento, sino en alzarse de súbito sobre la tierra sin sacar de ella las raíces, como el monte que la encumbra o el bosque que la interrumpe de improviso, a que el aire lo oree, lo argente la lluvia y lo consagre y despedace el rayo".

¿Fué Martí, por su concepto trascendente de la obra artística, por su fe en el beneficio social de la labor poética, un convencido de la corriente actual, que sólo tiene por legítimo el arte que provoca la llegada de nuevos estados sociales, de distintas—y mejores— formas de vida? En nuestra opinión, no. Y es esta cuestión hermana de la que parece que se está planteando y debatiendo ahora sobre la actualidad del verso martiano. Cuestiones que piden el reposo y la amplitud del libro.

El hombre genial atisba el futuro y descubre aspectos de los estados que vendrán, pero no puede vivirlos plenamente. En desentrañar la realidad que lo circunda y limita pierde el genio gran parte de su fuerza. Si, como en Martí, se da a una obra que pide, con el atento análisis de los conceptos y estados constituidos, el aprovechamiento para fines políticos inmediatos de estos estados y conceptos indiscutibles, se moldea fatalmente en ellos aun descubriendo sus quiebros y entreviendo los conceptos y estados de mañana. Cierto que nuestro gran revolucionario dijo que: "la poesía que congrega o disgrega, que fortifica o angustia,

que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma". Cierto que Martí lanzó esta frase profética, deslumbrante y aclaradora como un rayo en la noche: "El arte está pasando de individual a colectivo". Pero no hay un solo momento en su producción (el sentido popular que ha advertido en sus versos nuestro admirado Chacón y Calvo, nada tiene que ver con este problema) en que rompa con los lineamientos tradicionales en lo que toca a la eficacia prosélita del poema; en ninguna ocasión dispone Martí los elementos específicos de un arte para multitudes. Porque decir a la masa su miseria y su angustia, llamarla al remedio de su dolor hablándole en su lengua, es cosa de todos los tiempos. El empleo de medios artísticos para mover a los ciudadanos a un empeño político o guerrero está en "La Salamina". Entre ese modo tradicional y el ruso o mejicano de hoy existen diferencias esenciales: la organización en éstos, de medios expresivos de nueva eficacia, de elementos netamente revolucionarios, de sugestiones directas, sensibles por procedimientos de honda ingenuidad. En Martí se proclama el sentido colectivo del arte futuro, pero no se realiza ese sentido. Hoy la masa produce y orienta la manifestación artística en Rusia y en Méjico. El artista es eco y resonador. En Martí el poeta, dotado de divina virtud, enseña al pueblo y ennoblece la vida. Es que en nuestro Libertador—otra vez su visión romántica—no está la misión trascendente del poeta sólo en la pugna

por una más alta justicia social, sino en la producción de la belleza siempre que ésta fuese limpia y desinteresadamente manifestada. La poesía tuvo para él—digámoslo con una palabra trivial—el significado de un *adorno* de lo feo y vulgar de la tierra. Embellecer la vida por el arte: he ahí una aspiración presente en toda la obra de Martí. "Mientras haya—dijo—un bien que hacer, un derecho que defender, un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y ordenado de la vida". Y en otro lugar: "Un grano de poesía sazona un siglo". Como nadie penetró el futuro, como nadie vivió con las raíces adentradas en su momento. "El genio—decía—es simplemente una anticipación: prevé en sus detalles lo que otros no ven aún en sus líneas mayores, y como los demás no ven lo que ve él, lo miran con asombro, se fatigan de su resplandor y persistencia, y lo dejan a que se alimente de sí propio, y sufra". De sí propio se alimentó José Martí y no de la retórica almibarada de su tiempo, Y cuando un gran escritor se alimenta de sus entrañas, está ya adelantándose a su época, siendo precursor de nuevas maneras de visión y de realización, porque sus entrañas no son, no pueden ser, las que en grata comensalía se reparten, dando el tono medio, los otros escritores. Pero cada época da su instrumento, modificable, pero no substituible. Y Martí hubo de pagar tributo a su época.

Esa sujeción fatal a los módulos coetáneos

resuelve negativamente, cuando se quiere substanciar con rigor crítico, la actualidad de la poesía de Martí. Ya hemos visto en él adivinaciones, anticipaciones sorprendentes, que nos colocan de un salto en Blok y en Valery. En numerosas ocasiones la imagen con sentido nuevo lo es todo en su verso. Y aun en su prosa. Cuando dice que la noche viene a dormir sobre los tejados de Caracas nos habla en la lengua poética de ahora; en sus *Versos Libres* nos sorprende con esa fina y nueva nota de matiz clásico—gongorino—que hoy dan los más destacados poetas españoles; en sus *Versos sencillos* nos maravilla a cada paso con la arbitraria disposición de los momentos líricos, con esa despreocupación de la vieja lógica poética que es credo del *nuevo régimen*. A lo largo de su obra la audacia del giro, la novedad de los temas y la sinceridad consigo mismo, que lo hace difícil a las miradas frívolas, lo acercan al canto de nuestros días.

Pero no rompe su verso del todo los hierros seculares, con ser muy otro del que sus contemporáneos producían. Quizás sí, más que el tiempo en que nació su arte, influyeron en él, deteniéndolo en su vuelo hasta nosotros, la larga y amorosa lectura de los clásicos españoles—Justo de Lara y Pedro Henríquez Ureña señalaron la huella profunda de estos clásicos—y el modo romántico que surgía de lo hondo de su espíritu y del empeño político que normó su producción.

La pluma inteligente y juvenil de Raúl Roa quiso situar en la óptica de ahora la poesía de José

Martí, desde las páginas de "1928". Xavier de Villaurrutia, el fino poeta mejicano, contradijo el aserto. Villaurrutia tenía razón. Con tiempo y espacio hemos de volver sobre este aspecto de tanta sugestión en la poética martiana. La inactualidad—en lo esencial—del verso de Martí no puede afectar su gloria, ya sin posibles empequeñecimientos. Martí será siempre uno de los más altos poetas que ha dado la matriz americana, la matríz que produjo a Rubén Darío y a Herrera Reissig. A fin de cuentas, si la época da el matiz del mensaje y a veces la esencia del mensaje, ¿tendría razón de ser, significación humana, realidad, un poeta que afinase su voz en diapasones hechos con metales no descubiertos todavía? ¿Para quién cantaría ese poeta?

La actualidad del genio apostólico está en la eficacia de su inadaptación, de su ejemplo. En recordar de tiempo en tiempo a la humanidad que no es imposible, desoyendo rumores cercanos, oír la voz de mañana. Cada época trae su faena. Los hombres vulgares la viven. Los hombres como José Martí la proyectan hacia los nuevos días.

JUAN MARINELLO

Lo que sigue no es una antología poética de José Martí. No ha sido éste nuestro propósito ni el de quien dirige esta colección cubana. Se ha querido reunir en un solo volumen la obra lírica de nuestro Libertador. La producción de Martí no está totalmente recogida y aun la retienen manos amorosas y fervientes o simplemente avaras. A sus versos asequibles nos hemos referido.

Para el lector extranjero—y para muchos cubanos desconocedores de la obra de nuestro gran escritor—esta advertencia: la grandeza del poeta José Martí surge de su obra de madurez. Sólo cuando ésta llega, se liberta de influencias, titubeos y ecos enturbiadores y dice plenamente su palabra. En Ismaelillo, Versos Libres *y* Versos sencillos *hay que ir a escuchar la voz magna. Lo que, fuera de esos libros, se publica en la segunda parte de este volumen, debe verse como tanteo y ensayo—si es de época lejana—o como obra ocasional dictada por la amistad o por la cortesía, si lleva fecha posterior a la publicación de* Ismaelillo *(1882). Sin que esto quiera decir que falte en muchas ocasiones* (A mis hermanos muertos el 27 de noviembre) *el aliento poderoso y el modo personal de visión y de realización.*

Más de una vez ha asaltado al recopilador el remordimiento de dar a ojos propios y extraños versos que parecen, en su endeblez, contradecir la potencia lírica de Martí. El remordimiento se ha erguido al recordar las palabras del propio poeta condenando al olvido su obra primeriza u ocasional. Cuando emprende su viaje al sacrificio le viene a las mentes, en Montecristi, su papelería *y dice al admirable Gonzalo de Quesada en su* testamento literario: "Y *de versos podrán hacer otro volumen: Ismaelillo, Versos Sencillos, y lo más cuidado y significativo de unos Versos Libres. No me los mezcle a otras formas borrosas y menos características... Versos míos, no publique ninguno antes que Ismaelillo: ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros*".

Esta disposición testamentaria *no fué—por fortuna—respetada ni por Quesada ni por los que después de él—Néstor Carbonell, Ghiraldos, Godoy y García Calderón...—han reunido los versos del Maestro. Hecha la advertencia del mérito mediano de mucho de lo que aquí se publica, y habiéndose dado a la luz más de una vez, no existe razón para que ahora se excluya. Tanto más si el interés histórico, el mejor conocimiento de la vida del poeta y del patriota y el estudio de los lineamientos de su evolución literaria, lo recomiendan.*

J. M. V.

ISMAELILLO

1882

HIJO:

Espantado de todo, me refugio en ti.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

¡Lleguen al tuyo!

PRINCIPE ENANO

Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
Blandas guedejas;
Por sobre el hombro blanco
Luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
Estrellas negras:
¡Vuelan, brillan, palpitan,
Relampaguean!
El para mí es corona,
Almohada, espuela.
Mi mano, que así embrida
Potros y hienas,
Va, mansa y obediente,
Donde él la lleva.
Si el ceño frunce, temo;
Si se me queja,—
Cual de mujer,—mi rostro
Nieve se trueca,
Su sangre, pues, anima
Mis flacas venas:

¡Con su gozo mi sangre
Se hincha, o se seca!
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

¡Venga mi caballero
Por esta senda!
¡Entrese mi tirano
Por esta cueva!
Tal es, cuando a mis ojos
Su imagen llega,
Cual si en lóbrego antro
Pálida estrella,
Con fulgores de ópalo,
Todo vistiera.
A su paso la sombra
Matices muestra,
Como al Sol que las hiere
Las nubes negras.
¡Heme ya, puesto en armas,
En la pelea!
Quiere el príncipe enano
Que a luchar vuelva.
¡El para mí es corona,
Almohada, espuela!
Y como el Sol, quebrando
Las nubes negras,
En banda de colores
La sombra trueca.
El, al tocarla, borda
En la onda espesa,
Mi banda de batalla,

Roja y violeta.
¿Conqué mi dueño quiere
Que a vivir vuelva?
¡Venga mi caballero
Por esta senda!
¡Entrese mi tirano
Por esta cueva!
¡Déjeme que la vida
A él, a él ofrezca!
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

SUEÑO DESPIERTO

Yo sueño con los ojos
Abiertos, y de día
Y noche siempre sueño.
Y sobre las espumas
Del ancho mar revuelto,
Y por entre las crespas
Arenas del desierto,
Y del león pujante,
Monarca de mi pecho,
Montado alegremente
Sobre el sumiso cuello,—
¡Un niño que me llama
Flotando siempre veo!

BRAZOS FRAGANTES

Sé de brazos robustos,
Blandos, fragantes;
Y sé que cuando envuelven
El cuello frágil,
Mi cuerpo, como rosa
Besada, se abre,
Y en su propio perfume
Lánguido exhálase.
Ricas en sangre nueva
Las sienes laten;
Mueven las rojas plumas
Internas aves;
Sobre la piel, curtida
De humanos aires,
Mariposas inquietas
Sus alas baten;
¡Savia de rosa enciende
Las muertas carnes!—
¡Y yo doy los redondos
Brazos fragantes,
Por dos brazos menudos
Que halarme saben,
Y a mi pálido cuello
Recios colgarse,

Y de místicos lirios
Collar labrarme!
¡Lejos de mí por siempre,
Brazos fragantes!

MI CABALLERO

Por las mañanas,
Mi pequeñuelo
Me despertaba
Con un gran beso.
Puesto a horcajadas
Sobre mi pecho,
Bridas forjaba
Con mis cabellos.
Ebrio él de gozo,
De gozo yo ebrio,
Me espoleaba
Mi caballero:
¡Qué suave espuela
Sus dos pies frescos!
¡Cómo reía
Mi jinetuelo!
¡Y yo besaba
Sus pies pequeños,
Dos pies que caben
En sólo un beso!

MUSA TRAVIESA

¿Mi musa? Es un diablillo
Con alas de ángel.
¡Ah, musilla traviesa,
Qué vuelo trae!

Yo suelo, caballero
En sueños graves,
Cabalgar horas luengas
Sobre los aires.
Me entro en nubes rosadas,
Bajo a hondos mares,
Y en los senos eternos
Hago viajes.
Allí asisto a la inmensa
Boda inefable,
Y en los talleres huelgo
De la luz madre:
¡Y con ella es la obscura
Vida, radiante,
Y a mis ojos los antros
Son nidos de ángeles!
Al viajero del cielo
¿Qué el mundo frágil?
Pues ¿no saben los hombres

Qué encargo traen?
¡Rasgarse el bravo pecho,
Vaciar su sangre,
Y andar, andar heridos,
Muy largo el valle,
Roto el cuerpo en harapos,
Los pies en carne,
Hasta dar sonriendo
—¡No en tierra!—exánimes!
Y entonces sus talleres
La luz les abre,
Y ven lo que yo veo:
¿Qué el mundo frágil?
Seres hay de montaña,
Seres de valle,
Y seres de pantanos
Y lodazales.

De mis sueños desciendo,
Volando vanse,
Y en papel amarillo
Cuento el viaje.
Contándolo, me inunda
Un gozo grave:—
Y cual si el monte alegre,
Queriendo holgarse
Al alba enamorando
Con voces ágiles,
Sus hilillos sonoros
Desanudase,
Y salpicando riscos,
Labrando esmaltes,

Refrescando sedientas
Cálidas cauces,
Echáralos risueños
Por falda y valle,—
Así, al alba del alma
Regocijándose,
Mi espíritu encendido
Me echa a raudales
Por las mejillas secas
Lágrimas suaves.
Me siento, cual si en magno
Templo oficiase;
Cual si mi alma por mirra
Virtiese al aire;
Cual si en mi hombro surgieran
Fuerzas de Atlante;
Cual si el Sol en mi seno
La luz fraguase:—
Y estallo, hiervo, vibro;
¡Alas me nacen!

Suavemente la puerta
Del cuarto se abre,
Y éntranse a él gozosos
Luz, risas, aire.
Al par da el Sol en mi alma
Y en los cristales:
¡Por la puerta se ha entrado
Mi diablo ángel!
¿Qué fué de aquellos sueños,
De mi viaje,
Del papel amarillo,

Del llanto suave?
Cual si de mariposas,
Tras gran combate,
Volaran alas de oro
Por tierra y aire,
Así vuelan las hojas
Do cuento el trance.
Hala acá el travesuelo
Mi paño árabe;
Allá monta en el lomo
De un incunable;
Un carcax con mis plumas
Fabrica y átase;
Un sílex persiguiendo
Vuelca un estante,
Y ¡allá ruedan por tierra
Versillos frágiles,
Brumosos pensadores,
Lópeos galanes!
De águilas diminutas
Puéblase el aire:
¡Son las ideas, que ascienden,
Rotas sus cárceles!

Del muro arranca, y cíñese,
Indio plumaje:
Aquella que me dieron
De oro brillante,
Pluma, a marcar nacida
Frentes infames,
De su caja de seda
Saca, y la blande:

Del Sol a los requiebros
Brilla el plumaje,
Que baña en áureas tintas
Su audaz semblante.
De ambos lados el rubio
Cabello al aire,
A mí súbito viénese
A que lo abrace.
De beso en beso escala
Mi mesa frágil;
¡Oh, Jacob, mariposa,
Ismaelillo, árabe!
¿Qué ha de haber que me guste
Como mirarle
De entre polvo de libros
Surgir radiante,
Y, en vez de acero, verle
De pluma armarse,
Y buscar en mis brazos
Tregua al combate?
Venga, venga, Ismaelillo:
¡La mesa asalte,
Y por los anchos pliegues
Del paño árabe
En rota vergonzosa
Mis libros lance,
Y siéntese magnífico
Sobre el desastre,
Y muéstreme riendo,
Roto el encaje—
—¡Qué encaje no se rompe
En el combate!—

Su cuello, en que la risa
Gruesa onda hace!
¡Venga, y por cauce nuevo
Mi vida lance,
Y a mis manos la vieja
Péñola arranque,
Y del vaso manchado
La tinta vacie!
¡Vaso puro de nácar:
Dame a que harte
Esta sed de pureza:
Los labios cánsame!
¿Son éstas que lo envuelven
Carnes, o nácares?
La risa, como en taza
De ónice árabe,
En su incólume seno
Bulle triunfante:
¡Hete aquí, hueso pálido,
Vivo y durable!
¡Hijo soy de mi hijo!
¡El me rehace!

¡Pudiera yo, hijo mío,
Quebrando el arte
Universal, muriendo
Mis años dándote,
Envejecerte súbito,
La vida ahorrarte!—
¡Mas no: que no verías
En horas graves
Entrar el Sol al alma

Y a los cristales!
Hierva en tu seno puro
Risa sonante:
Rueden pliegues abajo
Libros exangües:
Sube, Jacob alegre,
La escala suave:
Ven, y de beso en beso
Mi mesa asaltes:—
¡Pues esa es mi musilla,
Mi diablo ángel!
¡Ah, musilla traviesa,
Qué vuelo trae!

MI REYECILLO

Los persas tienen
Un rey sombrío;
Los hunos foscos
Un rey altivo;
Un rey ameno
Tienen los íberos;
Rey tiene el hombre,
Rey amarillo:
¡Mal van los hombres
Con su dominio!
Mas yo vasallo
De otro rey vivo,—
Un rey desnudo,
Blanco y rollizo:
Su cetro—¡un beso!
Mi premio—¡un mimo!
¡Oh! cual los áureos
Reyes divinos
De tierras muertas,
De pueblos idos
—¡Cuando te vayas,
Llévame, hijo!—
Toca en mi frente
Tu cetro omnímodo;

Ungeme siervo,
Siervo sumiso:
¡No he de cansarme
De verme ungido!
¡Lealtad te juro,
Mi reyecillo!
Sea mi espada
Pavés de mi hijo;
Pasa en mis hombros
El mar sombrío:
Muera al ponerte
En tierra vivo:—
Mas si amar piensas
El amarillo
Rey de los hombres,
¡Muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

PENACHOS VIVIDOS

Como taza en que hierve
De transparente vino
En doradas burbujas
El generoso espíritu;

Como inquieto mar joven
Del cauce nuevo henchido
Rebosa, y por las playas
Bulle y muere tranquilo;

Como manada alegre
De bellos potros vivos
Que en la mañana clara
Muestran su regocijo,
Ora en carreras locas,
O en sonoros relinchos,
O sacudiendo el aire
El crinaje magnífico;—

Así mis pensamientos
Rebosan en mí vívidos,
Y en crespa espuma de oro
Besan tus pies, sumisos,

O en fúlgidos penachos
De varios tintes ricos,
Se mecen y se inclinan
Cuando tú pasas—¡hijo!

HIJO DEL ALMA

¡Tú flotas sobre todo,
Hijo del alma!
De la revuelta noche
Las oleadas,
En mi seno desnudo
Déjante el alba;
Y del día la espuma
Turbia y amarga,
De la noche revuelta
Te echa en las aguas.
Guardiancillo magnánimo,
La no cerrada
Puerta de mi hondo espíritu
Amante guardas;
¡Y si en la sombra ocultas
Búscanme avaras,
De mi calma celosas,
Mis penas varias,—
En el umbral obscuro
Fiero te alzas,
Y les cierran el paso
Tus alas blancas!
Ondas de luz y flores
Trae la mañana,

Y tú en las luminosas
Ondas cabalgas.
No es, no, la luz del día
La que me llama,
Sino tus manecitas
En mi almohada.
Me hablan de que estás lejos:
¡Locuras me hablan!
Ellos tienen tu sombra;
¡Yo tengo tu alma!
Esas son cosas nuevas,
Mías y extrañas.
Yo sé que tus dos ojos
Allá en lejanas
Tierras relampaguean,—
Y en las doradas
Olas de aire que baten
Mi frente pálida,
Pudiera con mi mano,
Cual si haz segara
De estrellas, segar haces
De tus miradas:
¡Tú flotas sobre todo,
Hijo del alma!

AMOR ERRANTE

Hijo, en tu busca
Cruzo los mares:
Las olas buenas
A ti me traen:
Los aires frescos
Limpian mis carnes
De los gusanos
De las ciudades;
Pero voy triste
Porque en los mares
Por nadie puedo
Verter mi sangre.
¿Qué a mí las ondas
Mansas e iguales?
¿Qué a mí las nubes,
Joyas volantes?
¿Qué a mí los blandos
Juegos del aire?
¿Qué la iracunda
Voz de huracanes?
¡A éstos—¡la frente
Hecha a domarles!
A los lascivos
Besos fugaces

De las menudas
Brisas amables,—
Mis dos mejillas
Secas y exangües,
De un beso inmenso
Siempre voraces!
Y ¿a quién, el blanco
Pálido ángel
Que aquí en mi pecho
Las alas abre,
Y a los cansados
Que de él se amparen
Y en él se nutran
Busca anhelante?
¿A quién envuelve
Con sus suaves
Alas nubosas
Mi amor errante?
¡Libres de esclavos
Cielos y mares,
Por nadie puedo
Verter mi sangre!
Y llora el blanco
Pálido ángel:
¡Celos del cielo
Llorar le hacen,
Que a todos cubre
Con sus celajes!
Las alas níveas
Cierra, y ampárase
De ellas el rostro
Inconsolable:—

Y en el confuso
Mundo fragante
Que en la profunda
Sombra se abre,
Donde en solemne
Silencio nacen
Flores eternas
Y colosales,
Y sobre el dorso
De aves gigantes
Despiertan besos
Inacabables,—
¡Risueño y vivo
Surge otro ángel!

SOBRE MI HOMBRO

Ved: sentado lo llevo
Sobre mi hombro:
Oculto va, y visible
Para mí solo:
El me ciñe las sienes
Con su redondo
Brazo, cuando a las fieras
Penas me postro:—
Cuando el cabello hirsuto
Yérguese y hosco,
Cual de interna tormenta
Símbolo torvo,
Como un beso que vuela
Siento en el tosco
Cráneo: ¡su mano amansa
El bridón loco!—
Cuando en medio del recio
Camino lóbrego,
Sonrío, y desmayado
Del raro gozo,
La mano tiendo en busca
De amigo apoyo,—
Es que un beso invisible
Me da el hermoso
Niño que va sentado
Sobre mi hombro.

TABANOS FIEROS

¡Venid, tábanos fieros,
Venid, chacales,
Y muevan trompa y diente
Y en horda ataquen,
Y cual tigre a bisonte
Sítienme y salten!
¡Por aquí, verde envidia!
Tú, bella carne,
En los dos labios muérdeme:
¡Sécame: mánchame!
¡Por acá, los vendados
Celos voraces!
¡Y tú, moneda de oro,
Por todas partes!
¡De virtud mercaderes,
Mercadeadme!
¡Mató el Gozo a la Honra:
Venga a mí,—y mate!

Cada cual con sus armas
Surja y batalle:
El placer, con su copa:
Con sus amables
Manos, en mirra untadas,

La virgen ágil;
Con su espada de plata,
El diablo bátame:—
¡La espada cegadora
No ha de cegarme!

Asorde la caterva
De batallantes:
Brillen cascos plumados
Como brillasen
Sobre montes de oro
Nieves radiantes:
Como gotas de lluvia
Las nubes lancen
Muchedumbre de aceros
Y de estandartes:
Parezca que la tierra,
Rota en el trance,
Cubrió su dorso verde
De áureos gigantes:
Lidiemos, no a la lumbre
Del sol suave,
Sino al funesto brillo
De los cortantes
Hierros: rojos relámpagos
La niebla tajen:
Sacudan sus raíces
Libres los árboles:
Sus faldas trueque el monte
En alas ágiles:
Clamor óigase, como
Si en un instante

Mismo, las almas todas
Volando ex cárceres,
Rodar a sus pies vieran
Su hopa de carnes:
Cíñame recia veste
De amenazantes
Astas agudas: hilos
Ténues de sangre
Por mi piel rueden leves
Cual rojos áspides:
Su diente en lodo afilen
Pardos chacales:
Lime el tábano terco
Su aspa volante:
Muérdame en los dos labios
La bella carne:—
¡Que ya vienen, ya vienen
Mis talismanes!
Como nubes vinieron
Esos gigantes:
¡Ligeros como nubes
Volando iránse!

La desdentada envidia
Irá, secas las fauces,
Hambrienta, por desiertos
Y calcinados valles,
Royéndose las mondas
Escuálidas falanges;
Vestido irá de oro
El diablo formidable,
En el cansado puño

Quebrada la tajante;
Vistiendo con sus lágrimas
Irá, y con voces grandes
De duelo, la Hermosura
Su inútil arreaje:—
Y yo en el agua fresca
De algún arroyo amable
Bañaré sonriendo
Mis hilillos de sangre.

Ya miro en polvareda
Radiosa evaporarse
Aquellas escamadas
Corazas centelleantes:
Las alas de los cascos
Agítanse, debátense,
Y el casco de oro en fuga
Se pierde por los aires.
Tras misterioso viento
Sobre la hierba arrástranse,
Cual sierpes de colores,
Las flámulas ondeantes.
Junta la tierra súbito
Sus grietas colosales
Y echa su dorso verde
Por sobre los gigantes:
Corren como que vuelan
Tábanos y chacales,
Y queda el campo lleno
De un humillo fragante.
De la derrota ciega
Los gritos espantables

Escúchanse, que evocan
Callados capitanes;
Y mésase soberbia
El áspero crinaje,
Y como muere un buitre
Expira sobre el valle:
En tanto, yo a la orilla
De un fresco arroyo amable,
Restaño sonriendo
Mis hilillos de sangre.

No temo yo ni curo
De ejércitos pujantes,
Ni tentaciones sordas,
Ni vírgenes voraces:
El vuela en torno mío,
El gira, él para, él bate;
Aquí su escudo opone;
Allí su clava blande;
A diestra y a siniestra
Mandobla, quiebra, esparce;
Recibe en su escudillo
Lluvia de dardos hábiles;
Sacúdelos al suelo,
Bríndalo a nuevo ataque.
¡Ya vuelan, ya se vuelan
Tábanos y gigantes!—
Escúchase el chasquido
De hierros que se parten;
Al aire chispas fúlgidas
Suben en rubios haces;
Alfómbrase la tierra

De dagas y montantes;
¡Ya vuelan, ya se esconden
Tábanos y chacales!—
El como abeja zumba,
El rompe y mueve el aire,
Detiénese, ondea, deja
Rumor de alas de ave:
Ya mis cabellos roza;
Ya sobre mi hombro párase;
Ya a mi costado cruza;
Ya en mi regazo lánzase;
¡Ya la enemiga tropa
Huye, rota y cobarde!
¡Hijos, escudos fuertes,
De los cansados padres!
¡Venga mi caballero,
Caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
Guerrero de alas de ave,
Y echemos por la vía
Que va a ese arroyo amable,
Y con sus aguas frescas
Bañe mi hilo de sangre!
¡Caballeruelo mío!
¡Batallador volante!

TORTOLA BLANCA

El aire está espeso,
La alfombra manchada,
Las luces ardientes,
Revuelta la sala;
Y acá entre divanes
Y allá entre otomanas,
Tropiézase en restos
De tules o de alas.
¡Un baile parece
De copas exhaustas!
Despierto está el cuerpo,
Dormida está el alma;
¡Qué férvido el valse!
¡Qué alegre la danza!
¡Qué fiera hay dormida
Cuando el baile acaba!

Detona, chispea,
Espuma, se vacia,
Y expira dichosa
La rubia champaña:
Los ojos fulguran;
Las manos abrasan;

De tiernas palomas
Se nutren las águilas;
Don Juanes lucientes
Devoran Rosauras;
Fermenta y rebosa
La inquieta palabra;
Estrecha en su cárcel
La vida incendiada,
En risas se rompe
Y en lava y en llamas;
Y lirios se quiebran,
Y violas se manchan,
Y giran las gentes,
Y ondulan y valsan;
Mariposas rojas
Inundan la sala,
Y en la alfombra muere
La tórtola blanca.

Yo fiero rehuso
La copa labrada;
Traspaso a un sediento
La alegre champaña;
Pálido recojo
La tórtola hollada;
Y en su fiesta dejo
Las fieras humanas;—
Que el balcón azotan
Dos alitas blancas
Que llenas de miedo
Temblando me llaman.

VALLE LOZANO

Dígame, mi labriego,
¿Cómo es que ha andado
En esta noche lóbrega
Este hondo campo?
¿Dígame de qué flores
Untó el arado,
Que la tierra, olorosa,
Trasciende a nardos?
¿Dígame de qué ríos
Regó este prado,
Que era un valle muy negro
Y ora es lozano?
Otros, con dagas grandes
Mi pecho araron:
Pues ¿qué hierro es el tuyo
Que no hace daño?
Y esto dije—y el niño
Riendo me trajo
En sus dos manos blancas
Un beso casto.

139356

MI DESPENSERO

¿Qué me das? ¿Chipre?
Yo no lo quiero:
Ni rey de bolsa
Ni posaderos
Tienen del vino
Que yo deseo;
Ni es de cristales
De cristaleros
La dulce copa
En que lo bebo.
Mas está ausente
Mi despensero,
Y de otro vino
Yo nunca bebo.

ROSILLA NUEVA

¡Traidor! ¿Con qué arma de oro
Me has cautivado?
Pues yo tengo coraza
De hierro áspero.
Hiela el dolor: el pecho
Trueca en peñasco.

Y así como la nieve,
Del Sol al blando
Rayo, suelta el magnífico
Manto plateado,
Y salta en hilo alegre
Al valle pálido,
Y las rosillas nuevas
Riega magnánimo;
Así, guerrero fúlgido,
Roto a tu paso,
Humildoso y alegre
Rueda el peñasco;
Y cual lebrel sumiso
Busca saltando
A la rosilla nueva
Del valle pálido.

VERSOS LIBRES

1882

MIS VERSOS

Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: ¡oh, cuanto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el Sol, se rompe en alas.

Tajos son éstos de mis propias entrañas—mis guerreros. —Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No zurcí de este y aquel, sino sajé en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto, yo), y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos.—De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebato de mis visiones, yo mismo tuve la culpa. que las he hecho surgir ante mí como las copio. De la copia yo soy el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no y usé de estos colores. Ya sé que no son usados. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.

Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado.

"POLLICE VERSO"

(MEMORIA DE PRESIDIO)

¡Sí! ¡yo también, desnuda la cabeza
De tocado y cabellos, y al tobillo
Una cadena lurda, heme arrastrado
Entre un montón de sierpes, que, revueltas
Sobre sus vicios negros, parecían
Esos gusanos de pesado vientre
Y ojos viscosos, que en hedionda cuba
De pardo lodo lentos se revuelcan!
Y yo pasé, sereno entre los viles,
Cual si en mis manos, como en ruego juntas,
Las anchas alas púdicas, abriese
Una paloma blanca. Y aun me aterro
De ver con el recuerdo lo que he visto
Una vez con mis ojos. ¡Y espantado,
Póngome en pie, cual a emprender la fuga!
¡Recuerdos hay que queman la memoria!
¡Zarzal es la memoria; mas la mía
Es un cesto de llamas! A su lumbre
El porvenir de mi nación preveo.
Y lloro. Hay leyes en la mente, leyes
Cual las del río, el mar, la piedra, el astro,
Asperas y fatales: ese almendro

Que con su rama obscura en flor sombrea
Mi alta ventana, viene de semilla
De almendro; y ese rico globo de oro
De dulce y perfumoso jugo lleno
Que en blanca fuente una niñuela cara,
Flor del destierro, cándida me brinda,
Naranja es, y vino de naranjo.
Y el suelo triste en que se siembran lágrimas,
Dará árbol de lágrimas. La culpa
Es madre del castigo. No es la vida
Copa de mago que el capricho torna
En hiel para los míseros, y en férvido
Tokay para el feliz. La vida es grave,
Y hasta el pomo ruïn la daga hundida,
Al flojo gladiador clava en la arena.

¡Alza, oh, pueblo, el escudo, porque es grave
Cosa esta vida, y cada acción es culpa
Que como aro servil se lleva luego
Cerrado al cuello, o premio generoso
Que del futuro mal próvido libra.

¿Veis los esclavos? ¡Como cuerpos muertos
Atados en racimo, a vuestra espalda
Irán vida tras vida, y con las frentes
Pálidas y angustiosas, la sombría
Carga en vano halaréis, hasta que el viento,
De vuestra pena bárbara apiadado,
Los átomos postreros evapore!
¡Oh, qué visión tremenda! ¡Oh, qué terrible
Procesión de culpables! ¡Como en llano
Negro los miro, torvos, anhelosos,

Sin fruta el arbolar, secos los píos
Bejucos, por comarca funeraria
Donde ni el Sol da luz, ni el árbol sombra!
¡Y bogan en silencio, como en magno
Océano sin agua, y a la frente
Porción del Universo, frase unida
A frase colosal, sierva ligada
A un carro de oro, que a los ojos mismos
De los que arrastra en rápida carrera
Ocúltase en el áureo polvo, sierva
Con escondidas riendas ponderosas
A la incansable eternidad atada!

Circo la tierra es, como el romano;
Y junto a cada cuna una invisible
Panoplia al hombre aguarda, donde lucen,
Cual daga cruel que hiere al que la blande,
Los vicios, y cual límpidos escudos
Las virtudes: la vida es la ancha arena,
Y los hombres esclavos gladiadores.
Mas el pueblo y el rey, callados miran
De grada excelsa, en la desierta sombra.
¡Pero miran! Y a aquel que en la contienda
Bajó el escudo, o lo dejó de lado,
O suplicó cobarde, o abrió el pecho
Laxo y servil a la enconosa daga
Del enemigo, las vestales rudas,
Desde el sitial de la implacable piedra,
Condenan a morir, *pollice verso;*
¡Llevan, cual yugo el buey, la cuerda uncida,
Y a la zaga, listado el cuerpo flaco
De hondos azotes, el montón de siervos!

¿Veis las carrozas, las ropillas blancas
Risueñas y ligeras, el luciente
Corcel de crin trenzada y riendas ricas,
Y la albarda de plata suntüosa
Prendida, y el menudo zapatillo
Cárcel a un tiempo de los pies y el alma?
¡Pues ved que los extraños os desdeñan
Como a raza ruïn, menguada y floja!

A MI ALMA

LLEGADA LA HORA DEL TRABAJO

¡Ea, jamelgo! De los montes de oro
Baja, y de andar en prados bien olientes
Y de aventar con los ligeros cascos
Mures y viboreznos, y al sol rubio
Mecer gentil las brilladoras crines!
¡Ea, jamelgo! Del camino obscuro
Que va do no se sabe, ésta es posada,
Y de pagar se tiene al hostelero!
Luego será la gorja, luego el llano,
Luego el prado oloroso, el alto monte.
Hoy bájese el jamelgo, que le aguarda
Cabe el duro ronzal la gruesa albarda.

AL BUEN PEDRO

Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras
Porque tras mis orejas el cabello
En crespas ondas su caudal levanta.
¡Diles, bribón, que mientras tú en festines,
En rubios caldos y en fragantes pomas,
Entre mancebas del astuto Norte,
De tus esclavos el sudor sangriento
Torcido en oro descuidado bebes,
Pensativo, febril, pálido, grave,
Mi pan rebano en solitaria mesa
Pidiendo ¡oh triste! al aire sordo modo
De libertar de su infortunio al siervo
¡Y de tu infamia a ti! Y en estos lances,
Suéleme, Pedro, en la apretada bolsa
Faltar la monedilla que reclama
Con sus húmedas manos el barbero.

HIERRO

Ganado tengo el pan: hágase el verso,
Y en su comercio dulce se ejercite
La mano, que cual prófugo perdido
Entre obscuras malezas, o quien lleva
A rastra enorme peso, andaba ha poco
Sumas hilando y revolviendo cifras.
Bardo, ¿consejo quieres? Pues descuelga
De la pálida espalda ensangrentada
El arpa dívea, acalla los sollozos
Que a tu garganta como mar en furia
Se agolparán, y en la madera rica
Taja plumillas de escritorio y echa
Las cuerdas rotas al movible viento.

¡Oh, alma! ¡oh, alma buena! ¡mal oficio
Tienes!: póstrate, calla, cede, lame
Manos de potentado, ensalza, excusa
Defectos, tenlos—que es mejor manera
De excusarlos,—y mansa y temerosa
Vicios celebra, encumbra vanidades.
¡Verás entonces, alma, cuál se trueca
En plato de oro rico tu desnudo
Plato de pobre!

Pero guarda ¡oh, alma!
¡Que usan los hombres hoy oro empañado!
Ni de eso cures, que fabrican de oro
Sus joyas el bribón y el barbilindo.
¡Las armas no,—las armas son de hierro!

Mi mal es rudo; la ciudad lo encona;
Lo alivia el campo inmenso. ¡Otro más vasto
Lo aliviará mejor!—Y las obscuras
Tardes me atraen, cual si mi patria fuera
La dilatada sombra.

¡Oh, verso amigo,
Muero de soledad, de amor me muero!
No de amor de mujer; estos amores
Envenenan y ofuscan. No es hermosa
La fruta en la mujer, sino la estrella.
La tierra ha de ser luz, y todo vivo
Debe en torno de sí dar lumbre de astro.
¡Oh, estas damas de muestra! ¡Oh, estas copas
De carne! ¡Oh, estas siervas ante el dueño
Que las enjoya y estremece echadas!
¡Te digo, oh verso, que los dientes duelen
De comer de esta carne!

Es de inefable
Amor del que yo muero, del muy dulce
Menester de llevar, como se lleva
Un niño tierno en las cuidosas manos,
Cuanto de bello y triste ven mis ojos.
Del sueño, que las fuerzas no repara
Sino de los dichosos, y a los tristes

El duro humor y la fatiga aumenta,
Salto, al sol, como un ebrio. Con las manos
Mi frente oprimo, y de los turbios ojos
Brota raudal de lágrimas. ¡Y miro
El sol tan bello y mi desierta alcoba,
Y mi virtud inútil, y las fuerzas
Que cual tropel fámelico de hirsutas
Fieras saltan de mí buscando empleo;
Y el aire hueco palpo, y en el muro
Frío y desnudo el cuerpo vacilante
Apoyo, y en el cráneo estremecido
En agonía flota el pensamiento,
Cual leño de bajel despedazado
Que el mar en furia a playa ardiente arroja!

¡Sólo las flores del paterno prado
Tienen olor! ¡Sólo las ceibas patrias
Del sol amparan! Como en vaga nube
Por suelo extraño se anda; las miradas
Injurias nos parecen, y el Sol mismo,
¡Más que en grato calor, enciende en ira!
¡No de voces queridas puebla el eco
Los aires de otras tierras: y no vuelan
Del arbolar espeso entre las ramas
Los pálidos espíritus amados!
De carne viva y profanadas frutas
Viven los hombres, ¡ay!, mas el proscripto
¡De sus entrañas propias se alimenta!
¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan
El honor de vuestro odio: ya son muertos!
Valiera más, ¡oh, bárbaros!, que al punto
De arrebatarlos al hogar, ¡hundiera

En lo más hondo de su pecho honrado
Vuestro esbirro más cruel su hoja más dura!
Grato es morir; horrible vivir muerto.
¡Mas no!, ¡mas no! La dicha es una prenda
De compasión de la fortuna al triste
Que no sabe domarla. A sus mejores
Hijos desgracias da Naturaleza:
¡Fecunda el hierro al llano, el golpe al hierro!

Nueva York, 4 de agosto.

CANTO DE OTOÑO

¡Bien; ya lo sé! La Muerte está sentada
A mis umbrales: cautelosa viene,
Porque sus llantos y su amor no apronten
En mi defensa, cuando lejos viven
Padres e hijo. Al retornar ceñudo
De mi estéril labor, triste y obscura,
Con que a mi casa del invierno abrigo,
De pie sobre las hojas amarillas,
En la mano fatal la flor del sueño,
La negra toca en alas rematada,
Avido el rostro, trémulo la miro
Cada tarde aguardándome a mi puerta.
¡En mi hijo pienso, y de la dama obscura
Huyo sin fuerzas, devorado el pecho
De un frenético amor! ¡Mujer más bella
No hay que la Muerte! ¡Por un beso suyo
Bosques espesos de laureles varios,
Y las adelfas del amor, y el gozo
De remembrarme mis niñeces diera!
...Pienso en aquel a quien mi amor culpable
Trajo a vivir, y, sollozando, esquivo
De mi amada los brazos; mas ya gozo
De la aurora perenne el bien seguro.
¡Oh, vida, adiós! Quien va a morir, va muerto.

¡Oh, duelos con la sombra! ¡Oh, pobladores
Ocultos del espacio! ¡Oh, formidables
Gigantes que a los vivos azorados
Mueven, dirigen, postran, precipitan!
¡Oh, conclave de jueces, blandos sólo
A la virtud, que en nube tenebrosa,
En grueso manto de oro recogidos,
Y duros como peña, aguardan torvos
A que al volver de la batalla rindan
—como el frutal sus frutos—
De sus obras de paz los hombres cuenta,
De sus divinas alas!... ¡de los nuevos
Arboles que sembraron, de las tristes
Lágrimas que enjugaron, de las fosas
Que a los tigres y víboras abrieron,
Y de las fortalezas eminentes
Que al amor de los hombres levantaron!
¡Esta es la dama, el rey, la patria, el premio
Apetecido, la arrogante mora
Que a su brusco señor cautiva espera
Llorando en la desierta barbacana!
Este el santo Salem, éste el Sepulcro
De los hombres modernos. ¡No se vierta
Más sangre que la propia! ¡No se bata
Sino al que odie al amor! ¡Unjanse presto
Soldados del amor los hombres todos!
¡La tierra entera marcha a la conquista
De este rey y señor, que guarda el cielo!
...¡Viles! ¡El que es traidor a sus deberes,
Muere como un traidor, del golpe propio
De su arma ociosa el pecho atravesado!
¡Ved que no acaba el drama de la vida

En esta parte obscura! ¡Ved que luego
Tras la losa de mármol o la blanda
Cortina de humo y césped se reanuda
El drama portentoso!, y ved, ¡oh, viles,
Que los buenos, los tristes, los burlados,
Serán en la otra parte burladores!

Otros de lirio y sangre se alimenten.
¡Yo no!, ¡yo no! Los lóbregos espacios
Rasgué desde mi infancia con los tristes
Penetradores ojos: el misterio
En un hora feliz de sueño acaso
De los jueces así, y amé la vida
Porque del doloroso mal me salva
De volverla a vivir. Alegremente
El peso eché del infortunio al hombro:
¡Porque el que en huelga y regocijo vive
Y huye el dolor, y esquiva las sabrosas
Penas de la virtud, irá confuso
Del frío y torvo juez a la sentencia,
Cual soldado cobarde que en herrumbre
Dejó las nobles armas; y los jueces
No en su dosel le ampararán, no en brazos
Lo encumbrarán, mas lo echarán altivos
A odiar, a amar y batallar de nuevo
En la fogosa sofocante arena!
¡Oh!, ¿qué mortal que se asomó a la vida
Vivir de nuevo quiere?...
Puede ansiosa
La Muerte, pues, de pie en las hojas secas
Esperarme a mi umbral con cada turbia
Tarde de Otoño, y silenciosa puede

Irme tejiendo con helados copos
Mi manto funeral.
No di al olvido
Las armas del amor: no de otra púrpura
Vestí que de mi sangre. Abre los brazos,
Listo estoy, madre Muerte: ¡al juez me lleva!

¡Hijo!... ¿Qué imagen miro?, ¿qué llorosa
Visión rompe la sombra, y blandamente
Como con luz de estrella la ilumina?
¡Hijo!... ¿Qué me demandan tus abiertos
Brazos? ¿A qué descubres tu afligido
Pecho? ¿Por qué me muestras tus desnudos
Pies, aun no heridos, y las blancas manos
Vuelves a mí, tristísimo, gimiendo?...
¡Cesa!, ¡calla!, ¡reposa!, ¡vive! ¡El padre
No ha de morir hasta que a la árdua lucha
Rico de todas armas lance al hijo!
¡Ven, oh, mi hijuelo, y que tus alas blancas
De los abrazos de la Muerte obscura
Y de su manto funeral me libren!

Nueva York, 1882.

EL PADRE SUIZO

Little Rock, Arkansas, 1.° de septiembre.

"El miércoles por la noche, cerca de París, condado de Logan, un suizo, llamado Edward Schwerzmann, llevó a sus tres hijos, de diez y ocho meses el uno, y cuatro y cinco años los otros, al borde de un pozo, y los echó en el pozo, y él se echó tras de ellos. Dicen que Schwerzmann obró en un momento de locura."

(Telegrama publicado en Nueva York).

Dicen que un suizo, de cabello rubio
Y ojos secos y cóncavos, mirando
Con desolado amor a sus tres hijos,
Besó sus pies, sus manos, sus delgadas,
Secas, enfermas, amarillas manos;
Y súbito, tremendo, cual airado
Tigre que al cazador sus hijos roba,
Dió con los tres, y con sí mismo luego,
En hondo pozo—¡y los robó a la vida!
¡Dicen que el bosque iluminó radiante
Uua rojiza luz, y que a la boca
Del pozo obscuro—sueltos los cabellos,
Cual corona de llamas que al monarca
Doloroso, al humano, sólo al borde
Del antro funeral la sien desciñe,—

La mano ruda a un tronco seco asida,
Contra el pecho huesoso, que sus uñas
Mismas sajaron, los hijuelos mudos
Por su brazo sujetos, como en noche
De tempestad las aves en su nido,
El alma a Dios, los ojos a la selva,
Retaba el suizo al cielo, y en su torno
Pareció que la tierra iluminaba
Luz de héroe, y que el reino de la sombra
La muerte de un gigante estremecía!

¡Padre sublime, espíritu supremo
Que por salvar los delicados hombros
De sus hijuelos, de la carga dura
De la vida sin fe, sin patria, torva
Vida sin fin seguro y cauce abierto,
Sobre sus hombros colosales puso
De su crimen feroz la carga horrenda!
¡Los árboles temblaban, y en su pecho
Huesoso, los seis ojos espantados
De los pálidos niños, seis estrellas
Para guiar al padre iluminadas,
Por el reino del crimen, parecían!
¡Ve, bravo! ¡Ve, gigante! ¡Ve, amoroso
Loco!, y las venenosas zarzas pisa
Que roen como tósigos las plantas
Del criminal, en el dominio lóbrego
Donde andan sin cesar los asesinos!
¡Ve!—¡que las seis estrellas luminosas
Te seguirán, y te guiarán, y ayuda
A tus hombros darán cuantos hubieren
Bebido el vino amargo de la vida!

FLORES DEL CIELO

Leí estos dos versos de Ronsard:
"Je vous envoye un bouquet que maman
Vient de trier de ces fleurs épanouies".
y escribí esto:

¿Flores? ¡No quiero flores! ¡Las del cielo
Quisiera yo segar!
¡Cruja, cual falda
De monte roto esta lenguada veste
Que me encinta y engrilla con sus miembros
Como con sierpes, y en mi alma sacian
Su hambre, y asoman a la cueva lóbrega
Donde mora mi espíritu, su negra
Cabeza, y boca roja y sonriente!
¡Caiga, como un encanto, este tejido
Enmarañado de raíces! ¡Surjan
Donde mis brazos alas, y parezca
Que, al ascender por la solemne atmósfera,
Ríos de luz sobre los hombres rueden!

Y huelguen por los húmedos jardines
Bardos tibios segando florecillas.
Yo, pálido de amor, de pie en las sombras,
Envuelto en gigantesca vestidura
De lumbre astral, en mi jardín, el cielo,

Un ramo haré magnífico de estrellas.
¡No temblará de asir la luz mi mano!

Y buscaré, donde las nubes duermen,
Amada y en su seno la más viva
Le prenderé, y esparciré las otras
Por su áurea y vaporosa cabellera.

COPA CICLOPEA

El Sol alumbra: ya en los aires miro
La copa amarga: ya mis labios tiemblan.
¡No de temor, que prostituye; de ira!...
¡El Universo, en las mañanas alza,
Medio dormido aún de un dulce sueño,
En las manos la Tierra perezosa,
Copa inmortal, en donde
Hierven al Sol las fuerzas de la vida!
¡Al niño triscador, al venturoso
De alma tibia y mediocre, a la fragante
Mujer que con los ojos desmayados
Abrirse ve en el aire extrañas rosas,
Iris la Tierra es, roto en colores,
Raudal que juvenece y rueda limpio
Por perfumado llano, y al retozo
Y al desmayo después plácido brinda!
¡Y para mí, porque a los hombres amo
Y mi gusto y mi bien terco descuido,
La Tierra melancólica aparece
Sobre mi frente que la vida bate,
De lúgubre color inmenso yugo!
Y, con los labios apretados, muero.

POMONA

¡Oh, ritmo de la carne, oh, melodía,
Oh, licor vigorante, oh, filtro dulce
De la hechicera forma! ¡No hay milagro
En el cuento de Lázaro, si Cristo
Llevó a su tumba una mujer hermosa!

¿Qué soy, quién es, sino Mennom en donde
Toda la luz del Universo canta,
Y cauce humilde en el que van revueltas,
Las eternas corrientes de la vida?
Iba, como arroyuelo que cansado
De regar plantas ásperas fenece,
Y, de amor por el noble Sol, transido,
A su fuego con gozo se evapora:
Iba, cual jarra que el licor ligero
En el fermento rompe,
Y en silenciosos hilos abandona:
Iba, cual gladiador que sin combate
Del incólume escudo ampara el rostro
Y el cuerpo rinde en la ignorada arena.
...¡Y súbito, las fuerzas juveniles
De un nuevo mar, el pecho rebosante
Hinchan y embargan, el cansado brío
Arde otra vez, y puebla el aire sano
Música suave y blando olor de mieles!
Porque a mis ojos los fragantes brazos
En armónico gesto alzó Pomona.

MEDIA NOCHE

¡Oh, qué vergüenza! El Sol ha iluminado
La Tierra; el amplio mar en sus entrañas
Nuevas columnas a sus naves rojas
Ha levantado; el monte, granos nuevos
Juntó en el curso del solemne día
A sus jaspes y breñas; en el vientre
De las aves y bestias nuevos hijos
Vida, que es forma, cobran; en las ramas
Las frutas de los árboles maduran;
¡Y yo, mozo de gleba, he puesto solo,
Mientras que el mundo gigantesco crece,
Mi jornal en las ollas de la casa!

¡Por Dios, que soy un vil! ¡No en vano el sueño
A mis pálidos ojos es negado!
No en vano por las calles titubeo
Ebrio de un vino amargo, cual quien busca
Fosa ignorada donde hundirse, y nadie
Su crimen grande y su ignominia sepa!
¡No en vano el corazón me tiembla ansioso
Como el pecho sin calma de un malvado!

¡El cielo, el cielo, con sus ojos de oro
Me mira, y ve mi cobardía, y lanza

Mi cuerpo fugitivo por la sombra
Como quien loco y desolado huye
De un vigilante que en sí mismo lleva!
¡La tierra es soledad! ¡La luz se enfría!
¿¿Adónde iré que este volcán se apague?
¿Adónde iré que el vigilante duerma?

¡Oh, sed de amor! Oh, corazón prendado
De cuanto vivo el Universo habita:
Del gusanillo verde en que se trueca
La hoja del árbol; del rizado jaspe
En que las ondas de la mar se cuajan;
De los árboles presos, que a los ojos
Me sacan siempre lágrimas; del lindo
Bribón gentil que con los pies desnudos
En fango y nieve, diario o flor pregona.

Oh, corazón, que en el carnal vestido
No hierros de hacer oro, ni belfudos
Labios glotones y sensuosos mira,
Sino corazas de batalla, y hornos
Donde la vida universal fermenta.

¡Y yo, ¡pobre de mí!, preso en mi jaula,
La gran batalla de los hombres miro!

HOMAGNO

Homagno sin ventura
La hirsuta y retostada cabellera
Con sus pálidas manos se mesaba.
"Máscara soy, mentira soy, decía;
Estas carnes y formas, estas barbas
Y rostro, estas memorias de la bestia,
Que como silla a lomo de caballo,
Sobre el alma oprimida echan y ajustan,
Por el rayo de luz que el alma mía
En la sombra entrevé—¡no son Homagno!

Mis ojos sólo, los mis caros ojos,
Que me revelan mi disfraz, son míos.
Queman, me queman, nunca duermen, oran,
Y en mi rostro los siento y en el cielo,
Y le cuentan de mí, y a mí de él cuentan.
¿Por qué, por qué, para cargar en ellos
Un grano ruin de alpiste mal trojado
Talló el Creador mis colosales hombros?
Ando, pregunto, ruinas y cimientos
Vuelco y sacudo; a sorbos delirantes
En la Creación, la madre de mil pechos,
Las fuentes todas de la vida aspiro.

Con demencia amorosa su invisible
Cabeza con las secas manos mías
Acaricio y destrenzo; por la tierra
Me tiendo compungido, y los confusos
Pies, con mi llanto baño y con mis besos,
Y en medio de la noche, palpitante,
Con mis voraces ojos en el cráneo
Y en sus órbitas anchas encendidos,
Trémulo, en mí plegado, hambriento espero,
Por si al próximo sol respuestas vienen.
Y a cada nueva luz, de igual enjuto
Modo y ruin, la vida me aparece,
Como gota de leche que en cansado
Pezón, al terco ordeño, titubea,
Como carga de hormiga, como taza
De agua añeja en la jaula de un jilguero".
¡De mordidas y rotas, ramos de uvas
Estrujadas y negras, las ardientes
Manos del triste Homagno parecían!

Y la tierra en silencio, y una hermosa
Voz de mi corazón, me contestaron.

YUGO Y ESTRELLA

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo:
"Flor de mi seno, Homagno generoso,
De mí y de la Creación suma y reflejo,
Pez que en ave y corcel y hombre se torna,
Mira estas dos, que con dolor te brindo,
Insignias de la vida: ve y escoge.
Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.
Hace de manso buey, y como presta
Servicio a los señores, duerme en paja
Caliente, y tiene rica y ancha avena.
Esta, oh misterio que de mí nacistè
Cual la cumbre nació de la montaña,
Esta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
Huyen de quien la lleva, y en la vida,
Cual un monstruo de crímenes cargado,
Todo el que lleva luz se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
Buey torna a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
¡El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, crece!
¡Cuando al mundo
De su copa el licor vació ya el vivo;

Cuando, para manjar de la sangrienta
Fiesta humana, sacó contento y grave
Su propio corazón; cuando a los vientos
De norte y sur virtió su voz sagrada,
La estrella como un manto, en luz lo envuelve,
Se enciende, como a fiesta, el aire claro,
Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra!"

—Dame el yugo, oh, mi madre, de manera
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.

ISLA FAMOSA

Aquí estoy, solo estoy, despedazado.
Ruge el cielo; las nubes se aglomeran,
Y aprietan, y ennegrecen, y desgajan.
Los vapores del mar la roca ciñen.
Sacra angustia y horror mis ojos comen.
¿A qué, Naturaleza embravecida,
A qué la estéril soledad en torno
De quien de ansia de amor rebosa y muere?
¿Dónde, Cristo sin cruz, los ojos pones?
¿Dónde, oh, sombra enemiga, dónde el ara
Digna por fin de recibir mi frente?
¿En pro de quién derramaré mi vida?

Rasgóse el velo; por un tajo ameno
De claro azul, como en sus lienzos abre
Entre mazos de sombra Díaz famoso,
El hombre triste de la roca mira
En lindo campo tropical, galanes
Blancos, y Venus negras, de unas flores
Fétidas y fangosas coronados.
Danzando van; ¡a cada giro nuevo
Bajo los muelles pies la tierra cede!
Y cuando en ancho beso los gastados
Labios sin lustre ya, trémulos juntan,
Saltánles de los labios agoreras
Aves tintas en hiel, aves de muerte.

AGUILA BLANCA

De pie, cada mañana,
Junto a mi áspero lecho está el verdugo.
Brilla el Sol, nace el mundo, el aire ahuyenta
Del cráneo la malicia,
Y mi águila infeliz, mi águila blanca,
Que cada noche en mi alma se renueva,
Al alba universal las alas tiende
Y, camino del Sol, emprende el vuelo.
. . . . . (1)
. . . . . .
Y en vez del claro vuelo al Sol altivo
Por entre pies ensangrentada y rota,
De un grano en busca el águila rastrea.

Oh, noche, sol del triste, amable seno
Donde su fuerza el corazón revive,
Perdura, apaga el Sol, toma la forma
De mujer libre y pura, a que yo pueda
Ungir tus pies, y con mis besos locos
Ceñir tu frente y calentar tus manos.
Líbrame, eterna noche, del verdugo,
O dale o que me dé con la primera
Alba una limpia y redentora espada.
¿Que con qué la has de hacer? ¡Con luz de estrellas!

(1) Se ha optado por poner puntos suspensivos donde el poeta había dejado claros, ya de versos, ya de algunas palabras, con la intención evidente de llenarlos después.—*Nota de Gonzálo de Quesada.*

AMOR DE CIUDAD GRANDE

De gorja son y rapidez los tiempos.
Corre cual luz la voz; en alta aguja,
Cual nave despeñada en sirte horrenda,
Húndese el rayo, y en ligera barca
El hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
Muere, apenas nacido, de saciado!
¡Jaula es la villa de palomas muertas
Y ávidos cazadores! ¡Si los pechos
Se rompen de los hombres, y las carnes
Rotas por tierra ruedan, no han de verse
Dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
De los salones y las plazas; muere
La flor el día en que nace. Aquella virgen
Trémula que antes a la muerte daba
La mano pura que a ignorado mozo;
El goce de temer; aquel salirse
Del pecho el corazón; el inefable
Placer de merecer; el grato susto
De caminar de prisa en derechura
Del hogar de la amada, y a sus puertas
Como un niño feliz romper en llanto;
Y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,

Irse tiñendo de color las rosas,
¡Ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
Tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,
Cual áureo vaso o lienzo suntuoso,
Dama gentil en casa de magnate!
¡O si se tiene sed, se alarga el brazo
Y a la copa que pasa se la apura!
Luego, la copa turbia al polvo rueda,
¡Y el hábil catador—manchado el pecho
De una sangre invisible—sigue alegre!
¡Coronado de mirtos, su camino!
¡No son los cuerpos ya sino desechos,
Y fosas, y jirones! ¡Y las almas
No son como en el árbol fruta rica
En cuya blanda piel la almíbar dulce
En su sazón de madurez rebosa,
Sino fruta de plaza que a brutales
Golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!
¡De las noches sin sueño! ¡De la vida
Estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
Que la ventura falta? Como liebre
Azorada, el espíritu se esconde,
Trémulo huyendo al cazador que ríe,
Cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
Y el deseo, de brazo de la fiebre,
Cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! ¡Toda está llena
De copas por vaciar, o huecas copas!
¡Tengo miedo ¡ay de mí! de que este vino

Tósigo sea, y en mis venas luego
Cual duende vengador los dientes clave!
¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra
No se sabe beber! ¡No he padecido
Bastante aun, para romper el muro
Que me aparta ¡oh, dolor! de mi viñedo!
¡Tomad vosotros, catadores ruines
De vinillos humanos, esos vasos
Donde el jugo de lirio a grandes sorbos
Sin compasión y sin temor se bebe!
¡Tomad! ¡Yo soy honrado, y tengo miedo!

Nueva York, abril de 1882.

ESTROFA NUEVA

. . . . . Cuando, oh Poesía,
Cuando en tu seno reposar me es dado!
Ancha es y hermosa y fúlgida la vida.
¡Que este o aquel o yo vivamos tristes,
Culpa de este o aquel será, o mi culpa!
Nace el corcel, del ala más lejano
Que el hombre, en quien el ala encumbradora
Ya en los ingentes brazos se diseña.
Sin más brida que el viento el corcel nace
Espoleador y flameador; ¡al hombre
La vida echa sus riendas en la cuna!
Si las tuerce o revuelve y si tropieza
Y da en atolladero, a sí se culpe
Y del incendio o del zarzal redima
La destrozada brida: sin que al noble
Sol y. . . . . vida desafíe.
De nuestro bien o mal autores somos,
Y cada cual autor de sí; la queja
A la torpeza y la deshonra añade
De nuestro error. Cantemos, sí, cantemos,
Aunque las hidras nuestro pecho roan,
El Universo colosal y hermoso.

Un obrero tiznado; una enfermiza
Mujer, de faz enjuta y dedos gruesos;

Otra que al dar al sol los entumidos
Miembros en el taller, como una egipcia
Voluptuosa y feliz, la saya burda
En las manos recoge y canta, y danza;
Un niño que sin miedo a la ventisca,
Como el soldado con el arma al hombro,
Va con sus libros a la escuela; el denso
Rebaño de hombres que en silencio triste
Sale a la aurora y con la noche vuelve,
Del pan del día en la difícil busca,
Cual la luz a Menmom, mueven mi lira.
Los niños, versos vivos, los heroicos
Y pálidos ancianos, los obscuros
Hornos donde en bridón o tritón truecan
Los hombres victoriosos las montañas,
Astiánax son y Andrómaca mejores,
Mejores, sí, que las del viejo Homero.

Naturaleza, siempre viva; el mundo
De minotauro yendo a mariposa,
Que de rondar el Sol enferma y muere;
La sed de luz, que como el mar salado
La de los labios, con el agua amarga
De la vida se irrita; la columna
Compacta de asaltantes que sin miedo
Al Dios de ayer sobre los flacos hombros
La mano libre y desferrada ponen,
Y los ligeros pies en el vacío,
Poesía son y estrofa alada, y grito
Que ni en tercetos ni en octava estrecha
Ni en remilgados serventicios caben.

Vaciad un monte; en tajo de sol vivo
Tallad un plectro; o de la mar brillante
El seno rojo y nacarado, el molde
De la triunfante estrofa nueva sea!

Como nobles de Nápoles, fantasmas
Sin carnes ya y sin sangre, que en polvosos
Palacios muertos con añejas chupas
De comido blasón, a paso sordo
Andan, y al mundo que camina enseñan
Como un grito sin voz, la seca encía,
Así, sobre los árboles cansados,
Y los ciriales rotos, y los huecos
De oxidadas diademas, duendecillos
Con chupa vieja y metro viejo asoman!
¡No en tronco seco y muerto hacen sus nidos,
Alegres recaderos de mañana,
Las lindas aves cuerdas y gentiles!
Ramaje quieren suelto y denso, y tronco
Alto y robusto, en fibra rico y savia.
Mas con el Sol se alza el deber; se pone
Mucho después que el Sol; ¡de la hornería
Y su batalla y su fragor cansada
La mente plena en el rendido cuerpo,
Atormentada duerme, como el verso
Vivo en los aires, por la lira rota
Sin dar sonidos desalado pasa!
Perdona, pues, oh, estrofa nueva, el tosco
Alarde de mi amor. Cuando, oh, poesía,
Cuando en tu seno reposar me es dado.

MUJERES

I

Esta, es rubia; esa, obscura; aquella, extraña
Mujer de ojos de mar y cejas negras;
Y una cual palma egipcia, alta y solemne
Y otra como un canario gorjeadora.
Pasan y muerden; los cabellos luengos
Echan, como una red; como un juguete
La lánguida beldad ponen al labio
Casto y febril del amador que a un templo
Con menos devoción que al cuerpo llega
De la mujer amada; ¡ella, sin velos
Yace, y a su merced! El, casto y mudo,
En la inflamada sombra alza dichoso
Como un manto imperial de luz de aurora.
Cual un pájaro loco en tanto ausente
En frágil rama y en menudas flores,
De la mujer el alma travesea.
Noble furor enciende al sacerdote,
Y a la insensata, contra el ara augusta
Como una copa de cristal rompiera.
Pájaros, sólo pájaros: el alma
Su ardiente amor reserva al universo.

II

Vino hirviente es amor: del vaso afuera
Echa, brillando al sol, la alegre espuma,
Y en sus claras burbujas, desmayados
Cuerpos, rizosos niños, cenadores
Fragantes y amistosas alamedas
Y juguetones ciervos se retratan.
De joyas, de esmeraldas, de rubíes,
De ónices y turquesas y del duro
Diamante, al fuego eterno derretidos,
Se hace el vino satánico. Mañana
El vaso sin ventura que lo tuvo
Cual comido de hienas, y espantosa
Lava mordente, se verá quemado.

III

Bien duerma, bien despierte, bien recline,
—Aunque no lo reclino—bien de hinojos
Ante un niño que juega el cuerpo doble,
Que no se dobla a viles ni a tiranos,
Siento que siempre estoy en pie. Si suelo,
Cual del niño en los rizos suele el aire
Benigno, en los piadosos labios tristes
Dejar que vuele una sonrisa, es cierto
Que así, sépalo el mozo, así sonríen
Cuantos nobles y crédulos buscaron
El sol eterno en la belleza humana.
Sólo hay un vaso que la sed apague
De hermosura y amor: Naturaleza
Abrazos deleitosos, híbleos besos
A sus amantes pródiga regala.

IV

Para que el hombre los tallara, puso
El monte y el volcán Naturaleza;
El mar, para que el hombre ver pudiese
Que era menor que su cerebro; en horno
Igual, sol, aire y hombres elabora.
Porque los dome, el pecho al hombre inunda
Con pardos brutos y con torvas fieras
¡Y el hombre no alza el monte!; no en el libre
Aire ni el sol magnífico se trueca,
Y en sus manos sin honra, a las sensuales
Bestias del pecho el corazón ofrece.
A los pies de la esclava vencedora
El hombre yace deshonrado, muerto.

ASTRO PURO

De un muerto, que al calor de un astro puro,
De paso por la tierra, como un manto
De oro sintió sobre sus huesos tibios
El polvo de la tumba; al sol radiante
Resucitó gozoso, vivió un día,
Y se volvió a morir, son estos versos:

Alma piadosa que a mi tumba llamas
Y cual la blanca luz de astros de enero,
Por el palacio de mi pecho en ruinas
Entras, irradias, y los restos fríos
De los que en él voraces habitaron
Truecas, ¡oh, maga! en candidas palomas;
Espíritu, pureza, luz, ternura,
Ave sin pies que el ruido humano espanta,
Señora de la negra cabellera,
El verso muerto a tu presencia surge
Como a las dulces horas del rocío
En el obscuro mar el Sol dorado
Y álzase por el aire cuanto existe
Cual su manto, en el vuelo recogiendo,
Y a ti llega, y se postra y por la tierra
En colosales pliegues
Con majestad de púrpura romana.

Besé tus pies, te vi pasar, señora.
¡Perfume y luz tiene por fin la tierra!
El verso aquel que a dentelladas duras
La vida diaria y ruin me remordía
Y en ásperos retazos, de mis secos
Y codiciosos labios se exhalaba,
Ora triunfante y melodioso bulle.
Y como ola del mar al sol sereno,
Bajo el espacio azul rueda en espuma:
¡Oh, mago, oh, mago amor!
Ya compañía
Tengo para afrontar la vida eterna.
Para la hora de la luz, la hora
De reposo y de flor, ya tengo cita.

Esto diciendo, los abiertos brazos
Tendió el cantor como a abrazar. El vivo
Amor que su viril estrofa mueve
Sólo duró lo que su estrofa dura.
Alma infeliz el alma ardiente aquella
En que el ascua más leve alza un incendio
. . . . . y el sueño
Que vió esplender, y quiso asir, hundióse
Como un águila muerta. El ígneo, el . . . . . .
Calló, brilló, volvió solo a su tumba.

CRIN HIRSUTA

¿Que como crin hirsuta de espantado
Caballo que en los troncos secos mira
Garras y dientes de tremendo lobo,
Mi destrozado verso se levanta...?
Sí, pero ¡se levanta! A la manera,
Como cuando el puñal se hunde en el cuello
De la res, sube al cielo hilo de sangre.
Sólo el amor engendra melodías.

A LOS ESPACIOS...

A los espacios entregarme quiero
Donde se vive en paz y con un manto
De luz, en gozo embriagador henchido,
Sobre las nubes blancas se pasea,
Y donde Dante y las estrellas viven.
Yo sé, yo sé, porque lo tengo visto
En ciertas horas puras, cómo rompe
Su cáliz una flor, y no es diverso
Del modo, no, con que lo quiebra el alma.
Escuchad y os diré:—viene de pronto
Como una aurora inesperada, y como
A la primera luz de primavera
De flor se cubren las amables lilas...
¡Triste de mí! contároslo quería,
Y en espera del verso, las grandiosas
Imágenes en fila ante mis ojos
Como águilas alegres vi sentadas.
Pero las voces de los hombres echan
De junto a mí las nobles aves de oro.
Ya se van, ya se van. Ved cómo rueda
La sangre de mi herida.
Si me pedís un símbolo del mundo
En estos tiempos, vedlo: un ala rota.
Se labra mucho el oro. ¡El alma apenas!
Ved cómo sufro. Vive el alma mía
Cual cierva en una cueva acorralada.
¡Oh, no está bien; me vengaré, llorando!

PORTICO

Frente a casas ruïnes, en los mismos
Sacros lugares donde Franklin bueno
Citó al rayo y lo ató, por entre truncos
Muros, cerros de piedra, boqueantes
Fosos, y los cimientos asomados
Como dientes que nacen a una encía,
Un pórtico gigante se elevaba.
Rondaba cerca de él la muchedumbre
.....que siempre en torno
De las fábricas nuevas se congrega.
Cual, que esta es siempre distinción de necios,
Absorto ante el tamaño; piedra el otro
Que no penetra el Sol, y cual en ira
De que fuera mayor que su estatura.
Entre el tosco andamiaje, y las nacientes
Paredes, aquel pórtico
En un cráneo sin tope parecía
Un labio enorme, lívido e hinchado.
Ruedas y hombres el aire sometieron;
Trepaban en la sombra; más arriba
Fueron que las iglesias; de las nubes
La fábrica magnífica colgaron.
Y en medio entonces de los altos muros
Se vió el pórtico en toda su hermosura.

MANTILLA ANDALUZA

¿Por qué no acaba todo, ora que puedes
Amortajar mi cuerpo venturoso
Con tu mantilla, pálida andaluza?
¡No me avergüenzo, no, de que me encuentren
Clavado el corazón con tu peineta!

¡Te vas! Como invisible escolta, surgen
Sobre sus tallos frescos, a seguirte,
Mis jazmines sin mancha y mis claveles.
¡Te vas! ¡Todos se van! Y tú me miras,
Oh, perla pura en flor, como quien echa
En honda copa joya resonante,
Y a tus manos tendidas me abalanzo
Como a un cesto de frutas un sediento.

De la tierra mi espíritu levantas
Como el ave amorosa a su polluelo.

POETA (1)

Como nacen las palmas en la arena
Y la rosa en la orilla al mar salobre,
Así de mi dolor mis versos surgen
Convulsos, encendidos, perfumados.
Tal en los mares sobre el agua verde,
La vela hendida, el mástil trunco, abierto
A las ávidas olas el costado
Despues de la batalla fragorosa
Con los vientos, el buque sigue andando.

¡Horror, horror! ¡En tierra y mar no había
Más que crujidos, furia, niebla y lágrimas!
Los montes, desgajados sobre el llano
Rodaban; las llanuras, mares turbios,
En desbordados ríos convertidas,
Vaciaban en los mares; un gran pueblo
Del mar cabido hubiera en cada arruga;
Estaban en el cielo las estrellas
Apagadas; los vientos, en jirones
Revueltos en la sombra, huían, se abrían,

(1) Sin título en el original, y, más que de otros, dudamos si será éste el que le corresponde. Lo mismo decimos de la que hemos titulado "Noche de Mayo".—*Nota de Gonzálo de Quesada.*

Al chocar entre sí, y se despeñaban;
En los montes del aire resonaban
Rodando con estrépito; ¡en las nubes
Los astros locos se arrojaban llamas!

Rió luego el Sol; en tierra y mar lucía
Una tranquila claridad de boda.
¡Fecunda y purifica la tormenta!
Del aire azul colgaban ya, prendidos
Cual gigantescos tules, los rasgados
Mantos de los crespudos vientos, rotos
En el fragor sublime. ¡Siempre quedan
Por un buen tiempo luego de la cura
Los bordes de la herida sonrosados!
Y el barco, como un niño, con las olas
Jugaba, se mecía, traveseaba.

COPA CON ALAS

Una copa con alas ¿quién la ha visto
Antes que yo? Yo ayer la vi. Subía
Con lenta majestad, como quien vierte
Oleo sagrado; y a sus dulces bordes
Mis regalados labios apretaba.
¡Ni una gota siquiera, ni una gota
Del bálsamo perdí que hubo en tu beso!

Tu cabeza de negra cabellera,
¿Te acuerdas?, con mi mano requería,
Porque de mí tus labios generosos
No se apartaran. Blanda como el beso
Que a ti me trasfundía, era la suave
Atmósfera en redor; ¡la vida entera
Sentí que a mí abrazándote, abrazaba!
¡Perdí el mundo de vista, y sus ruidos
Y su envidiosa y bárbara batalla!
¡Una copa en los aires ascendía
Y yo, en brazos no vistos reclinado
Tras ella, asido de sus dulces bordes,
Por el espacio azul me remontaba!
¡Oh, amor, oh, inmenso, oh, acabado artista!
En rueda o riel funde el herrero el hierro;
Una flor o mujer o águila o ángel
En oro o plata el joyador cincela;
¡Tú sólo, sólo tú, sabes el modo
De reducir el Universo a un beso!

ARBOL DE MI ALMA

Como un ave que cruza el aire claro,
Siento hacia mí venir tu pensamiento
Y acá en mi corazón hacer su nido.
Abrese el alma en flor; tiemblan sus ramas
Como los labios frescos de un mancebo
En su primer abrazo a una hermosura;
Cuchichean las hojas; tal parecen
Lenguaraces obreras y envidiosas,
A la doncella de la casa rica
En preparar el tálamo ocupadas.
Ancho es mi corazón, y es todo tuyo.
¡Todo lo triste cabe en él, y todo
Cuanto en el mundo llora, y sufre, y muere!
De hojas secas, y polvo, y derruidas
Ramas lo limpio; bruño con cuidado
Cada hoja, y los tallos; de las flores
Los gusanos y el pétalo comido
separo; oreo el césped en contorno
¡Y a recibirte, oh, pájaro sin mancha,
Apresto el corazón enajenado!

NOCHE DE MAYO

Con un astro la tierra se ilumina;
Con el perfume de una flor se llenan
Los ámbitos inmensos. Como vaga,
Misteriosa envoltura, una luz tenue
Naturaleza encubre, y una imagen
Misma del linde en que se acaba brota
Entre el humano batallar. ¡Silencio!
¡En el color, obscuridad! ¡Enciende
El Sol al pueblo bullicioso y brilla
La blanca luz de luna! Y en los ojos
La imagen va, porque si fuera buscan
Del vaso herido la admirable esencia,
En haz de aromas a los ojos surge;
¡Y si al peso del párpado obedecen,
Como flor que al plegar las alas pliega
Consigo su perfume, en el solemne
Templo interior como lamento triste
La pálida figura se levanta!
¡Divino oficio! El Universo entero,
Su forma sin perder, cobra la forma
De la mujer amada, y el esposo
Ausente, el cielo póstumo adivina
Por el casto dolor purificado.

LUZ DE LUNA

Esplendía su rostro; por los hombros
Rubias guedejas le colgaban; era
Una caricia su sonrisa: era
Ciego de nacimiento. Parecía
Que veía. Tras los párpados callados
Como un lago tranquilo, el alma exenta
Del horror que en el mundo ven los ojos,
Sus apacibles aguas deslizaba:
Tras los párpados blancos se veían
Aves de plata, estrellas voladoras,
En unas grutas pálidas los besos
Risueños disputándose la entrada,
Y en el dorso de cisnes navegando
Del ciego aquel [1] los pensamientos puros.

Como una rama en flor, al sosegado
Río silvestre que hacia el mar camina
Una afable mujer se asomó al ciego.
Tembló, encendióse, se cubrió de rosas,
Y las pálidas manos del amante
Besó cien veces, y llenó con ellas.

(1) En el original está la palabra "fiel", entre rayas perpendiculares, como para ser substituida por otra. Nos hemos permitido hacer la sustitución.—*Nota de Gonzálo de Quesada.*

En la misma guirnalda entrelazados
Pasan los dos la generosa vida.
Tan grandes son las flores, que a su sombra
Suelen dormir la prolongada siesta.

Cual quien enfrena a un potro que husmeando
Campo y batalla, en el portal sujeto
Mira, como quien muerde, al amo duro,
Así, rebelde a veces, tras sus ojos
El pobre ciego el alma sujetaba.

—¡Oh, si vieras! (los necios le decían
Que no han visto en sus almas) ¡oh, si vieras
Cuando sobre los trigos requemados
Su ejército de rayos el Sol lanza,
Cómo chispean, cómo relucen, cómo,
Asta al aire, el hinchado campamento
Los cascos mueve y el plumón lustrosos!
Si vieras como el mar, roto y negruzco,
Vuelca al barco infeliz, y encumbra al fuerte.
¡Si vieses, infeliz, como la Tierra
Cuando la Luna llena la ilumina,
Desposada parece que en los aires
Buscando va, con planta perezosa,
La casa florecida de su amado!
—¡Ha de ser, ha de ser como quien toca
La cabeza de un niño!
—Calla, ciego.
Es como asir en una flor la vida.

De súbito vió el ciego.—Esta que esplende,
Dijéronle, es la Luna. ¡Mira, mira

Qué mar de luz! ¡Abismos, ruinas, cuevas,
Todo por ella casto y blando luce
Como de noche el pecho de las tórtolas!
—¿Nada más?—dijo el ciego y retornando
A su amada celosa los ya abiertos
Ojos, besóle la temblante mano
Humildemente, y díjole:—No es nueva,
Para el que sabe amar, la luz de luna.

FLOR DE HIELO

Al saber que era muerto Manuel Ocaranza.

¡Mírala! ¡Es negra! ¡Es torva! Su tremenda
Hambre la azuza. Son sus dientes hoces;
Antro su fauce; secadores vientos
Sus hálitos; su paso, ola que traga
Huertos y selvas; sus manjares, hombres.
¡Viene! ¡Escondeos, oh, caros amigos,
Hijo del corazón, padres muy caros!
Do asoma, quema; es sorda, es ciega:—El hambre
Ciega el alma y los ojos. ¡Es terrible
El hambre de la Muerte!
No es ahora
La generosa, la clemente amiga
Que el muro rompe al alma prisionera
Y le abre el claro cielo fortunado;
No es la dulce, la plácida, la pía
Redentora de tristes, que del cuerpo,
Como de huerto abandonado, toma
El alma adolorida, y en más alto
Jardín la deja, donde blanda luna
Perpetuamente brilla, y crecen sólo
En vástagos en flor blancos rosales
No la esposa evocada; no la eterna

Madre invisible, que los anchos brazos,
Sentada en todo el ámbito solemne,
Abre a sus hijos, que la vida agosta,
Y a reposar y a reparar sus bríos
Para el fragor y la batalla nueva
Sus cabezas ígníferas reclina
En su puro y jovial seno de aurora.

No; aun a la diestra del Señor sublime
Que envuelto en nubes, con sonora planta
Sobre cielos y cúspides pasea;
Aun en los bordes de la copa dívea
En colosal montaña trabajada
Por tallador cuyas tundentes manos
Hechas al rayo y trueno fragorosos
Como barro sutil la roca herían;
¡Aun a los lindes del gigante vaso
Donde se bebe al fin la paz eterna,
El mal, como un insecto, sus obscuros
Anillos mueve y sus antenas clava,
Artero, en los sedientos bebedores!

Sierva es la Muerte: sierva del callado
Señor de toda vida: ¡salvadora
Oculta de los hombres! Mas el ígneo
Dueño a sus siervos implacable ordena
Que hasta rendir el postrimer aliento,
A la sombra feliz del mirto de oro,
El bien y el mal el seno les combatan;
Y sólo las eternas rosas ciñe
Al que a sus mismos ojos el mal torvo
En batalla final convulso postra.

Y pío entonces en la seca frente
Da aquél, en cuyo seno poderoso
No hay muerte ni dolor, un largo beso.
¡Y en la Muerte gentil, la Muerte misma,
Lidian el bien y el mal...! ¡Oh, dueño rudo,
A rebelión y admiración me mueve
Este misterio de dolor, que pena
La culpa de vivir, que es culpa tuya,
Con el dolor tenaz, martirio nuestro!
¿Es tu seno quizá tal hermosura
Y el placer de domar la interna fiera
Gozo tan vivo, que el martirio mismo
Es precio pobre a la final delicia?
¡Hora tremenda y criminal, oh, Muerte,
Aquella en que en tu seno generoso
El hambre ardió, y en el ilustre amigo
Seca posaste la tajante mano!
¡No es, no, de tales víctimas tu empresa
Poblar la sombra! De cansados ruines,
De ancianos laxos, de guerreros flojos
Es tu oficio poblarla, y en tu seno
Rehacer al viejo la gastada vida
Y al soldado sin fuerzas la armadura.
¡Mas el taller de los creadores sea,
¡Oh, Muerte! de tus hambres reservado!
¡Hurto ha sido; tal hurto, que en la sola
Casa, su pueblo entero los cabellos
Mesa, y su triste amigo solitario
Con gestos grandes de dolor sacude,
Por él clamando, la callada sombra!
¡Dime, torpe hurtadora, di el obscuro
Monte donde tu recia culpa amparas;

Y donde con la seca selva en torno,
Cual cabellera de tu cráneo hueco,
En lo profundo de la tierra escondes
Tu generosa víctima! ¡Di al punto
El antro, y a sus puertas con el pomo
Llamaré de mi espada vengadora!
Mas, ¡ay! Que, ¿a do me vuelvo? ¿Qué soldado
A seguirme vendrá? ¡Capua es la tierra,
Y de orto a ocaso, y a los cuatro vientos!
No hay más, no hay más que infames desertores,
De pie sobre sus armas enmohecidas
En rellenar sus arcas afanados.

No de mármol son ya, ni son de oro,
Ni de piedra tenaz o hierro duro
Los divinos magníficos humanos.
De algo más torpe son: jaulas de carne
Son hoy los hombres, de los vientos crueles
Por mantos de oro y púrpura amparados,
¡Y de la jaula en lo interior, un negro
Insecto de ojos ávidos y boca
Ancha y febril, retoza, come, ríe!
¡Muerte! el crimen fué bueno: ¡guarda, guarda
En la tierra inmortal tu presa noble!

VERSOS SENCILLOS

1891

A MANUEL MERCADO,
DE MEJICO

A ENRIQUE ESTRAZULAS,
DEL URUGUAY

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fué aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Wáshington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.

¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados VERSOS LIBRES, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? ¿Y mis VERSOS CUBANOS, tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve? ¿Y tanto pecado mío escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? ¿Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

Nueva York, 1891.

I

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma;
Y antes de morirme, quiero
Echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes;
En los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
De las yerbas y las flores,
Y de mortales engaños,
Y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche obscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros
De las mujeres hermosas:
Y salir de los escombros,
Volando, las mariposas.

He visto vivir a un hombre
Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
Dos veces vi el alma, dos:
Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez—en la reja,
A la entrada de la viña,—
Cuando la bárbara abeja
Picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte
Que gocé cual nunca:—cuando
La sentencia de mi muerte
Leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través
De las tierras y la mar,
Y no es un suspiro,—es
Que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo a un amigo sincero
Y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida
Volar al azul sereno,
Y morir en su guarida
La víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
Cede, lívido, al descanso,
Sobre el silencio profundo
Murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
De horror y júbilo yerta,
Sobre la estrella apagada
Que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hiere:
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
Todo es música y razón,
Y todo, como el diamante,
Antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
Con gran lujo y con gran llanto,—
Y que no hay fruta en la tierra
Como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
La pompa del rimador:
Cuelgo de un árbol marchito
Mi muceta de doctor.

II

Yo sé de Egipto y Nigricia,
Y de Persia y Xenofonte;
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Yo sé las historias viejas
Del hombre y de sus rencillas;
Y prefiero las abejas
Volando en las campanillas.

Yo sé del canto del viento
En las ramas vocingleras:
Nadie me diga que miento,
Que lo prefiero de veras.

Yo sé de un gamo aterrado
Que vuelve al redil, y expira,—
Y de un corazón cansado
Que muere obscuro y sin ira.

III

Odio la máscara y vicio
Del corredor de mi hotel:
Me vuelvo al manso bullicio
De mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
Que arde y brilla en el crisol:
A mí denme el bosque eterno
Cuando rompe en él el Sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
Barbullendo en la redoma:
Prefiero estar en la sierra
Cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
Pilares para su altar;
¡En mi templo, en la montaña,
El álamo es el pilar!

Y la alfombra es puro helecho,
Y los muros abedul,
Y la luz viene del techo,
Del techo de cielo azul.

El obispo, por la noche,
Sale, despacio, a cantar:
Monta, callado, en su coche,
Que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza
Son dos pájaros azules:
Y canta el aire y retoza,
Y cantan los abedules.

Duermo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo:
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
Al fuego de la mañana,
Que tiñe las colgaduras
De rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
Canta al primer arrebol:
La gasa del horizonte
Prende, de un aliento, el Sol.

¡Díganle al obispo ciego,
Al viejo obispo de España
Que venga, que venga luego,
A mi templo, a la montaña!

IV

Yo visitaré anhelante
Los rincones donde a solas
Estuvimos yo y mi amante
Retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
Solos, con la compañía
De dos pájaros que vimos
Meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
En la pareja ligera,
Deshizo los lirios rojos
Que le dió la jardinera.

La madreselva olorosa
Cogió con sus manos ella,
Y una madama graciosa,
Y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
Abrirle su quitasol;
Y ella me dijo: "¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el Sol!"

"Nunca más altos he visto
Estos nobles robledales:
Aquí debe estar el Cristo,
Porque están las catedrales."

"Ya sé dónde ha de venir
Mi niña a la comunión;
De blanco la he de vestir
Con un gran sombrero alón."

Después, del calor al peso,
Entramos por el camino,
Y nos dábamos un beso
En cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
Al lago mudo y helado:
Clavaré la quilla triste:
Posaré el remo callado!

V

Si ves un monte de espumas,
Es mi verso lo que ves:
Mi verso es un monte, y es
Un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
Que por el puño echa flor:
Mi verso es un surtidor
Que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
Y de un carmín encendido:
Mi verso es un ciervo herido
Que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
Mi verso, breve y sincero,
Es del vigor del acero
Con que se funde la espada.

VI

Si quieren que de este mundo
Lleve una memoria grata,
Llevaré, padre profundo,
Tu cabellera de plata.

Si quieren, por gran favor,
Que lleve más, llevaré
La copia que hizo el pintor
De la hermana que adoré.

Si quieren que a la otra vida
Me lleve todo un tesoro,
¡Llevo la trenza escondida
Que guardo en mi caja de oro!

VII

Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar: todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
La de la heroica defensa,
Por mantener lo que piensa
Juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
O lo enoja un rey cazurro,
Calza la manta el baturro
Y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
Que baña el Ebro lodoso:
Quiero el Pilar azuloso
De Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
Echa por tierra a un tirano:
Lo estimo, si es un cubano;
Lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
Con escaleras bordadas;
Amo las naves calladas
Y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
Musulmana o española,
Donde rompió su corola
La poca flor de mi vida.

VIII

Yo tengo un amigo muerto
Que suele venirme a ver:
Mi amigo se sienta, y canta;
Canta en voz que ha de doler.

"En un ave de dos alas
Bogo por el cielo azul:
Un ala del ave es negra
Otra de oro Caribú.

El corazón es un loco
Que no sabe de un color:
O es su amor de dos colores,
O dice que no es amor.

Hay una loca más fiera
Que el corazón infeliz:
La que le chupó la sangre
Y se echó luego a reír.

Corazón que lleva rota
El ancla fiel del hogar,
Va como barca perdida,
Que no sabe a dónde va."

En cuanto llega a esta angustia
Rompe el muerto a maldecir:
Le amanso el cráneo: lo acuesto:
Acuesto el muerto a dormir.

IX

Quiero, a la sombra de un ala,
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín: la enterramos
En una caja de seda.

...Ella dió al desmemoriado
Una almohadilla de olor:
El volvió, volvió casado:
Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
Obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador:
El volvió con su mujer:
Ella se murió de amor.

Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente—¡la frente
Que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
La pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
Besé sus zapatos blancos.

Callado, al obscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
A la que murió de amor!

X

El alma trémula y sola
Padece al anochecer:
Hay baile; vamos a ver
La bailarina española.

Han hecho bien en quitar
El banderón de la acera;
Porque si está la bandera,
No sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:
Soberbia y pálida llega:
¿Cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero
Y una capa carmesí:
¡Lo mismo que un alelí
Que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
Ceja de mora traidora:
Y la mirada, de mora:
Y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,
Y sale en bata y mantón,
La Virgen de la Asunción
Bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;
Crúzase al hombro la manta:
En arco el brazo levanta:
Mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
El tablado zalamera,
Como si la tabla fuera
Tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
En las llamas de los ojos,
Y el manto de flecos rojos
Se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
Húrtase, se quiebra, gira:
Abre en dos la cachemira,
Ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;
La boca abierta provoca;
Es una rosa la boca:
Lentamente taconea.

Recoge, de un débil giro,
El manto de flecos rojos:
Se va, cerrando los ojos,
Se va, como en un suspiro...

Baila muy bien la española,
Es blanco y rojo el mantón:
¡Vuelve, fosca, a su rincón
El alma trémula y sola!

XI

Yo tengo un paje muy fiel
Que me cuida y que me gruñe,
Y al salir, me limpia y bruñe
Mi corona de laurel.

Yo tengo un paje ejemplar
Que no come, que no duerme,
Y que se acurruca a verme
Trabajar y sollozar.

Salgo, y el vil se desliza
Y en mi bolsillo aparece;
Vuelvo, y el terco me ofrece
Una taza de ceniza.

Si duermo, al rayar el día
Se sienta junto a mi cama:
Si escribo, sangre derrama
Mi paje en la escribanía.

Mi paje, hombre de respeto,
Al andar castañetea:
Hiela mi paje, y chispea:
Mi paje es un esqueleto.

XII

En el bote iba remando
Por el lago seductor,
Con el sol que era oro puro
Y en el alma más de un sol.

Y a mis pies vi de repente,
Ofendido del hedor,
Un pez muerto, un pez hediondo
En el bote remador.

XIII

Por donde abunda la malva
Y da el camino un rodeo,
Iba un ángel de paseo
Con una cabeza calva.

Del castañar por la zona
La pareja se perdía:
La calva resplandecía
Lo mismo que una corona.

Sonaba el hacha en lo espeso,
Y cruzó un ave volando:
Pero no se sabe cuándo
Se dieron el primer beso.

Era rubio el ángel; era
El de la calva radiosa,
Como el tronco a que amorosa
Se prende la enredadera.

XIV

Yo no puedo olvidar nunca
La mañanita de otoño
En que le salió un retoño
A la pobre rama trunca.

La mañanita en que, en vano,
Junto a la estufa apagada,
Una niña enamorada
Le tendió al viejo la mano.

XV

Vino el médico amarillo
A darme su medicina,
Con una mano cetrina
Y la otra mano al bolsillo.
¡Yo tengo allá en un rincón
Un médico que no manca
Con una mano muy blanca
Y otra mano al corazón!

Viene, de blusa y casquete,
El grave del repostero,
A preguntarme si quiero
O Málaga o Pajarete:
¡Díganle a la repostera
Que ha tanto tiempo no he visto,
Que me tenga un beso listo
Al entrar la primavera!

XVI

En el alféizar calado
De la ventana moruna,
Pálido como la luna,
Medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
De seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
Una violeta en el te.

XVII

Es rubia: el cabello suelto
Da más luz al ojo moro:
Voy, desde entonces, envuelto
En un torbellino de oro.

La abeja estival que zumba
Más ágil por la flor nueva,
No dice, como antes, "tumba":
"Eva" dice: todo es "Eva".

Bajo, en lo obscuro, al temido
Raudal de la catarata:
¡Y brilla el iris, tendido
Sobre las hojas de plata!

Miro, ceñudo, la agreste
Pompa del monte irritado:
¡Y en el alma azul celeste
Brota un jacinto rosado!

Voy, por el bosque, a paseo
A la laguna vecina:
Y entre las ramas la veo,
Y por el agua camina.

La serpiente del jardín
Silba, escupe, y se resbala
Por su agujero: el clarín
Me tiende, trinando, el ala.

¡Arpa soy, salterio soy
Donde vibra el Universo:
Vengo del sol, y al sol voy:
Soy el amor: soy el verso!

XVIII

El alfiler de Eva loca
Es hecho del oro obscuro
Que lo sacó un hombre puro
Del corazón de una roca.

Un pájaro tentador
Le trajo en el pico ayer
Un relumbrante alfiler
De pasta y de similor.

Eva se prendió al obscuro
Talle el diamante embustero:
Y echó en el alfiletero
El alfiler de oro puro.

XIX

Por tus ojos encendidos
Y lo mal puesto de un broche,
Pensé que estuviste anoche
Jugando a juegos prohibidos.

Te odié por vil y alevosa:
Te odié con odio de muerte:
Náusea me daba de verte
Tan villana y tan hermosa.

Y por la esquela que vi
Sin saber cómo ni cuándo,
Sé que estuviste llorando
Toda la noche por mí.

XX

Mi amor del aire se azora;
Eva es rubia, falsa es Eva:
Viene una nube, y se lleva
Mi amor que gime, y que llora.

Se lleva mi amor que llora
Esa nube que se va:
Eva me ha sido traidora:
¡Eva me consolará!

XXI

Ayer la vi en el salón
De los pintores, y ayer
Detrás de aquella mujer
Se me saltó el corazón.

Sentada en el suelo rudo
Está en el lienzo: dormido
Al pie, el esposo rendido:
Al seno el niño desnudo.

Sobre unas briznas de paja
Se ven mendrugos mondados:
Le cuelga el manto a los lados,
Lo mismo que una mortaja.

No nace en el torvo suelo
Ni una viola, ni una espiga:
¡Muy lejos, la casa amiga,
Muy triste y obscuro el cielo!...

¡Esa es la hermosa mujer
Que me robó el corazón
En el soberbio salón
De los pintores de ayer!

XXII

Estoy en el baile extraño
De polaina y casaquín
Que dan, del año hacia el fin,
Los cazadores del año.

Una duquesa violeta
Va con un frac colorado:
Marca un vizconde pintado
El tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas,
Pasan los tules de fuego,
Como delante de un ciego
Pasan volando las hojas.

XXIII

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.

No me pongan en lo obscuro
A morir como un traidor:
¡Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al Sol!

XXIV

Sé de un pintor atrevido
Que sale a pintar contento
Sobre la tela del viento
Y la espuma del olvido.

Yo sé de un pintor gigante,
El de divinos colores,
Puesto a pintarle las flores
A una corbeta mercante.

Yo sé de un pobre pintor
Que mira el agua al pintar—
El agua ronca del mar,—
Con un entrañable amor.

XXV

Yo pienso, cuando me alegro
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo—
¡Que tiene el ojo tan negro!

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores—¡y una bandera!

XXVI

Yo que vivo, aunque me he muerto,
Soy un gran descubridor,
Porque anoche he descubierto
La medicina de amor.

Cuando al peso de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
Como de un baño de luz.

XXVII

El enemigo brutal
Nos pone fuego a la casa:
El sable la calle arrasa,
A la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
Del sable del español:
La calle, al salir el Sol,
Era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
Entran, llorando, a una muerta:
Llama una mano a la puerta
En lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
El portón: y la mujer
Que llama, me ha dado el ser:
Me viene a buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
Los valientes habaneros
Se quitaron los sombreros
Ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
Como dos locos, me dijo:
"¡Vamos pronto, vamos, hijo:
La niña está sola: vamos!"

XXVIII

Por la tumba del cortijo
Donde está el padre enterrado,
Pasa el hijo, de soldado
Del invasor: pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
Envuelto en su pabellón
Alzase: y de un bofetón
Lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba
El viento por el cortijo;
El padre recoge al hijo,
Y se lo lleva a la tumba.

XXIX

La imagen del rey, por ley,
Lleva el papel del Estado:
El niño fué fusilado
Por los fusiles del rey.

Festejar el santo es ley
Del rey: y en la fiesta santa
¡La hermana del niño canta
Ante la imagen del rey!

XXX

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
Los almácigos copudos:
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el Sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vió: tembló
De pasión por los que gimen:
¡Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su sangre el crimen!

XXXI

Para modelo de un dios
El pintor lo envió a pedir:—
¡Para eso no! ¡para ir,
Patria, a servirte los dos!

Bien estará en la pintura
El hijo que amo y bendigo:—
¡Mejor en la ceja obscura,
Cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón
De nobleza natural:
¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:
Vamos los dos: si yo muero,
Me besas: si tú... ¡prefiero
Verte muerto a verte vil!

XXXII

En el negro callejón
Donde en tinieblas paseo,
Alzo los ojos, y veo
La iglesia, erguida, a un rincón.

¿Será misterio? ¿Será
Revelación y poder?
¿Será, rodilla, el deber
De postrarse? ¿Qué será?

Tiembla la noche: en la parra
Muerde el gusano el retoño;
Grazna, llamando al otoño,
La hueca y hosca cigarra.

Graznan dos: atento al dúo
Alzo los ojos, y veo
Que la iglesia del paseo
Tiene la forma de un buho.

XXXIII

De mi desdicha espantosa
Siento, oh estrellas, que muero:
Yo quiero vivir, yo quiero
Ver a una mujer hermosa.

El cabello, como un casco,
Le corona el rostro bello:
Brilla su negro cabello
Como un sable de Damasco.

¿Aquélla?... ¡Pues pon la hiel
Del mundo entero en un haz,
Y tállala en cuerpo, y haz
Un alma entera de hiel!

¿Esta?... Pues esta infeliz
Lleva escarpines rosados,
Y los labios colorados,
Y la cara de barniz.

El alma lúgubre grita:
"¡Mujer, maldita mujer!"
¡No sé yo quién pueda ser
Entre las dos la maldita!

XXXIV

¡Penas! ¿Quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego,
Después del rayo, y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
Los montes altos; ¡después
Veremos, alma, quién es
Quien te me ha puesto al morir!

XXXV

¿Qué importa que tu puñal
Se me clave en el riñón?
¡Tengo mis versos, que son
Más fuertes que tu puñal!

¿Qué importa que este dolor
Seque el mar, y nuble el cielo?
El verso, dulce consuelo,
Nace alado del dolor.

XXXVI

Ya sé: de carne se puede
Hacer una flor: se puede,
Con el poder del cariño,
Hacer un cielo—¡y un niño!

De carne se hace también
El alacrán; y también
El gusano de la rosa,
Y la lechuza espantosa.

XXXVII

Aquí está el pecho, mujer,
Que ya sé que lo herirás:
¡Más grande debiera ser,
Para que lo hirieses más!

Porque noto, alma torcida,
Que en mi pecho milagroso,
Mientras más honda la herida,
Es mi canto más hermoso.

XXXVIII

¿Del tirano? Del tirano
Di todo, ¡di más!: y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
Di el antro, di las veredas
Obscuras: di cuanto puedas
Del tirano y del error.

¿De mujer? Pues puede ser
Que mueras de su mordida;
¡Pero no empañes tu vida
Diciendo mal de mujer!

XXXIX (1)

Cultivo una rosa blanca,
En julio como en enero,
Para el amigo sincero
Que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
El corazón con que vivo,
Cardo ni oruga cultivo:
Cultivo la rosa blanca.

(1) En las numerosas transcripciones de estas dos estrofas de Martí hemos leído el séptimo verso como aquí se ve; pero parece fuera de toda duda que existe un error padecido al tomarlo de los originales manuscritos, Ese verso debió escribirse por Martí: "cardo ni ortiga cultivo".—*N. del R.*

XL

Pinta mi amigo el pintor
Sus angelones dorados,
En nubes arrodillados,
Con soles alrededor.

Pínteme con sus pinceles
Los angelitos medrosos
Que me trajeron, piadosos,
Sus dos ramos de claveles.

XLI

Cuando me vino el honor
De la tierra generosa,
No pensé en Blanca ni en Rosa
Ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
Que está en la tumba, callado;
Pensé en mi padre, el soldado;
Pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
Carta, en su noble cubierta,
Pensé en la tumba desierta:
No pensé en Blanca ni en Rosa.

XLII

En el extraño bazar
Del amor, junto a la mar,
La perla triste y sin par
Le tocó por suerte a Agar.

Agar, de tanto tenerla
Al pecho, de tanto verla
Agar, llegó a aborrecerla:
Majó, tiró al mar la perla.

Y cuando Agar, venenosa
De inútil furia, y llorosa,
Pidió al mar la perla hermosa,
Dijo la mar borrascosa:

"¿Qué hiciste, torpe, qué hiciste
De la perla que tuviste?
La majaste, me la diste:
Yo guardo la perla triste."

XLIII

Mucho, señora, daría
Por tender sobre tu espalda
Tu cabellera bravía,
Tu cabellera de gualda:
Despacio la tendería,
Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
Baja lujoso el cabello,
Lo mismo que una cortina
Que se levanta hacia el cuello.
La oreja es obra divina
De porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
Por desenredar el nudo
De tu roja cabellera
Sobre tu cuello desnudo:
Muy despacio la esparciera,
Hilo por hilo la abriera.

XLIV

Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo,
Porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
La mushma en su cojinete
De arce del Japón: yo digo
"No hay cojín como un amigo".

Tiene el conde su abolengo:
Tiene la aurora el mendigo:
Tiene ala el ave: ¡yo tengo
Allá en Méjico un amigo!

Tiene el señor presidente
Un jardín con una fuente,
Y un tesoro en oro y trigo:
Tengo más, tengo un amigo.

XLV

Sueño con claustros de mármol
Donde en silencio divino
Los héroes, de pie, reposan:
¡De noche, a la luz del alma,
Hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
Entre las filas: las manos
De piedra les beso: abren
Los ojos de piedra: mueven
Los labios de piedra: tiemblan
Las barbas de piedra: empuñan
La espada de piedra: lloran:
¡Vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso la mano.

¡Hablo con ellos, de noche!
Están en fila: paseo
Entre las filas: lloroso
Me abrazo a un mármol: "¡Oh mármol,
Dicen que beben tus hijos
Su propia sangre en las copas
Venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
De sus rufianes! ¡Que comen

Juntos el pan del oprobio,
En la mesa ensangrentada!
¡Que pierden en lengua inútil
El último fuego! ¡Dicen,
Oh mármol, mármol dormido,
Que ya se ha muerto tu raza!"

Echame en tierra de un bote
El héroe que abrazo: me ase
Del cuello: barre la tierra
Con mi cabeza: levanta
El brazo, ¡el brazo le luce
Lo mismo que un sol!: resuena
La piedra: buscan el cinto
Las manos blancas: ¡del soclo
Saltan los hombres de mármol!

XLVI

Vierte, corazón, tu pena
Donde no se llegue a ver,
Por soberbia, y por no ser
Motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
Porque cuando siento el pecho
Ya muy cargado y deshecho,
Parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
En tu regazo amoroso,
Todo mi amor doloroso,
Todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
Amar y hacer bien, consientes
En enturbiar tus corrientes
Con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero
La tierra, y sin odio, y puro,
Te arrastras, pálido y duro,
Mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
Al cielo limpia y serena,
Y tú me cargas mi pena
Con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
De echarme en ti te desvía
De tu dichosa armonía
Y natural mansedumbre;

Porque mis penas arrojo
Sobre tu seno, y lo azotan,
Y tu corriente alborotan,
Y acá, lívido, allá rojo,

Blanco allá como la muerte,
Ora arremetes y ruges,
Ora con el peso cruges
De un dolor más que tú fuerte.

¿Habré, como me aconseja
Un corazón mal nacido,
De dejar en el olvido
A aquel que nunca me deja?

—Verso, nos hablan de un Dios
A donde van los difuntos:
¡Verso, o nos condenan juntos,
O nos salvamos los dos!

DEDICATORIA EN UN EJEMPLAR DE "VERSOS SENCILLOS" AL DOCTOR ULPIANO DELLUNDÉ

No hay pena cual la de amar
A un pueblo solo y cautivo,
Que vive, clavado vivo,
A lo lejos de la mar:
¡Ni sé de alivio mayor
Al corazón que se abrasa,
Que el sol y el café en la casa
De la amistad y el amor!

DEDICATORIA EN UN EJEMPLAR DE "VERSOS SENCILLOS" AL DOCTOR JUAN GUITERAS

Del portal, al sol abierto,
Sale el bribón, de alma helada,
Como una bestia azorada,
Como un crimen descubierto.
Esta fatídica gente
Que vive de ansiar y odiar,
¡Oh, no; no puede mirar
La mañana frente a frente!

Central Valley, 11 de mayo de 1894.

VERSOS VARIOS

Los versos que siguen están tomados, en su mayor parte, de la edición de Gonzalo de Quesada. Los que no fueron publicados por el ejemplar discípulo de Martí, van acompañados de una nota del recopilador, indicando el lugar de donde se toman. Se ha seguido, en lo posible, orden cronológico.

A MI MADRE (1)

Madre del alma, madre querida,
Son tus natales, quiero cantar;
Porque mi alma, de amor henchida,
Aunque muy joven, nunca se olvida
De la que vida me hubo de dar.

Pasan los años, vuelan las horas
Que yo a tu lado no siento ir,
Por tus caricias arrobadoras
Y las miradas tan seductoras
Que hacen mi pecho fuerte latir.

A Dios yo pido constantemente
Para mis padres vida inmortal;
Porque es muy grato sobre la frente
Sentir el roce de un beso ardiente
Que de otra boca nunca es igual.

1868.

(1) Estos son, probablemente, los primeros versos escritos por el Maestro.—*Nota de Quesada.*

A MICAELA

EN LA MUERTE DE MIGUEL ANGEL (1)

I

Cuando en la noche del duelo
Llora el alma sus pesares,
Y lamenta su desgracia,
Y conduele sus afanes,
Tristes lágrimas se escapan
Como perlas de los mares;
Y por eso, Micaela,
Triste lloras, sin que nadie
Tu dolor consolar pueda
Y tus sollozos acalle;
Y por eso, Micaela,
Triste en tu dolor de madre,
Lloras siempre, siempre gimes
La muerte de Miguel Angel.

II

¡Allí está! Cual fresca rosa,
Blanco lirio de la tarde,
Sentado en el verde musgo,
Yace tu Miguel, tu «ángel»,

(1) Miguel Angel fué el primer hijo del segundo matrimonio de Rafael María de Mendive. Murió al año de nacido. —*Nota de Quesada.*

La imagen de tus delirios,
La noche de tus afanes,
El alma de tus amores,
Consuelo de tus pesares,
Pura gota de rocío
Que al blando beso del aire
Casta brotó de tu seno
Convertida en Miguel Angel.

III

¡Allí está! Lágrimas tristes
Anublan tu faz de madre,
Porque le falta a tus ojos
Algo bello, algo tan suave
Como las nubes de oro,
Rosa y grana, de la tarde;
Y en el aire que respiras,
Y en las hojas de los árboles,
Ves cruzar, cual misteriosa
Sombra, de tu amor imagen,
A la perla de tus sueños,
Al precioso Miguel Angel.

IV

Pero, ¿no ves, Micaela,
Esa nube y esos ángeles?
¡Mira! ¿No ves cómo suben?
¿Los ves? ¿Los ves? ¡Triste madre,
Ya se llevan a tu hijo,
De tus delirios la imagen,

El alma de tus amores,
La noche de tus afanes,
Pura gota de rocío,
Linda perla de los mares!...
¡Llora, llora, Micaela,
Porque se fué Miguel Angel!

14 de abril de 1868.

CARTA DE MADRUGADA
A SUS HERMANAS ANTONIA Y AMALIA

Me han dicho que hay dos ángeles
Estremecidos,
Que habitan de pasada
Un pobre nido.
Me han dicho que a la puerta
Del caserío,
Asoman los lobeznos
De los caminos.
Me han dicho que los ángeles,
Desfallecidos,
Tristes de no ver cielo,
Lloran impíos.
¡No se corten las alas
Los angelillos,
Que cuando el cielo luzca
No podrán ya volar del pobre nido!

1868

LINDA HERMANITA MIA

Feliz es el momento en que recibo
Carta tuya; feliz es este día,
Porque en ti pienso y de mi amor te escribo.
Versos esperas tú que te anunciaba
Allá por la pasada nochebuena.
En el revuelto mar de mis papeles
No se sabe posar la paz serena,
Y, pues que soy doncel, obro sin pena,
Como obran desde antaño los donceles:
Escribo, guardo, pierdo,
Te quiero mucho, y luego me perdonas,
Y si a mi loco juicio fuera cuerdo
Pensar un triste ornarse con coronas,
Las más bellas serían
Las que tus lindas manos me darían,
Los más consoladores tus laureles
Al perdonarme por haber perdido
Aquel, que por ser tuyo, hubiera sido
El más bello papel de mis papeles.
Impaciente y estúpido el correo,
Lucha y vence mi amor y mi deseo.
Carta es mi carta, mas si bien la peso,
Me une a tu imagen tan estrecho lazo,
Que es cada frase, para tí, un abrazo,
Y cada letra que te escribo, un beso.

Ana mía: perdona si mis versos son malos. Así brotan de mí en este momento. Yo no corregiría nunca lo que escribiera para ti. Dime, hermana amada mía: ¿sería capaz Blanco de pensar y amarte así?

1868.

¡10 DE OCTUBRE! (1)

No es un sueño, es verdad: grito de guerra
Lanza el cubano pueblo, enfurecido;
El pueblo que tres siglos ha sufrido
Cuanto de negro la opresión encierra.
Del ancho Cauto a la Escambraica sierra,
Ruge el cañón, y al bélico estampido
El bárbaro opresor, estremecido,
Gime, solloza, y tímido se aterra.
De su fuerza y heroica valentía
Tumbas los copos son, y su grandeza
Degrada y mancha horrible cobardía.
Gracias a Dios que ¡al fin con entereza
Rompe Cuba el dogal que la oprimía
Y altiva y libre yergue su cabeza!

(1) Soneto publicado por José Martí en *El Siboney*, periódico manuscrito que se repartía entre los estudiantes de segunda enseñanza de la Habana durante los primeros meses del año 1869.—*Nota de la edición de Quesada.*

A FERMIN VALDES DOMINGUEZ

DEDICATORIA EN UN RETRATO

En mis desgracias, noble amigo, viste
¡Ay! mi llanto brotar; si mi tirano
Las arrancó de mi alma, tú supiste,
Noble, enjugarlas con tu amiga mano,
Y en mis horas de lágrimas, tú fuiste
El amigo mejor, el buen hermano.
Recibe, pues, con el afecto mío,
Este pobre retrato que te envío.

12 de junio de 1869.

A PAULINA (1)

Si es un símbolo el nombre de Paulina,
De paz y de ventura,
De religión divina,
De amor filial y de la fe más pura,
Como un testigo a su virtud, le envío
Mi pobre canto y el retrato mío.

12 de junio de 1869.

(1) Estos versos aparecen al dorso de su retrato.

A FERMIN VALDES DOMINGUEZ

DEDICATORIA EN UN RETRATO

Si en un retrato el corazón se envía,
Toma mi corazón, y cuando llores
Lágrimas de dolor, con ellas moja
La copia fiel de tu doliente amigo.

Presidio, 9 de junio de 1870.

PRIMERA BRIGADA–113 (1)

Mírame, madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.

Presidio, 28 de agosto de 1870.

(1) Dedicatoria en un retrato con el traje de presidiario, con el grillete al pie, enviado a su madre. El Maestro estaba en la Primera Brigada, número 113.—*Nota de la edición de Quesada.*

A FERMIN VALDES DOMINGUEZ (1)

Hermano de dolor, no mires nunca
En mí al esclavo que cobarde llora;
Ve la imagen robusta de mi alma
Y la página bella de mi historia.

(1) Dedicatoria en el retrato de presidiario que le mandó a su calabozo en la Cabaña.

En ti encerré mis horas de alegría
Y de amargo dolor;
Permite al menos que en tus hojas deje
Mi alma con mi adiós.
Voy a una casa inmensa en que me han dicho
Que es la vida expirar.
La patria allí me lleva. Por la patria,
Morir es gozar más.

4 de abril de 1870.

EL ANGEL

Ayer una voz del cielo
en mi pecho resonó;
—¿Viste un ángel en el triste suelo?
y respondí que no.

Más tarde te he conocido,
y al conocerte, te amé,
y en raudales de amor se han embebido
mi esperanza y mi fe.

También una voz del cielo
hoy ha resonado en mí;
—¿Viste algún ángel en el triste suelo?
¡y respondí que sí!

NOTA.—Estos versos, de muy mediano valor, pero de interés indudable en el estudio de la evolución lírica de Martí, fueron publicados por primera vez en Cuba en la *Revista Martiniana* que fundó y dirigió, con ejemplar fervor, el señor Arturo R. de Carricarte. Los escribió Martí en España a los 17 años y vieron la luz en *La Ilustración Española y Americana*, en la página 15 del número de primero de enero de 1870.

¡MADRE MIA!

Mi madre: el débil resplandor te baña
De esta mísera luz con que me alumbro,
Y aquí desde mi lecho
Te miro, y no me extraña—
Si tu vives en mí—que vengo estrecho
A mi gigante corazón mi pecho.

El sueño esquivan ya los ojos míos,
Porque fueran, si al sueño se cerraran,
Ojos sin luz de Dios, ojos impíos,
¡Te miro ¡oh, madre! y en la vida creo!
¿Cómo cerrar al plácido descanso
Los agitados ojos, si te veo?

Se me llenan de lágrimas. ¿Es cierto
Que vivo aún como los otros viven?
¿Que al placer de la vida no me he muerto?
Lloro, ¡oh, mi santa madre! ¡Yo creía
Que por nada en el mundo lloraría!
Los goces de la tierra despreciaba,
Y lenta, lentamente me moría.

Yo no pensaba en ti: yo me olvidaba
De que eras sola tú la vida mía.
Tú estás aquí: la sombra de tu imagen,
Cuando reposo, baña mi cabeza.

¡No más, no más tu santo amor ultrajen
Pensamientos de bárbara fiereza!
Una vida acabó: ¡mi vida empieza!

La luz alumbra ahora
Tus ojos, y me miras
¡Cuán dulcemente me hablas! Me parece
Que todo ríe plácido a mi lado;
Y es que mi alma, si me miras, crece,
¡Y no hay nada después que me has mirado!

Huya el sueño de mí. ¡Cuán poco extraño
Las horas éstas que al descanso robo!
¡Oh! ¡Si siento la muerte,
Es porque, muerto ya, no podré verte!

Ya vienen a través de mi ventana
Vislumbres de la luz de la mañana.
No trinan como allá los pajarillos,
Ni aroman como allá las frescas flores,
Ni escucho aquel cantar de los sencillos
Cubanos y felices labradores.
Ni hay aquel cielo azul que me enamora,
Ni verdor en los árboles, ni brisa,
Ni nada del edén que mi alma llora
Y que quiero arrancar de tu sonrisa.
¡Aquí no hay más que pavoroso duelo
En todo aquello que en mi patria ríe,
Negruzcas nubes en el pardo cielo,
Y en todas partes, el eterno hielo,
Sin un rayo de sol con que te envíe
La expresión inefable de mi anhelo!

Pero no temas, madre, que no tengo
En mí esta nieve yo. Si la tuviera,
Una mirada de tus dulces ojos
Como un rayo de sol la deshiciera.
¿Nieve viviendo tú? Pedirme fuera
Que en tu amor no creyese, ¡oh, madre mía!
Y si en él no creyera,
La serie de las vidas viviría,
Y como alma perdida vagaría,
Y eterno loco en los espacios fuera.
¡Amame, ámame, siempre, madre mía!

30 de diciembre de 1871.

VIRGEN MARIA (1)

Madre mía de mi vida y de mi alma,
Dulce flor encendida,
Resplandeciente y amorosa gasa
Que mi espíritu abriga.

Serena el escozor que siento airado,
Que tortura mi vida,
¡Qué tirano!
¡Cómo sidera el alma mía!

¡Se rebela, maldice,
No quiere que yo viva
Mientras la patria amada
Encadenada gima!

(1) Estos versos, publicados en una medianísima *Antología de Poetas Americanos*, editada por la Casa *Sopena*, de Barcelona y que por este medio llegan a nuestro conocimiento, son, en su mediocridad, de gran interés para el estudio de la trayectoria lírica de Martí. Por primera vez se acoge nuestro poeta a un credo religioso. Si la tercera y sexta estrofa no nos dieran, con el recuerdo de la patria, la voz de Martí, estimaríamos apócrifo este poema. Aunque no consta en la Antología de que lo tomamos fecha ni referencia alguna al momento en que lo produjo, podemos aventurar que este poema fué obra de juventud y muy posiblemente de los primeros tiempos pasados por Martí en España.—*N. del R.*

Un gran dolor le sigue
Como al hombre la sombra fugitiva,
Y los dos me acompañan
Junto con la fatiga.

Madre mía de mi vida y de mi alma,
Dulce flor encendida,
Resplandeciente y amorosa gasa
Que mi espíritu abriga.

Mata en mí la zozobra
Y entre la sombra de mi alma brilla...
¡El peregrino muera!
¡Que la patria no gima!

A MIS HERMANOS MUERTOS EL 27 DE NOVIEMBRE

(FRAGMENTO)

Cadáveres amados los que un día
Ensueños fuisteis de la patria mía,
¡Arrojad, arrojad sobre mi frente
Polvo de vuestros huesos carcomidos!
¡Tocad mi corazón con vuestras manos!
¡Gemid a mis oídos!
¡Cada uno ha de ser de mis gemidos
Lágrimas de uno más de los tiranos!
¡Andad a mi redor; vagad en tanto
Que mi ser vuestro espíritu recibe,
Y dadme de las tumbas el espanto,
Que es poco ya para llorar el llanto
Cuando en infame esclavitud se vive!

Y tú, Muerte, hermana del martirio,
Amada misteriosa
Del genio y del delirio,
Mi mano estrecha, y siéntate a mi lado;
¡Os amaba viviendo, mas sin ella
No os hubiera tal vez idolatrado!

En lecho ajeno y en extraña tierra
La fiebre y el delirio devoraban
Mi cuerpo, si vencido, no cansado,
Y de la patria gloria enamorado.
¡El brazo de un hermano recibía
Mi férvida cabeza
Y era un eterno, inacabable día,
De sombras y letargos y tristeza!

De pronto vino, pálido el semblante,
Con la tremenda palidez sombría
Del que ha aprendido a odiar en un instante,
Un amigo leal, antes partido
A buscar nuevas vuestras decidido.
La expresión de la faz callada y dura,
Los negros ojos al mirar inciertos,
Algo como de horror y de pavura,
La boca contraída de amargura,
Los surcos de dolor recién abiertos,
Mi afán y mi ansiedad precipitaron.
—¿Y ellos? ¿Y ellos?—mis labios preguntaron;
—¡Muertos!—me dijo—¡muertos!
Y en llanto amargo prorrumpió mi hermano,
Y se abrazó llorando con mi amigo,
Y yo mi cuerpo alcé sobre una mano,
Viví en infierno bárbaro un instante,
Y amé, y enloquecí, y os vi, y deshecho
En iras y en dolor, odié al tirano,
Y sentí tal poder y fuerza tanta,
Que el corazón se me salió del pecho,
¡Y lo exhale en un ¡ay! por la garganta!

Y vime luego en el ajeno lecho,
Y en la prestada casa, y en sombría
Tarde que no es la tarde que yo amaba.
¡Y quise respirar, y parecía
Que un aire ensangrentado respiraba!
Vertiendo sin consuelo
Ese llanto que llora al patrio suelo,
Lágrimas que después de ser lloradas
Nos dejan en el rostro señaladas
Las huellas de una edad de sombra y duelo,
Mi hermano, cuidadoso,
Vino a darme la calma, generoso.
Una lágrima suya,
Gruesa, pesada, ardiente,
Cayó en mi faz; y así, cual si cayera
Sangre de vuestros cuerpos mutilados
Sobre mi herido pecho, y de repente
En sangre mi razón se obscureciera,
Odié, rugí, luché; de vuestras vidas
Rescate halló mi indómita fiereza...
¡Y entonces recordé que era impotente!
¡Cruzó la tempestad por mi cabeza
Y hundí en mis manos mi cobarde frente!

Y luché con mis lágrimas, que hervían
En mi pecho agitado, y batallaban
Con estrépito fiero,
Pugnando todas por salir primero;
Y así como la tierra estremecida
Se siente en sus entrañas removida,
Y revienta la cumbre calcinada
Del volcán a la horrenda sacudida,

Así el volcán de mi dolor, rugiendo,
Se abrió a la par en abrasados ríos,
Que en rápido correr se abalanzaron,
Y que las iras de los ojos míos
Por mis mejillas pálidas y secas
En tumulto y tropel precipitaron.

Lloré, lloré de espanto y amargura:
Cuando el amor o el entusiasmo llora,
Se siente a Dios, y se idolatra, y se ora.
¡Cuando se llora como yo, se jura!
¡Y yo juré! Fué tal mi juramento
¡Que si el fervor patriótico muriera,
Si Dios puede morir, nuevo surgiera
Al soplo arrebatado de su aliento!
¡Tal fué, que si el honor y la venganza
Y la indomable furia
Perdieran su poder y su pujanza;
Y el odio se extinguiese, y de la injuria
Los recuerdos ardientes se extraviaran,
De mi fiera promesa surgirían,
Y con nuevo poder se levantaran,
E indómita pujanza cobrarían!
Sobre un montón de cuerpos desgarrados
Una legión de hienas desatada,
Y rápida y hambrienta,
Y de seres humanos avarienta,
La sangre bebe y a los muertos mata.
Hundiendo en el cadáver
Sus garras cortadoras,
Sepulta en las entrañas destrozadas
La asquerosa cabeza; dentro el pecho

Los dientes hinca agudos, y con ciego,
Horrible, movimiento se menea,
Y despidiendo de los ojos fuego,
Radiante de pavor, levanta luego
La cabeza y el cuello en sangre tintos;
Al uno y otro lado,
Sus miradas estúpidas pasea,
Y de placer se encorva, y ruge, y salta,
Y respirando el aire ensangrentado,
Con bárbara delicia se recrea.
¡Así sobre vosotros
—Cadáveres vivientes,
Esclavos tristes de malvadas gentes—
Las hienas en legión se desataron,
Y en respirar la sangre enrojecida
Con bárbara fruición se recrearon!

Y así como la hiena desaparece
Entre el montón de muertos,
Y al cabo de un instante reaparece
Ebria de gozo, en sangre reteñida,
Y semeja que crece,
Y muerde, y ruge, y rápida desgarra,
Y salta, y hunde la profunda garra,
En un cráneo saliente,
Y, al fin, allí se para triunfadora,
Rey del infierno en solio omnipotente,
Así sobre tus restos mutilados,
Así sobre los cráneos de tus hijos,
¡Hecatombre inmortal, puso sedienta,
Despiadada legión garra sangrienta!
¡Así con contemplarte se recrea!

¡Así a la patria gloria te arrebata!
¡Así ruge, así goza, así te mata!
¡Así se ceba en ti! ¡Maldita sea!

Pero, ¿cómo mi espíritu exaltado,
Y del horror en alas levantado,
Súbito siente bienhechor consuelo?
¿Por qué espléndida luz se ha disipado
La sombra infausta de tan negro duelo?
Ni ¿qué divina mano me contiene,
Y sobre la cabeza del infame
Mi vengadora cólera detiene?...

¡Campa! ¡Bermúdez! ¡Alvarez! Son ellos,
Pálido el rostro, plácido el semblante;
¡Horadadas las mismas vestiduras
Por los feroces dientes de la hiena!
¡Ellos los que detienen mi justicia!
¡Ellos los que perdonan a la fiera!
¡Dejadme ¡oh, gloria! que a mi vida arranque
Cuanto del mundo mísero recibe!
¡Deja que vaya al mundo generoso,
Donde la vida del perdón se vive!

¡Ellos son! ¡Ellos son! Ellos me dicen
Que mi furor colérico suspenda,
Y me enseñan sus pechos traspasados,
Y sus heridas con amor bendicen,
Y sus cuerpos estrechan abrazados,
¡Y favor por los déspotas imploran!
¡Y siento ya sus besos en mi frente,
Y en mi rostro las lágrimas que lloran!

¡Aquí están, aquí están! En torno mío
se mueven y se agitan...
—¡Perdón!
—¡Perdón!
—¿Perdón para el impío?
—¡Perdón! ¡Perdón!—me gritan,
¡Y en un mundo de ser se precipitan!

¡Oh, gloria, infausta suerte,
Si eso inmenso es morir, dadme la muerte!
—¡Perdón!—¡Así dijeron
Para los que en la tierra abandonada
Sus restos esparcieron!
¡Llanto para vosotros los de Iberia,
Hijos en la opresión y la venganza!
¡Perdón! ¡Perdón, esclavos de miseria!
¡Mártires que murieron, bienandanza!
La virgen sin honor del Occidente,
El removido suelo que os encubre
Golpea desolada con la frente,
Y al no hallar vuestros nombres en la tierra
Que más honor y más mancilla encierra,
Del vértigo fatal de la locura
Horrible presa ya, su vestidura
Rasga, y emprende la veloz carrera,
Y, mesando su ruda cabellera,
—¡Oh—clama—pavorosa sombra obscura!
¡Un mármol les negué que los cubriera,
Y un mundo tienen ya por sepultura!
¡Y más que un mundo, más! Cuando se muere
En brazos de la patria agradecida,
La muerte acaba, la prisión se rompe;
¡Empieza, al fin, con el morir, la vida!

¡Oh, más que un mundo, más! Cuando la gloria
A esta estrecha mansión nos arrebata,
El espíritu crece,
El cielo se abre, el mundo se dilata
Y en medio de los mundos se amanece.

¡Déspota, mira aquí cómo tu ciego
Anhelo ansioso contra ti conspira:
Mira tu afán y tu impotencia, y luego
Ese cadáver que venciste mira,
Que murió con un himno en la garganta,
Que entre tus brazos mutilado expira
Y en brazos de la gloria se levanta!
No vacile tu mano vengadora;
No te pare el que gime ni el que llora:
¡Mata, déspota, mata!
¡Para el que muere a tu furor impío,
El cielo se abre, el mundo se dilata!

Madrid, 1872.

MAGDALENA

I

Magdalena era pálida, y lloraba
Con dos ojos tan negros y tan bellos,
Que al antro su cabello envidia daba,
Y más negros los vi que sus cabellos.

Aurora y Magdalena se querían
Como quiere a las lágrimas la pena:
¡Oh, benditos los bardos que pedían
Auroras para cada Magdalena!

La orfandad llora mucho, y lloró tanto
En aquella hermosura peregrina,
Que aquel pan que miraba con espanto
Tuvo siempre más lágrimas que harina.

Aquel cuello gentil se doblegaba,
Aquella alta cabeza no se erguía;
Y en los valles el lirio sollozaba,
Y el nelumbo en los lagos se moría.

Hogar de caridad su seno abierto
A las miserias de la suerte tuvo,
Y, una vez el hogar amante muerto,
El seno de la triste al aire anduvo.

Y las míseras alas de un tejado,
Más que un hombre a las veces compasivo,
Cobijaron su cuerpo anonadado,
Muerto ya que solloza que está vivo.

Luz de amores el alma le faltaba,
Pan de cuerpo su boca no tenía;
Y en los valles el lirio sollozaba,
Y el nelumbo en los lagos se moría.

II

Virgen era sin duda Magdalena,
Pero, de la miseria vil esposa,
El implacable viento de la pena
De su virginidad sacó la rosa.

¡Cuántas almas infames y manchadas
En no tocados cuerpos cristalinos!
¡Cuántas almas de virgen perfumadas
En cuerpos comerciados y mezquinos!

Hombre tuvo, que es hambre: pan y galas
El buitre le ofreció, galas muy bellas.
¡Y la Vergüenza al fin abrió sus alas
Y a Magadlena cobijó con ellas!

¡Con pan, pero sin luz, el nuevo día
En el jardín de sus primicias llora,
Y como tanto Aurora la quería,
En el ocaso aquel lloró la aurora!

Ida la noche, el Sol enamorado
Con sus rayos innúmeros calienta,
Pero una vez en el confín alzado
El sol del deshonor, más rayos cuenta.

Es rojo como sangre, sangre roja
Que en raudales escápase que espantan,
Y en cada gota que a la tierra arroja,
Un sauce y una lápida levantan.

¡Oh, concepto de honor! ¡Balanza dura
Que de un pan con el peso al mal se inclina,
Sin pensar que en la madre sepultura
Todo pan a la nada se avecina!

¡Oh, villano concepto, que así entiende
Que el hambre el nudo cuerpo no disculpa,
Y al cuerpo sin vestir ropas no tiende
Que aparten las miradas de la culpa!

¡Oh, honor convencional, que así rehusa
Su mal de desnudez con brazo rudo,
Sin pensar que a la tierra que lo acusa
El cuerpo el Hacedor lanzó desnudo!

Nadie jamás inculpe a los sedientos
Sin calmar con el agua sus afanes:
Nadie inculpe jamás a los hambrientos
Sino acabando de ofrecerles panes.

III

Y entonces, ya sin hambre, ¡cuán distinta
La triste y sin ventura Magdalena,
Que aquella flor de su pasado pinta
Tan hermosa, tan púdica, tan buena!

Uno más; otro más... ¡cuántos desmayos
Del ángel del pudor! ¡Cuántos dolores
De la flor de su ayer!, y ¡cuántos rayos
Del sol del deshonor sobre estas flores!

Mas, puesto que a través de los cristales
Sin mancha suya, el Sol la alcoba llena,
¿Quién sabe si—cristal y cuerpo iguales—
Así cruza este sol por Magdalena?

¿Quién sabe si la mano que comprime,
La miserable mano que la paga,
No siente a veces un dolor sublime
Que avecina los bordes de su llaga?

¿Quién sabe en los placeres lo que llora?
¿Quién conoce la sangre en la sonrisa,
Y el odio en el amor, y la dolora
En el bullente fondo de la risa?

¡Bien lo sabe el que oyó–cuando hubo impreso
Su labio en otro labio, preguntando:
¿Por qué lloras, mujer?—¡Porque te beso!
¡Oh, vil de mí! ¡Por eso estoy llorando!

¡Y lloraba en verdad, y el que la oía
Sin darse cuenta de llorar, lloraba;
Y en los valles el lirio renacía,
Y el nelumbo en los lagos despertaba!

IV

Mujer, y flor, y llanto se fecundan
En hijos, en aroma, en musgo, en flores,
Y el universo terrenal inundan
Con la savia vital de los amores.

Por la ley de la tierra aquella altiva
Doncella en oropéndola trocada,
Estando muerta fecundó la viva
Hermana encarnación de una alborada.

¡Y vió de su belleza inextinguible
Una niña surgir a tanto bella,
Que allí la tierra vió como es posible
Brotar de una oropéndola una estrella!

Yo no sé qué callados devaneos
Sobre aquel corazón se columpiaron:
No sé qué gallardísimos arreos
Aquella alma de luz engalanaron;

Pero sé que otra vez la infamia quiso
Besar con besos de oro aquella boca,
Y el miserable pagador, sumiso
De la pagada al pie, ¡perdón invoca!

Pero sé que en los ojos encendidos,
Y en sus mejillas mismas encarnadas,
Están todos los rayos redimidos
Y las flores de ayer resucitadas.

V

Una cana cabeza, aquella misma
Que al ser fecundador anima y mueve,
En su conciencia el pensamiento anima
Y en su vergüenza el corazón conmueve.

¡Otro brazo ha estrechado su cintura!
¡Otro labio ha besado aquella boca!
¡Cuando yo la besé, no estaba pura!
¡Cuando yo la besé, ya estaba loca!

Es tremendo un combate así gemido:
Es horrible este diálogo, entablado
A la luz de aquel ser que se ha encendido
Con el oro fatal que se ha pagado.

VI

O la virtud redime, o la cabeza
Cana ha alocado el corazón de un hombre;
Pero ya tiene un nombre la belleza
Y la estrella gentil ya tiene un nombre.

Es rosa la oropéndola: aquel cuello
Se alza brillante en redención, y lleva
Del cano esposo el corazón tan bello,
Un inefable amor de Magdalena.

Aquel amor espléndido escondido
En el seno que al aire triste anduvo,
Cuando, el hogar de caridad perdido,
El ala de un tejado en sí la tuvo.

El amor que del alma se salía
Cuando el horrible pan le fué brindado,
Y más dentro del alma se escondía
Por el peso del pan infame ahogado.

Y como tantas lágrimas cayeron
Sobre el dormido amor, y tantas horas
Sus pensamientos pálidos gimieron,
Y durmió sobre él tantas auroras.

Aurora es el amor que, comprimido
Por beso y pan, del vil comercio lejos,
Ni ha llorado un instante envilecido,
Ni doró con el oro sus reflejos.

Puro es el amor que, cuando el día
La corporal vergüenza iluminaba,
En sus ensueños púdicos dormía,
Y en el fondo del alma entresoñaba.

Al noble corazón animan flores;
La nieve paternal de luces llena
Una mujer con púdicos amores;
¿Es buena, es mala, es pura, Magdalena?

Méjico, 17 de marzo de 1875.

SIN AMORES

Amada, adiós. En horas de ventura
Mi mano habló de amores con tu mano:
Amarte quise, ¡oh, ánima sin cura
Ni derecho al amor! Para tu hermano
Aun sobra altivo entre mis venas fuego,
Y para amarte, apenas
La sangre bulle en mis dormidas venas.

¡Oh, yo no sé! La tarde enajenada
En que al mirarnos, de una vez nos vimos,
Amado me sentí, tú fuiste amada,
Y callamos, y todo lo dijimos.
Después, ¿lo sabes tú? Vuelta del sueño,
El alma en su descanso sorprendida,
Alzóse en mí contra el gallardo dueño
Por la temprana esclavitud herida;
Y mísera, y llorando,
Esta infeliz de amores se me muere,
Y por lo mismo que la estás amando,
Por lo mismo esta loca no te quiere.

¡Oh! No me pidas que comprima el llanto
De soledad que ante tus ojos vierto.
Si solo estoy, de mi orfandad me espanto,
Pero a mentir, ni para amarte acierto.

Y llorarás: yo sé como pusiste
En el soñado altar tempranas flores.
Y triste quedas, pero yo más triste
De amores vivo y muero sin amores.

Amarte quise. Peregrino ciego
Yo sé el amor al cabo del camino,
Mas ¡cómo en tanto devorando el fuego
El alma va del pobre peregrino!

Engaño, infamia. Si en tu amor pusiera
Un punto sólo de una vil mentira,
Vergüenza al punto de mentir rompiera
La cuerda audaz de la cobarde lira.

Si brusco soy, si de soberbia herido
Te hiero a ti, ni mi perdón te imploro.
Vencí otra vez; yo quiero ser vencido,
Y en busca aquí de quien me venza, lloro.

¡Perdón, perdón! Yo puse en mis miradas
El fuego extraño de la patria mía,
Allá donde la vida en alboradas
Perpetuas se abre al palpitar del día.

¡Perdón! No supe que una vez surcado
Un corazón por el amor de un hombre,
Ido el amor, el seno ensangrentado
Doliendo queda de un dolor sin nombre.

¡Perdón, perdón! Porque en aquel instante
En que quise soñar que te quería,
Olvidé por tu mal que cada amante
Pone en el corazón su gota fría.

Y si es verdad que, de su bien cansado,
No te ama ya mi corazón, perdona,
En gracia al menos por haberte amado,
Este adiós que a la nada me abandona.

¡Oh, pobre ánima mía,
Quemada al fuego de su propio día!

Méjico, 17 de abril de 1875.

A ENRIQUE GUASP DE PERIS

Surcando el mar, pidiendo a las inquietas
olas del Golfo espacio y albedrío,
al par llegamos, tú con tus poetas,
yo con el mal de un alma en el vacío.

Los dos trajimos a esta tierra bella
un sueño y un amor, algo de canto
en la voz juvenil, y algo de estrella
de gloria para ti, y en mí de espanto.

Cantor y actor son formas encarnadas
de tan íntimo ser, que el uno brilla
con el fuego del otro; así enlazadas
mis palmas vi con tu feraz Castilla.

Joven tú, joven yo, los dos lejanos
de una tierra feliz, presto supimos
cuán pronto enlaza el corazón hermanos
llorando al par la tierra que perdimos.

Tú esperas. Yo no espero. Tú confías
en porvenir mejor; yo miro al cielo;
han de venir los venturosos días
de espacio claro y de incansable vuelo.

Hombre en la tierra, mi deber concibo;
nadie hará más: luchando como bueno,
yo arrastro el muerto, semejando un vivo,
y espero el fin, indómito y sereno.

Tú, tú marchas. Andar es la victoria,
andar dejando por la tierra huellas;
aun tiene auroras la soberbia Gloria;
el manto de la Fama aun tiene estrellas.

Sube sin miedo, y si su rostro airado
el cielo a tu soberbia da en castigo,
ven sin temor: tu marcha no ha cesado;
caerás en brazos de tu amante amigo.

Méjico, 18 de marzo de 1876.

SINTESIS

Doce años, doce flores
en esta Inés gentil, nido de amores:
doce años, doce vidas
en las almas al yugo férreo uncidas.
Doce años, doce puntos
en la vida feliz de los difuntos.

Pusiéronle una flor en los cabellos:
¡de vergüenza murió la flor en ellos!

¿Ves el césped al margen de los ríos
Radiante de verdor? Así, a la margen
del casto amor, los pensamientos míos.

Tres hijas, tres simientes
de vida universal: tres aureolas
para tres nobles varoniles frentes;
y en el correr del mar, tres pobres olas
tranquilas, melancólicas, dolientes!

La semilla—que en árbol se convierte,
la flor—que fecundada se entreabre,
la rama—luego altivo tronco fuerte,
y la madre—mujer que en hijos se abre
y, dando vida, marcha hacia la muerte.

Por eso nada acaba
y queda la existencia repartida:
cuando cansado el cuerpo de la vida
piensa al fin en dormir, se dobla y cava.

...A veces
los ojos rompen en sabroso llanto
¡y el corazón en inefables preces!

...¡Qué claro he visto
en esta obscuridad, y qué misterio
de armónicos efluvios en los átomos
de mi ex-humano seno se han cumplido!

¡Juventud, sueño audaz! La sed empieza
cuando acaba la fuente de belleza,
como empieza la vida
cuando el aura vital desvanecida
se pierde en su maldad o en su flaqueza.

Pues cierro yo los ojos a la tierra
y me replego en mí, y el alma mía
su envejecida cárcel sacudiendo
por espacios magníficos pasea
y con la brisa universal se orea.

¡Verdad es! De mi vil carne la mano—
¡impotente verdad!—no llega al cielo,
pero dentro del ser medido humano
hay otro ser sin forma y sin medida
que toca y ve, post-vida y ante-vida.

El alma universal dos hijos tuvo:
cada ser en mitad viene a la tierra:
¡así es toda la vida del humano
buscar, siempre buscar su ser hermano!

Escucha. ¿La memoria
es barbarie fatal, o cierta gloria?
—Memoria es un taller de la existencia
que en sangre cobra el precio de su ciencia.

¿Qué me quieres? ¡El brillo me lastima
de tus ardientes ojos encendidos!

—¿Que me olvidas? ¡Ya laten presurosos
libres de la serpiente mis sentidos!

¿Viste jamás el sol de la Inglaterra?—
¡Mísero sol inglés!—Pretende en vano,
la bruma hendiendo, iluminar la tierra:
lucha así con la cárcel que lo encierra.
El sol, globo sin rayos encendidos
por la cólera, luce enrojecido:
¡como la bruma al sol inglés airado,
el cuerpo para el hombre aprisionado!

¡Raro suceso! ¡Extraña simpatía
del hombre, el sol y el año!
Principió de aquel hombre la agonía
en medio del crepúsculo de un día
del octubre pluvial; ¡suceso extraño!
¡Cayendo al par en grave sepultura
el año, el sol, la frágil envoltura!

Obscuros, pesarosos y sombríos
hallas, al verlos hoy, los ojos míos:
¡ay! cuando se copiaban, presentían.

Estos versos, escritos por Martí a los veinte años, en España, aparecieron en *La Revista Universal* de Méjico, en 29 de agosto de 1875; dos años después de escritos, Néstor Carbonell los envió a la *Revista Martiniana*, donde se reprodujeron y de donde los tomamos.—*N. del R.*

MUERTO

¡Espíritu, a soñar! ¡Soñando, crece
La eternidad en ti, Dios en la altura!

El Cielo y el Infierno
Hermanos son, hermanos en lo eterno:
¡Sobre la Eternidad yo me levante,
En la savia vital mi fuego encienda,
Todo a mi lado resplandezca y cante,
A mis plantas lo ilímite se extienda,
Y cuanto el Sol alumbra y cubre el cielo
Cantares traiga aquí para este duelo!

¿Quién sabe cuándo ha sido?
¿Quién piensa que él ha muerto?
¡Desde que aquel cadáver ha vivido,
El Universo todo está despierto!
Y desde que a la luz de aquella frente
Su seno abrió la madre Galilea,
Cadáver no hay que bajo el Sol no aliente
Y eterno vivo en el sepulcro sea.

¡El cavó las atmósferas dormidas;
El contrajo los miembros fatigados;
En haz de luces concentró las idas
Mieses descoloridas

De los campos del hombre abandonados;
Ungiólo en fuego, lo esparció por tierra,
Durmió sobre él, y redimió la Tierra!

¡Hermano, hermano fuerte!
¡Oh, padre, padre altivo,
Que adivinó las vidas de la muerte
Y eternamente resplandece vivo!
¡Oh, padre, que se sienta
Donde el Sol de los mundos se calienta!
¡Oh, sol que no anochece!
¡Ojos de amor que eternamente lloran!

Fuego de paz que eternamente crece;
Brazos que al mundo por el mundo imploran,
Cuando a un mísero golpe de su planta
En polvo hiere el mundo que levanta,
El hombre en que moriste,
La cruz en que te hollaron,
La madre en que gemiste,
Y el sol que con tu muerte iluminaron,
¡Ni hombre, ni cruz, ni sol, ni madre fueron!
Abandonado al Génesis dormía,
Y el Universo entero se moría,
Y los besos del Génesis surgieron.

Y si de tantas lágrimas lloradas
Algo quedó en la tierra estremecida,
Las de la madre fueron, derramadas
Como en la tumba hundida
Los postrimeros cantos de la vida,

¡Oh, llanto de una madre, nueva aurora
Que el agotado aliento resucita
En que todo el espíritu se llora
Y todo el fuego redentor palpita!
¡Si el Génesis muriera,
Si todo se acabara,
El llanto de una madre vivo fuera,
Y porque el hijo por quien llora viera,
La nada con el hijo fecundara!

¡Oh, madre, mi María!
Porque hubieran tus labios de mi boca
El beso postrimer, y la sombría
Existencia fatal que el polvo invoca
No sintiese el horror de tu agonía,
¡Oh, madre! aquí en la Tierra,
En la cárcel imbécil que me encierra,
Devorando mis miembros viviría!

¡Aquél! Fué grande Aquél; pero en la cima
De la grandeza paternal no hay monte
Que de dolor de pequeñez no gima,
Ni hay rayos en el Sol, ni hay horizonte
Que de besar sus huellas se levante,
Ni mar que no murmure,
Ni labio que no jure,
Ni mundo que no cante.
Hay cantos para ti: canta el mezquino
Ser de la tierra el oro y el palacio,
Y a ti, padre divino,
¡El mundo entona el canto del espacio!

Un leño se cruzó con otro leño;
Un cadáver—Jesús—hundió la arcilla,
Y al resplandor espléndido de un sueño,
Cayó en tierra del mundo la rodilla.

¡Un siglo acaba, nace otra centuria,
Y el hombre de la cruz canta abrazado,
Y sobre el vil cadáver de la Injuria,
El Universo adora arrodillado!

Méjico, 23 de marzo de 1875.

ALFREDO

I

Alfredo: ¡qué abundante cabellera
Sobre la franca sien llevó extendida,
Todo el tiempo de mal y lucha fiera
Que sollozando anduvo por la vida!

Plazas, calles, paseos, vagabundo,
La frente al aire, el caminar tardío,
Aquel ocioso espíritu en profundo
Trabajo andaba, lleno de vacío.

Clavado en sí, su cuerpo lo encerraba
Como la niebla al sol que lucha en vano
Por penetrar la nebulosa traba
Que rayos roba al mundo del humano.

Ora en Alfredo alzábase tormenta,
O en suaves ondas como en lago terso,
El aire blando el suave rizo aumenta
De su alma en el espacio, un alma en verso.

II

Alfredo: bravo mozo; aquel gallardo
De frente franca y de soberbio cuello,
Ocioso eterno, caminante tardo,
Galán, amable, soñador y bello.

Perenne triste, que con mano abierta
Llorando daba gozos y alegrías,
Y va dormido, y ante sí despierta
De su lecho de afán las Simpatías;

Maniático doncel. Mesaba loca
De hambre sus trenzas Dalia la indigente,
Y quiso Dalia besos de su boca,
Y Alfredo puso besos en su frente;

Y donde hallaba de la carne fría
Montón infame que a la carne amaba,
Blanco montón de espíritu ponía
Que la masa bestial iluminaba.

Era raro, en verdad, aquel Alfredo;
Y como al punto cautivó mi asombro,
Palpéle yo, miréle, y vi con miedo
Sangre inmortal manándole de un hombro.

Y por calles y plazas y paseos,
La frente al aire y hacia atrás los brazos,
La mano daba a hermosos devaneos,
Y a su adorada Eternidad abrazos.

Sentóse al fin; del apacible río
Las suaves ondas comparó con calma:
¿Quién sabe, dijo, si a mi ser vacío,
Cual onda a ti, refrescará algún alma?

Hincó rodillas, abatió la frente,
Mojó en las aguas claras sus cabellos,
Y suspiró de amores la corriente
Y al joven inmortal besó con ellos.

III

—«¡Mujer...!»—Y a la palabra que decía,
Todo arbusto de flores se llenaba,
Y hasta un rayo de luna se ponía
Sobre la cabellera que flotaba.

—«¡Mujer...!»—Yo he visto un pájaro perdido
Llegar, volver sobre aquel tronco abierto,
Y el tronco solo, y sin su dueña el nido,
Plegar las alas y extenderse muerto.

—«¡Mujer...!»—Yo vi canoso pasajero,
Sangrando el pie, la espalda flagelada,
La tierra abrir, balbucear «¡yo muero!»,
Tenderse en tierra, y terminar jornada.

—«¡Mujer...!»—Y el viento a la negruzca
De las fatales playas de la vida,
Colgó de los cabellos a una loca
Y está por los cabellos suspendida.

¡El alma así de Alfredo vagabundo!
Loca en la playa, pájaro en el tronco,
Viajero herido por el ancho mundo,
Niebla y sol, noche y luz, gemido bronco.

IV

—«¡Mujer, mujer, en vano es que la vida,
Sin ti vertiendo sangre de dolores,
Como una virgen pálida y herida
La tierra cruce deshojando flores!

En vano, en vano que la vida entienda
La abrasadora lengua de los sabios,
Sin que este pobre corazón encienda
El lenguaje de amor vivo en tus labios.

En vano, en vano que la vida loca
Contemple en sí cadáveres impresos
Mientras sin voluntad el alma invoca
El fuego redentor que arde en tus besos.

Cuanto fuí, cuanto soy, cuanto se encierra
En esta alma en la tierra encadenada,
Que rota por el peso de la tierra
Sin vivir ni morir vive enclavada;

Cuando en mis horas de mayor locura
Un Dios esclavo dentro mí germina,
Y rompe el alma con audaz bravura
Su forma vil, su esclavitud mezquina;

¡Todo por el amor que la corriente
Del agua puso en mi cabello impreso!
¡Todo ¡oh, mujer! porque en la herida frente
Amor me digas y me des un beso!»

Y por la orilla y calles solitarias,
La frente al aire y ojos en la tierra,
Lloró lamentos, sollozó plegarias,
Buscó mujeres, y lo hallado aterra.

V

—«¡Tú, miserable, porque en ti avarientos
Los ojos puse de codicias rojos,
Carne pusiste, infame, en mis lamentos,
Movible carne ante mis pobres ojos!

¿Pensaste, vil, en que yo vil te amara?
¡Aparta, fango; mas de mí tan lejos
Que, si yo fuera el Sol, no te llegara
Ni la pálida luz de mis reflejos!

Y tú, menguada; misera ovejilla
Que acudiste a mi impúdico reclamo,
Y besaste diez veces mi mejilla,
Y dijiste cien veces «¡yo te amo!»;

Para los flacos en la dicha es tarde.
Flaqueza agravia y págate en agravios:
¡Lejos de mí, la oveja que cobarde
Prodiga besos y corrompe labios!

Aquella, la alba virgen, la que muere
De ansia de amor, y morir más desea,
¿Qué busca?, ¿qué me llama?, ¿qué me quiere?
¡No ha derecho al amor la mujer fea!

La ajena, la maldita, la casada,
¿Qué quiso en mí la miserable un día,
Allí en el goce impuro revolcada
Donde el esposo mísero dormía?

¡Horror, horror! ¡La mancha de aquel beso
Que entre los labios me dejó la fiera,
Ha de quedar sobre mi labio impreso
Como marca de oprobio, aunque me muera!

¡Y yo dormido, a sacudirme el dueño
Vendrá, con la casada de la mano,
Y se revolcará sobre mi sueño,
Como sobre él me revolqué inhumano!»

Llorando Alfredo, conteniendo apenas
El pobre corazón que se rompía,
Fuése a regar con llanto las serenas
Ondas del agua que besara un día.

VI

—«¡Oh loca, oh cruel, oh plácida corriente,
Que con el sueño aquel de tus amores
Me diste un beso en la tranquila frente
Que me duele con todos los dolores!

¡Oh imagen de amor que un alma viva
Halló a su nombre pálida y despierta,
Y tinta en sangre y de su mal cautiva,
Llorando vuelve un alma medio muerta!

¡Oh, margen pura de la verde orilla
Donde, al amor de la mujer alzada,
El crimen vuelve corva la rodilla
Y la maldita frente avergonzada!

¡Oh, madre blanda porque el agua pura
Cantando corre y apacible ondea:
Un beso dame al ánima sin cura
Que punto y gloria de mis culpas sea!

¡Perdón, perdón, corrientes de este río!
¡Perdón, perdón, oh luz de esta ribera!
¡Arbustos que crecéis en torno mío!
Ondas que refrescáis mi cabellera!

Beso me disteis del amor proscripto
Que en fango traigo sobre el alma impreso;
Pues fué para vivir beso maldito,
Para vivir mejor, dadme otro beso!»

Calló el gimiente, se extendió en la onda,
Eco de un beso resonó en el río,
Y «¡Alfredo!»... clamó, sin que allí responda
Más que otro beso al llamamiento mío.

Méjico, 1 de abril de 1875.

MARIA (1)

Esa que ves, la del amor dormido
En la mirada espléndida y suave,
Es un jazmín de Arabia comprimido
En voz de cielo y en contorno de ave.

La rubia Adela, en cuya trenza dora
Su rayo el Sol, del brazo de María
Copia es feliz de Ruth la espigadora
Ciñendo el talle a la arrogante Lía.

Caricia—más que acento—su palabra,
Si los jardines de su boca mueve,
Temores da de que sus alas abra
Y al Padre Cielo su alma blanca lleve.

Si en la fiesta teatral—corrido el velo—
Desciende la revuelta escalinata,
Su pie semeja cisne pequeñuelo
Que el seno muestra de luciente plata.

Siervo si sigue el tenue paso blando
De la bíblica virgen hechicera,
Y leyes dicta, si, la frente alzando,
Echa hacia atrás la negra cabellera.

(1) A la señorita María García Granados, «La Niña de Guatemala» de los Versos Sencillos, Quesada consigna, erróneamente, María García Granada.—*N. del R.*

Quisiera el bardo, cuando al sol la mece,
Colgarle al cuello esclavos los amores;
¡Si se yergue de súbito, parece
Que la tierra se va a cubrir de flores!

¡Oh! Cada vez que a la mujer hermosa
Con fraternal amor habla el proscripto,
Duerme soñando en la palmera airosa,
Novia del Sol en el ardiente Egipto.

Guatemala, 1877.

A ROSARIO ACUÑA

(Poetisa cubana, autora del drama «Rienzi el tribuno», laureado en Madrid)

Espíritu de llama,
Del Cauto arrebatado a la corriente,
Ansioso de aire, libertad y fama;
Espíritu de amor, trópico ardiente;
De Anáhuac portentoso
Oye el aplauso que en mi voz te envía
Al hispánico pueblo, el más hermoso
Que mares ciñen y grandezas cría.
Mas, ¿cómo no te dueles,
¡Oh, poetisa gentil!, de que en extraña
Tierra enemiga te ornen los laureles
Amarillos y pálidos de España,
Si en tu patria de amor te esperan fieles
Y el odio allí su brillantez no empaña?
¿Cómo, cuando Madrid te coronaba,
Hija sublime de la ardiente zona,
Sin Cuba allí, no viste que faltaba
A tu cabeza la mejor corona?
¡Ay! cuando entre tus manos,
Albas y juveniles,
Sin el beso de amor de tus hermanos,

Sembradoras de mayos y de abriles,
La corona española brilla y rueda,
¿No se yergue ante ti, sombra de espanto,
Pecadora inmortal, nube de llanto,
La sombra de la augusta Avellaneda?
  Y de Orgaz el potente, ¿la olvidada
Memoria no te humilla,
Castigo digno de su lira hollada
Alma de Heredia que encarnó en Zorrilla?
  ¡Que el canto estalla! ¡Que la voz del bardo
Gloria pidiendo, el ánimo conturba,
También estalla en mí; yo también ardo!
¡Mas si en mar de los olvidos bogo
Y aire de sombra el alma me perturba,
Los turbulentos cánticos ahogo,
Y al hierro vuelve la domada turba!
  No hay gloria, no hay pasión; el mismo cielo,
La libertad espléndida es mentira,
Si se la goza en extranjero suelo,
Y con aire prestado
Y llanto avergonzado,
Huésped se llora, ¡siervo se respira!
  —¿Qué hace el cantor?
—¡Cantar, más de manera
Que hermano el canto de la heroica hazaña,
Prez de la tierra que mancilla España,
Con su laúd sobre la espada muera!
Y tú, mujer, y yo—desventurado
Con alma de mujer varón formado,
¡Perdónemelo Dios! porque a mis bríos
Con su miseria el hálito han cortado
Viejos y niños, carne y huesos míos.

¿Qué hacer cuando en el alma se agiganta
La divina ambición?... ¡Patria divina!
Y ¿lo pregunto yo? ¡Vida mezquina
La que alienta la voz en la garganta!
¡Callar! Este es un canto
De voz de mártir, de celeste duelo,
Y si el cielo es verdad, en sacro espanto
Me encumbrará de mi canción al cielo;
Mas si al ánimo vil, de vil tributo
Siervo, no basta en el hogar de luto
Este silencio pálido y benigno,
Calle su voz, de los infiernos fruto:
¡Morir! Esto es más digno.
¡Morir! ¡Qué gran valor! Cuando pudiera
Robusto el brazo encadenar la gloria
Y en la patria bandera
Trocar la estrella en sol de la victoria,
Escribir lentamente en extranjera
Tierra una débil y cobarde historia;
Y sentir aquel sol que arrancaría
De la melena del rugiente hispano
Por dar con él la brillantez del día
A mi adorado pabellón cubano;
Y andar, cuerpo viviente,
Entre un pueblo a este mal indiferente;
Y decir sin cesar este delirio
Es un canto que el labio nunca entona.
¿Qué más, qué más laurel? ¿Cuándo el martirio
No fué en la frente la mejor corona?
¿Quién pide gloria al enemigo hispano?
No lleve el que la pida el patrio nombre
Ni le salude nunca honrada mano;

El que los ojos vuelva hacia el tirano,
Nueva estatua de sal al mundo asombre.
¿Qué plátano sonante,
Qué palma cimbradora,
Qué dulce piña de oro
Al cierzo burgalés aroma dieron
Ni en castellana tierra florecieron?
¿Quién vió imagen del Cauto rumoroso,
De ondas sonoras de movible plata,
En el mísero Duero rencoroso,
Que entre rudos guijarros se desata?
Allá, Rosario, el alma se acongoja,
El cuerpo se entumece,
Cubre la tierra helada la amarilla
Veste que el árbol moribundo arroja,
En la noche invernal nunca amanece,
Y la blanca y morada *maravilla*
Que la niñez ornó tu faz sencilla,
Púdica y débil, de temor no crece.
¿Tú, apretada en el pecho del invierno,
Ardiente hermana mía?
¿Tú, presa en tierra fría,
Hija de tierra del calor eterno?
¿Y el puerto del Caney hogar paterno
Te dió, y amante halago,
Dulcísima caricia,
Y truecas a tu plácido Santiago
Por el rudo Santiago de Galicia?
Y llanos vastos de nevada espuma
Que el alma tropical mira oprimida,
Y ¡tú en aquellos llanos, blanca pluma
En los ingratos témpanos perdida!

¡Oh, vuelve, cisne blanco,
Paloma peregrina,
Real garza voladora;
Vuelve, tórtola parda,
A la tierra do nunca el sol declina
La tierra donde todo se enamora;
Vuelve a Cuba, mi tórtola gallarda!
Y si funesto azar lauros te ofrece,
Plácidos para ti, y en calma queda
La corona en tu mano, y reverdece,
Piensa ¡oh, poetisa! que ese lauro crece
En la tumba de Orgaz y Avellaneda.
Si la cándida garza peregrina
De amarillo color el albo seno
En hora aciaga tiñe;
Si lauros nuevos a su frente ciñe,
Nueva Gertrudis y fatal Corina,
Piensa que el árbol que en el patrio suelo
El amplio tronco distendió robusto
Y en las hinchadas venas sangre hervía,
Hallará a su traición castigo justo,
Si otro sol y otra sangre torpe ansía;
Que el lauro envenenado
En la sangre de hermanos empapado,
En la frente del vil que lo ciñera
La deshonra en espinas trocaría;
Que muere triste en la Germania fría
Golondrina del Africa viajera.
Y si en su frente, seno poderoso
De los rayos del Sol, la vanagloria
Tendido hubiera manto luctuoso;
Si nuevo lauro España le ciñera,

Y la espina del lauro no sintiera;
Si pluguiese a sus fáciles oídos
  Cuanto de amor que no es amor cubano,
Y junto a sus laureles corrompidos
El cadáver no viese de un hermano,
¡Arroje de su frente,
Porque no es suyo, nuestro sol ardiente!
¡Devuélvanos su gloria,
Página hurtada de la patria historia!
Y ¡arranca, oh patria, arranca
De su seno infeliz el ser perjuro,
Que no es tórtola ya, ni cisne puro,
Ni garza regia, ni paloma blanca!

Méjico, agosto de 1876.

PATRIA Y MUJER

¡Otra vez en mi vida el importuno
Suspiro del amor, cual si cupiera,
Triste la patria, pensamiento alguno
Que al patrio suelo en lágrimas no fuera!

¡Otra vez el convite enamorado
De un seno de mujer, nido de perlas,
Bajo blando (1) sutil aprisionado
Que las enseña más con recogerlas!

¡De nuevo el pecho que el amor levanta
De suave afán y de promesas lleno,
De nuevo resbalando en la garganta
Ondas de nácar sobre el níveo seno!

Y ¿con qué corazón, mujer sencilla,
Esperas tú que mi dolor te quiera?
Podrá encender tu beso mi mejilla,
Pero lejos de aquí mi alma me espera.

(1) «Blando sutil» dice la edición de Quesada y las que por ella se han guiado. Parece que debe decir «blonda sutil».—*N. de R.*

Dolor de patria este dolor se nombra;
Cuerpo soy yo que mi orfandad paseo:
Reflejo, cárcel, vestidura, sombra,
De un alma esquiva fatigado arreo.

Miente mi labio si se acerca al tuyo;
Mienten mis ojos si de amor te miran;
De mujeril amor mis fuerzas huyo;
En incorpórea agitación se inspiran.

Amo yo más el árbol que sombrea
La tumba incierta del guerrero hermano,
Que ese nido de perlas que hermosea
Blonda más débil que tu amor liviano.

Allá, cuando se muere, todavía
Vive el que yace abandonado y muerto;
Le habla la tierra que lo cubre; el día
Le dice los murmullos del desierto.

Le cuenta el triunfo de la patria amada;
La habla del brillo de la patria estrella;
Y cubierto de tierra aprisionada,
Se siente el muerto palpitar bajo ella.

Que el patrio amor las piedras abrillanta,
La tierra anima, el tronco añoso mueve,
Por agua pisa, a Lázaro levanta,
Y sombras y cadáveres conmueve.

La vida es inmortal: allí se acaba
El cuerpo que luchó por patria y gloria,
Y el vivo que se va, vivo se graba
De la adorada patria en la memoria.

Y brillarán los soles de fortuna,
Y besarán los aires nuestras palmas,
Y en cada copa mecerá una cuna
El invisible genio de las almas.

Sus cuerdas una la robusta lira,
Y el corazón sus átomos perdidos;
A un solo amor mi corazón aspira;
Para un solo dolor guarda latidos.

De imagen de mujer memorias pierda,
Que es poco un cuerpo cuando el alma es tanta:
Ni en alma ni en laúd hay ya más cuerda,
Que la del sueño que la patria canta.

Si tanto bien a mi fortuna espera,
Que al cabo libre hasta mi patria vuelo,
¡De cuánto sol se llenará la esfera!
¡De cuánto azul se llenará mi cielo!

Y si, más mártir que cobarde, libro
Tanta amargura, de aquel sol lejano
Mártir, más que cobarde, aquí lo adoro;
¡Atada está, no tímida, mi mano!

Este cuerpo gentil rebosa vida,
Y cada árbol allá cobija un muerto;
A todo goce esta mujer convida,
A toda soledad aquel desierto.

Coral, cobija perlas de su boca;
Mórbidas ondas ciñen su garganta;
Y escondido en el pecho, a amar provoca
Angel que con sus alas no levanta.

Mas cuando con amor de patria lleno
Mi alma, que para amarla ensancharía,
¿Entre blonda sutil perlado seno,
Cárceles brinda al alma ansiosa mía?

No habla de amor mi corazón que late;
Cuando en mi corazón hay un latido,
Es que me anuncia que en algún combate
Un héroe de la patria ha perecido.

Herida no hay allí que yo no sienta,
Ni golpe el hierro da que no responda;
Sagrado horror mi corazón alienta;
Honda herida hace el vil; mi alma se esconde.

Truéqueme en polvo, extíngase este brío
En fatales vergüenzas empleado;
Todo habrá muerto; mas en torno mío,
Este amor inmortal no habrá acabado.

Pero en vano si el polvo en la memoria
Imágenes de muerte me desliza;
Del fuego y del calor de aquella gloria,
No merezco yo más que la ceniza.

Y pues que pude, miserable reo,
A tal voz de dolor callar contrito,
¡Ceniza sobre el débil fariseo!
¡Voces de compasión para el proscrito!

Habana, 1879

DOLORA GRIEGA

—¿De qué estas triste?
—De amor.
—¿Por quién?
—Por cierta doncella.
—¿Muy bella, pues?
—¡Pues muy bella!
Estoy muy triste de amor.
—¿Dónde la hallaste?
—La hallé
En una gruta florida.
—¿Y está vencida?
—Vencida;
La adulé, la regalé.
—Y ¿para cuándo? ¡oh, galán,
Valiente galán de todas!
¿Para cuándo son las bodas?
—Pues las bodas no serán.
Y estoy de pesar que muero,
Y la doncella es muy bella;
Pero mi linda doncella
No tiene un centavo entero.
—¿Y estás muy triste de amor,
Galán cobarde y sin seso?
Amor, menguado, no es eso:
Amor cuerdo no es amor.

1880.

En estas pálidas tierras,
¡Oh, niña!, en silencio muero.
Como la queja deshonra,
Yo no me quejo.

Del mutuo amor de los hombres,
El magnífico concierto,
De la pasión—nuestra vida—
No escucho el eco.

Como una bestia encorvada
A un yugo vil, aro, y ruego.
Y como un águila herida
Muero en silencio.

1884.

Y a ti ¿qué te traeré? No las punzantes
Lágrimas que, del pecho en que ora brilla
El sol al cabo, huéspedes constantes,
Nunca dejaron sola mi mejilla.

¿Qué te traeré? No flores, niño amado.
¿Dónde, ¡oh, triste de mí! la florecida
Rama hallaré, si viven a tu lado
¡Ay! las únicas flores de mi vida?

Decidme, ¡oh mayo, oh nuevo sol, oh amigos!
¿A aquel lirio del valle, a aquella mía
Pálida estrella—¡oh, de mi mal testigos
Y de cuanto lloré!—qué llevaría?

La tierra toda, ya en verdor se extienda,
Ya el sol la dore, en su alto trono fijo,
No tiene oro ni flor, no tiene ofrenda
Digna de un padre al túmulo de un hijo.

¡Oh, lindo sol, oh blanda luz, oh palma
De un valle triste! ¡Vuelve a ser testigo
De esta resurrección! ¡Te traigo tu alma,
Que des que el vuelo alzó, vive conmigo!

1884.

A JOSE JOAQUIN PALMA (1)

EN UN RETRATO

Vencedor de los dulces ruiseñores,
A ti esta efigie el alma entera lleve
¡Como un pájaro herido el ala mueve
A un jazmín malabar lleno de flores!

Nueva York, 1885.

(1) Estos versos se encuentran debajo del retrato de José Martí publicado en las primeras páginas del volumen XII de la edición de Quesada.—*N. del R.*

CESTO DE MIMBRES (1)

Tengo junto a mi mesa un cestecillo
De mimbre, de un mimbral muy afamado,
No, cual otros, con cintas y adornado,
Sino, cual yo, sin lazos y sencillo.

Cuanto me cansa o sobra encuentra puesto
En mi cesto de mimbre; allí va cuanto
Me indigna o me repugna o causa espanto:
¡Cartas necias y fe, todo va al cesto!

Pero tengo en el pecho, entretejido
Como en la tierra una raíz, un triste
Amor que todo el pecho me ha comido,
Y que a entrar en el cesto se resiste.

(1) Publicado en la *Revista Mercantil*, de Nueva York, con la firma de Julián Pérez, segundo nombre y apellido del maestro.—*Nota de la edición de Quesada.*

Con la Primavera
Vuelve el verso alado:
¿Qué hará mi corazón, que amar no quiera,
Si le asalta el amor por el costado?

Hará lo que hace el cielo
Cuando el fuego lo abrasa:
Brillará como bóveda encendida
Hasta que el fuego pase: ¡todo pasa!

1887.

CARMEN

El infeliz que la manera ignore
De alzarse bien y caminar con brío,
De una virgen celeste se enamore
Y arda en su pecho el esplendor del mío.

Beso, trabajo, entre sus brazos sueño
Su hogar alzado por mi mano; envidio
Su fuerza a Dios, y, vivo en él, desdeño
El torpe amor de Tíbulo y de Ovidio.

Es tan bella mi Carmen, es tan bella,
Que si el cielo la atmósfera vacía
Dejase de su luz, dice una estrella
Que en el alma de Carmen la hallaría.

Y se acerca lo humano a lo divino
Con semejanza tal cuando me besa,
Que en brazos de un espacio me reclino
Que en los confines de otro mundo cesa.

Tiene este amor las lánguidas blancuras
De un lirio de san Juan, y una insensata
Potencia de creación, que en las alturas
Mi fuerza mide y mi poder dilata.

Robusto amor, en sus entrañas lleva
El germen de la fuerza y el del fuego.
Y griego en la beldad, odia y reprueba
La veste indigna del amor del griego.

Señora el alma de la ley terrena,
Despierta, rima en noche solitaria
Estos versos de amor; versos de pena.
Rimó otra vez, se irguió la pasionaria.

De amor al fin; aunque la noche llegue
A cerrar en sus pétalos la vida,
No hay miedo ya de que en la sombra plegue
Su tallo audaz la pasionaria erguida.

El Cubano.—2 de abril de 1888.

DE LA EDAD DE ORO

LOS ZAPATICOS DE ROSA

Hay sol bueno y mar de espuma,
Y arena fina, y Pilar
Quiere salir a estrenar
Su sombrerito de pluma.

—¡Vaya la niña divina!—
Dice el padre, y le da un beso.
—¡Vaya mi pájaro preso
A buscarme arena fina!

—Yo voy con mi niña hermosa—
Le dijo la madre buena.
¡No te manches en la arena
Los zapaticos de rosa!

Fueron las dos al jardín
Por la calle del laurel:
La madre cogió un clavel
Y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,
Con aro, balde y paleta,
El balde es color violeta;
El aro es color de fuego.

Vienen a verlas pasar:
Nadie quiere verlas ir:
La madre se echa a reír,
Y un viejo se echa a llorar.

El aire fresco despeina
A Pilar, que viene y va
Muy oronda:—Di, mamá:
¿Tú sabes qué cosa es reina?

Y por si vuelven de noche
De la orilla de la mar,
Para la madre y Pilar
Manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda:
Todo el mundo está en la playa:
Lleva espejuelos el aya
De la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
Que salió en la procesión
Con tricornio y con bastón,
Echando un bote a la mar.

¡Y qué mala, Magdalena,
Con tantas cintas y lazos,
A la muñeca sin brazos
Enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
Sentadas con los señores,
Las señoras, como flores,
Debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
Tan serios, muy triste el mar:
¡Lo alegre es allá, al doblar,
En la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
Mejor allá en la barranca,
Y que la arena es muy blanca
Donde están las niñas solas.

Pilar corre a su mamá:
—¡Mamá, yo voy a ser buena;
Déjame ir sola a la arena:
Allá, tú me ves, allá!

—¡Esta niña caprichosa!
No hay tarde que no me enojes:
Anda, pero no te mojes
Los zapaticos de rosa.

Le llega a los pies la espuma:
Gritan alegres las dos:
Y se va, diciendo adiós,
La del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy lejos!
Las aguas son más salobres,
Donde se sientan los pobres,
Donde se sientan los viejos!

Se fué la niña a jugar,
La espuma blanca bajó,
Y pasó el tiempo, y pasó
Un águila por el mar.

Y cuando el sol se ponía
Detrás de un monte dorado,
Un sombrerito callado
Por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
Para andar; ¿qué es lo que tiene
Pilar, que anda así, que viene
Con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
Por qué le cuesta el andar:
—¿Y los zapatos, Pilar,
Los zapaticos de rosa?

¡Ah, loca!, ¿en dónde estarán?
¡Di, dónde, Pilar!—Señora—
Dice una mujer que llora,—
¡Están conmigo: aquí están!

Yo tengo una niña enferma
Que llora en el cuarto obscuro,
Y la traigo al aire puro
A ver el sol, y a que duerma.

Anoche soñó, soñó
Con el cielo, y oyó un canto:
Me dió miedo, me dió espanto,
Y la traje, y se durmió.

Con sus dos brazos menudos
Estaba como abrazando;
Y yo, mirando, mirando
Sus piececitos desnudos.

Me llegó al cuerpo la espuma,
Alcé los ojos, y vi
Esta niña frente a mí
Con su sombrero de pluma.

¡Se parece a los retratos
Tu niña—dijo.—¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡Si quisiera!...
¿Y por qué está sin zapatos?

Mira: ¡la mano le abrasa,
Y tiene los pies tan fríos!
¡Oh, toma, toma los míos;
Yo tengo más en mi casa!

—No sé bien, señora hermosa,
Lo que sucedió después:
¡Le vi a mi hijita en los pies
Los zapaticos de rosa!—

Se vió sacar los pañuelos
A una rusa y a una inglesa;
El aya de la francesa
Se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos.
Se echó Pilar en su pecho,
Y sacó el traje deshecho,
Sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
De la enferma la señora:
¡No quiere saber que llora
De pobreza una mujer!

—¡Sí, Pilar, dáselo! ¡Y eso
También! ¡Tu manta! ¡Tu anillo!—
Y ella le dió su bolsillo:
Le dió el clavel, le dió un beso.

Vuelven calladas de noche
A su casa del jardín,
Y Pilar va en el cojín
De la derecha del coche.

Y dice una mariposa
Que vió desde su rosal
Guardados en un cristal
Los zapaticos de rosa.

CADA UNO A SU OFICIO

Fábula nueva del filósofo norteamericano Emerson.

La montaña y la ardilla
Tuvieron su querella:
—«¡Váyase usted allá, presumidilla!»
Dijo con furia aquélla.
A lo que respondió la astuta ardilla:
—«Si que es muy grande usted,
Muy grande y bella:
Mas de todas las cosas y estaciones
Hay que poner en junto las porciones
Para formar, señora vocinglera,
Un año y una esfera.
Yo no sé que me ponga nadie tilde
Por ocupar un puesto tan humilde.
Si no soy yo tamaña
Como usted, mi señora la montaña,
Usted no es tan pequeña
Como yo, ni a gimnástica me enseña.
Yo negar no imagino
Que es para las ardillas buen camino
Su magnífica falda.
Difieren los talentos a las veces:
Ni yo llevo los bosques a la espalda
Ni usted puede, señora, cascar nueces.»

DOS MILAGROS

Iba un niño travieso
cazando mariposas;
Las cazaba el bribón, les daba un beso,
Y después las soltaba entre las rosas.

Por tierra, en un estero,
Estaba un sicomoro;
Le da un rayo de sol, y del madero
Muerto, sale volando un ave de oro.

LA PERLA DE LA MORA

Una mora de Trípoli tenía
Una perla rosada, una gran perla,
Y la echó con desdén al mar un día:
—¡Siempre la misma! ¡Ya me cansa verla!

Pocos años después, junto a la roca
de Trípoli... ¡la gente llora al verla!
Así le dice al mar la mora loca:
—¡Oh, mar! ¡Oh, mar! ¡Devuélveme mi perla!

LOS DOS PRINCIPES

Idea de la poetisa norteamericana
Helen Hunt Jackson.

I

El palacio está de luto
y en el trono llora el rey,
y la reina está llorando
donde no la puedan ver:
en pañuelos de olán fino
lloran la reina y el rey:
los señores del palacio,
están llorando también.
Los caballos llevan negro
el penacho y el arnés;
los caballos no han comido,
porque no quieren comer:
el laurel del patio grande
quedó sin hoja esta vez:
todo el mundo fué al entierro
con coronas de laurel.
—¡El hijo del rey se ha muerto!
¡Se le ha muerto el hijo al rey!

II

En los álamos del monte
tiene su casa el pastor;
la pastora está diciendo:
«¿por qué tiene luz el Sol?»
Las ovejas, cabizbajas,
vienen todas al portón:
¡una caja larga y honda
está forrando el pastor!
Entra y sale un perro triste;
canta allá dentro una voz:
«¡Pajarito, yo estoy loca,
llevadme donde él voló!»
El pastor coge llorando
la pala y el azadón:
abre en la tierra una fosa;
echa en la fosa una flor.
—¡Se quedó el pastor sin hijo!
¡Murió el hijo del pastor!

VERSOS ESCRITOS EN ALBUMES

DESDE LA CRUZ

A LA SEÑORITA VIRGINIA OJEA.

Niña, como las flores del naranjo
Blanca y sencilla:
¿Sabes tal vez lo que en la mar humana
Será tu vida?
Hoy—como aurora—tu existencia amena
Sonríe y brilla,
Y tallado en un pétalo, tu cuerpo
Es urna de sonrisas;
Mañana—como un sol que entre las venas
Se funde y se desliza—
Vendrá el amor, el déspota altanero,
Señor de nuestras vidas.
¡Te miro, y pienso en las palomas blancas,
De la selva alegría,
Y en tu alma, un nido de paloma; y pienso
En los que cazan, niña!
La red vendrá. Cual moro a quien los ojos
Del fiero león fascinan,
Fascinada también caerás amando,
Trémula, de rodillas.
¡Oh! ¡Sé muy tierna! Es la palabra pura
Que salva y que ilumina.
Ceder es dominar: sé siempre tierna:
¡Jamás serás vencida!
Cuando en el seno de tu esposo rujan
Las fieras de la vida:

Las pasiones—panteras, los deseos—
Chacales—, ¡la caricia
Apresta, niña blanca! ¡Doma potros
Y fieras la caricia!

Pues amar ¿no es salvar? No es esa fiesta
Vulgar de gentes nimias,
Que de un vals en los giros nace acaso,
Y como un vals expira.
Ni un vago templo—de perfume extraño
Morada vívida—
Donde el azul del cielo y las ligeras
Nubes habitan,
Y en luz de estrellas y en vapor de rosas
Duerme la vida.
¿Amar? ¡Eso es un voto! Es un espíritu
Que a otro se libra,
Como una monja que en las aras jura
Bodas divinas.
Como Jesús, la generosa novia,
Serena, a la cruz mira,
Y al novio ofrece, si en la cruz lo clavan
Las fieras de la vida,
Colgarse a él, y calentar su cuerpo,
Y si en la cruz expira,
Morir con él, los nobles labios puestos
Sobre su frente fría.
¡Eso es amor! Andar con pies desnudos,
Por piedras, por espinas,
Y aunque la sangre de las plantas brote,
¡Sonreír, Virginia!

Nueva York, 1880.

A VIRGINIA

Como los nardos pálida, tu rostro
Transparente y gentil tu alma refleja:
¡Que al salir de la vida, tu alma pura
Como la esencia de los nardos sea!

Nueva York, 1880.

MIS CHRISTMAS

A LA SEÑORITA COCOLA FERNANDEZ

¿A quién, pluma cansada,
Escribirás? ¿Quién cuida
De mi muerte o mi vida,
Ni qué vale en la tierra estremecida
De hambre y espanto una existencia honrada?
Lo que vale—doncella
En cuya alma gentil hay luz de estrella—
Es tuyo, y va a tus pies: no hay en las arcas
De los del áureo Oriente
Magníficos monarcas
Corona digna de tu casta frente:
Ni en las tiendas famosas
Que venden maravillas,
Los hay como tus pies, ni he de enviar rosas
A quien las lleva en alma y en mejillas.

1880.

A COCOLA, EN SUS NATALES

No sé que tiene el amor,
Cocola, de pudoroso,
Que dice el labio amoroso
Mal lo que siente mejor.

Mas no sé lo que tus ojos
Tienen, que mi labio animan,
Y aunque temores me opriman
Y me fatiguen enojos,

Al labio del alma brota
Un cantar sencillo y blando,
Que como va murmurando
Tu nombre; parece nota

De misterioso laúd,
Pulsado en noche serena
Por la hermosa mano buena
Del ángel de la virtud.

Yo no sé qué puro aroma
Tiene tu hogar, que parece
Que aquí la vida amanece
Entre plumas de paloma.

Pero sé que cuando llego
Cansado y entristecido
Pidiendo a mi pecho herido
Para luchar nuevo fuego;

O, cuando, mudo de espanto,
Presencio un drama sombrío
De esos del alma, que es río
De ondas negras, y de llanto;

Cuando de infamias ajenas
Traigo la frente cargada
Y el alma triste agitada
Del ansia de curar penas,

Como si un ave rozara
Con blanca sedosa pluma
—¡Espuma que besa a espuma!—
De un lago azul l'agua clara,

Siento brisa generosa
Que mi amargura suaviza,
Y una palabra que hechiza
Y una mirada sedosa,

Y fuerte para luchar
Y seguro de vencer,
Siempre que te vengo a ver
Salgo fiero de tu hogar.

Guárdete Dios—niña mía—
De tocar tu frente honrada
Con tanta frente manchada
En esta vida sombría.

Y de buenos adorada
Y entre virtudes mecida,
Sé siempre, niña querida,
Por virtudes coronada.

1.° de abril de 1880.

A LEONOR GARCIA VELEZ

CON MOTIVO DE LA EXPEDICION DE SU PADRE,
EL GENERAL CALIXTO GARCIA

EN LOS DIAS DEL VIAJE

Leonor: ¿lo ves? Los pies ensangrentados,
Rota la frente, el alma en cruz pasea.
Rugen sus pensamientos agitados
Como la mar que contra el barco olea,
Y con alas de sangre, el aire, corta,
Pura, sombría, absorta,
Rumbo al cielo ¡oh, dolor! la gran idea...

Leonor: ¿lo ves? Pero si en hora obscura
Sobre los muertos generosos gime,
Y entre enemigos hierros sufre al cabo
Ese dolor sublime
De llevar sobre el hombro a un pueblo esclavo;
Si desde el alta solitaria prora,
En el aire, cargado de tormenta,
Vierte las suyas, nuestra infamia cuenta,
Los patrios males y los propios llora:

¿Qué te importa, Leonor? Cuando a ti vuelva,
Lo enlazarán tus brazos, ¡como enlaza
En medio de la selva
Al viejo tronco erguido
Por el rayo violento sacudido,
La fragante, la dulce madreselva!

Nueva York, 17 de agosto de 1880.

A MARIA LUISA PONCE DE LEON

Si fuera de la patria, en que se crea
La única luz, todo es arena al viento
¿Dónde, ¡oh dolor!, pondré mi pensamiento
Que obscuridad y aflicción no sea?

Como una tierna rosa es la poesía,
Que en el silencio pudoroso crece
Y ama el misterio en que la luz florece,
Y cada flor dice a su flor: «María».

Casto y profundo cual la noche, el verso
Prefiere descoger las alas bellas
Cuando la vida es paz, y las estrellas
Alumbran el amor del Universo.

Pero cuando se siente en la mejilla
Todo el rubor de un pueblo avergonzado,
Un solo verso queda: un brazo alzado
Que al honor a los hombres acaudilla.

¡Jamás! No hay hielo que esta audaz poesía
Pueda apagar, ni viento que la lleve;
¡Jamás! Porque el dolor, como la nieve,
Mantiene en fuego el corazón que enfría.

¡Oh, niña, oh, dulce niña! Tú no sabes
De esta alma rota, y desolado invierno
Del corazón: ¿qué saben del infierno
Allá en sus nidos cándidos las aves?

Te nombro, y vuelan, sin mirar que el ala
Tienen del mal de nuestro pueblo herida,
Los mejores recuerdos de mi vida,
Cual corderos que van a su zagala.

Como el café que crece en nuestras lomas,
Da para ti su flor el pensamiento,
Blanca y serena: en ti la patria siento;
Vuelven por ti a ser blancas las palomas.

En tus ojos tristísimos se queja
Con virginal dolor mi tierra amada,
Cual suspira una pobre encarcelada
Por aire y luz tras su implacable reja.

Yo he visto en ojos de hombre arder el fuego
De la sagrada cólera de Cristo;
Vi el amor, y la luz; mas nunca he visto
Una mirada tan igual a un ruego.

¡Una luz parecida a la esperanza
En tus piadosos ojos resplandece,
Y lo que más tus ojos embellece
Es que no asoma en ellos la venganza!

Me ha dicho un colibrí, linda María,
Que están todos colgados de azahares
Los tristes ¡ay! los mágicos palmares,
En que mi patria es bella todavía.

Me ha dicho que, de lágrimas cargado
De los que te queremos, el aleve
Mar va a llevarte lejos de la nieve,
En silencio, en silencio enamorado.

Yo no sé si el misterio de las almas
Sube, cual himno muerto, al aire vago,
Ni si en tanta viudez y en tanto estrago
Tienen aún penachos nuestras palmas.

Yo no sé si aun las aves hacen nido
En los árboles nuestros, ni si el cielo
Es como antes azul, y cubre el suelo
La yerba, mensajera del olvido.

Pero ¡oh, niña sin ira y sin enojos!
Tú, que vas a saber cómo es la aurora.
¡Lleva a mi tierra, donde se odia y llora,
La sublime piedad que hay en tus ojos!

Nueva York, 5 de enero de 1887.

A ANGELINA DE MIRANDA

De cierta noche amistosa
Recuerdo, en cierto festín,
Como un alma de jazmín
Y la sombra de una rosa.

Dos ojos vi sin enojos,
Dos ojos de luz de estrella.
¡Recuerdo una mano bella,
Y dos magníficos ojos!

Nueva York, 22 de enero de 1891.

A ANA MARIA BARRANCO

Hija de un pueblo lloroso,
Hija de un pueblo dormido,
Yo no te escribo: te pido
Que vuelvas el rostro hermoso

Adonde el ángel del llanto
Guarda las urnas del sueño.
No hay más que un estorbo, el dueño;
No hay más que un camino, el santo.

Nueva York, enero de 1891.

A CANDITA CARBONELL

Dice el coral envidioso,
un coral rosado y fino:
—«Yo sé de un coral divino,
sé de un coral más hermoso.»

La virgen del gran pintor
dice con triste querella:
—«Sé de una virgen más bella,
la virgencita de Ibor.»

Hay dolor; si pone en ti
dolor alguno su mano,
dile: «Yo tengo un hermano
que está velando por mí.»

28 de noviembre de 1891.

A MARIA LUISA SANCHEZ

No hay en la bárbara guerra
del mundo más que un consuelo:
las estrellas en el cielo
y las niñas en la tierra.

No hay rival de la mañana
con su luz pálida y pura;
mas sí hay rival, tu ternura,
palida niña cubana.

Yo diré, mi niña esbelta,
allá en mi hogar de martirio,
que he visto en Ibor un lirio
con la cabellera suelta.

Tampa, 1891.

A MARIA ENTENZA

Allá en el rudo basalto
del murallón del camino,
absorto vió un peregrino
muy alto un lirio, muy alto.

Colgaba del negro muro,
que por alto y negro asombra,
como la flor de la sombra,
el lirio pálido y puro.

Así, en el largo martirio
de este destierro penoso,
tu corazón cariñoso
resplandece como un lirio.

Jacksonville, julio de 1892.

PARA TOMASA FIGUEREDO (1)

No sé qué tienen las flores,
lindísima bayamesa,
que unas se secan muy pronto;
que hay otras que no se secan.

De blancas flores un ramo
ayer me diste en tu casa,
y hoy las fuí a ver, niña mía,
y las encontré más blancas.

Así como el alma en pena,
como un clavel amarillo,
besa tu mano, y el alma
se pone color de lirio.

Cayo Hueso, 7 de diciembre de 1892.

(1) Autógrafo en un retrato de Martí, hecho en la fotografía de Andrés Estévez, de Cayo Hueso, Florida, dedicado a la niña Tomasa Figueredo Antúnez, hija de Fernando Figueredo, hoy esposa del Dr. Chávez Milanés.—*N. del R.*

A LA SEÑORA ANGELINA M. DE QUESADA

"ENVOI"

La nieve, glacial, aprieta
El corazón en pedazos,
Como madre que sujeta
Al niño muerto en los brazos.

La nieve, amable, conmueve,
Como aurora y clavellina,
Cuando en la tierra de nieve
Vive la noble Angelina.

Christmas, 25 de diciembre de 1892.

A HORTENSIA LECHUGA

Yo he visto, en la noche clara
de nuestras Antillas bellas,
sobre la sangre del ara
escondidas las estrellas.

Yo he visto, por una obscura
vereda del campo umbrío,
una clavellina pura
enamorada de un río.

Yo he visto en la misteriosa
nave del templo ferviente,
esplender, como una rosa
de luz, un cirio doliente.

Yo he visto en mi Cayo amado,
en el hogar y en la escuela,
lucir, como en castigado
torvo mar, la limpia estela.

Nueva York, 1893.

A MELITINA AZPEITIA

No sé, Melinita hermana,
que en este mundo haya cosa
como la mañana hermosa
en una selva cubana.

Primero es perla dormida
que va despertando al coro,
y luego la perla es oro,
y luego fragua encendida.

Prenden el cielo cambiante
vivas llamaradas rojas;
el sol, por entre las hojas,
reluce como un diamante.

Mas calla de pronto, calla
la Naturaleza toda;
cesa con susto de boda
la magnífica batalla.

Y por el claro horizonte,
y por la pálida tierra,
vibra, cual canto de guerra,
la voz del clarín del monte...

Selva es mi Cuba, arropada
entre tristísimos velos;
selva que ya ve en los cielos
la luz de la madrugada.

Y tú, Melitina mía,
con tu voz dulce y sonora,
eres el clarín de aurora
de nuestra selva sombría.

1884.

A NICOLAS DOMINGUEZ COWAN

Bravo y viril, audaz, los dominantes
Ojos, como decretos, encendidos
En el enjuto rostro, así eras antes,
Amigo tierno, en años ¡ay! vencidos.
Cano el bigote ya, por la imperiosa
Piedad de un fiel hogar, manso y sujeto,
Así eres hoy, en tu jardín de rosa,
Orlado y nardo y myosotis discreto.
Pero—hoy o ayer—ante la infamia airado
No hay como tú quien se revuelva y vibre,
Y, tras tanto vivir, no te has cansado
Del constante deber de un pecho libre.

Méjico, 31 de julio de 1894.

PARA CECILIA GUTIERREZ NAJERA Y MAILLEFERT

En la cuna sin par nació la airosa
Niña de honda mirada y paso leve,
Que el padre le tejió de milagrosa
Música azul y clavellín de nieve.

Del sol voraz y de la cumbre andina,
Con mirra nueva, el séquito de bardos
Vino a regar sobre la cuna fina
Olor de myosotis y luz de nardos.

A las pálidas alas del arpegio,
Preso del cinto a la trenzada cuna,
Colgó liana sutil el bardo regio
De ópalo tenue y claridad de luna.

A las trémulas manos de la ansiosa
Madre feliz, para el collar primero,
Virtió el bardo creador la pudorosa
Perla y el iris de su ideal joyero.

De su menudo y fúlgido palacio
Surgió la niña mística, cual sube,
Blanca y azul, por el solemne espacio,
Lleno el seno de lágrimas, la nube.

Verdes los ojos son de la hechicera
Niña, y en ellos tiembla la mirada
Cual onda virgen de la mar viajera
Presa al pasar en concha nacarada.

Fina y severa como el arte grave,
Alísea planta en la existencia apoya,
Y el canto tiene y la inquietud del ave,
Y su mano es el hueco de una joya.

Niña: si el mundo infiel al bardo airoso
Las magias roba con que orló tu cuna,
Tú le ornarás de nuevo el milagroso
Verso de ópalo tenue y luz de luna.

Méjico, agosto de 1894.

RIMAS (1)

I

¡Oh, mi vida que en la cumbre
Del Ajusco hogar buscó,
Y tan fría se moría
Que en la cumbre halló calor!
¡Oh, los ojos de la Virgen
Que me vieron una vez;
Y mi vida estremecida
En la cumbre volvió a arder!

II

Entró la niña en el bosque
Del brazo de su galán,
Y se oyó un beso, otro beso,
Y no se oyó nada más.
Una hora en el bosque estuvo,
Salió al fin sin su galán:
Se oyó un sollozo; un sollozo,
Y después no se oyó más.

(1) Tomamos estas *Rimas* del bellísimo artículo escrito por Rubén Darío al morir Martí y recogido después en *Los Raros*. ¿Seránestas *rimas*—así las titula Darío—parte de los *Versos Cubanos* que anunció Martí? Parece indicarlo el sabor cubanísimo de la marcada con el número III.—*N. del R.*

III

En la falda del Turquino
La esmeralda del camino
Los incita a descansar:
El amante campesino
En la falda del Turquino
Canta bien y sabe amar.

Guajirilla ruborosa,
La mejilla tinta en rosa
Bien pudiera denunciar
Que en la plática sabrosa,
Guajirilla ruborosa,
Callar fué mejor que hablar.

IV

Allá en la sombría,
Solemne Alameda,
Un ruido que pasa,
Una hoja que rueda,
Parece al malvado
Gigante que alzado
El brazo le estruja.
La mano le oprime,
Y el cuello le estrecha
Y el alma le pide—
Y es ruido que pasa
Y es hoja que rueda;
Allá en la sombría,
Callada, vacía,
Solemne Alameda...

V

—¡Un beso!
—¡Espera!—
Al despedirse se amaron.

———

—¡Un beso!
—Toma.
Aquel día
Al despedirse lloraron.

VI

La del pañuelo de rosa,
La de los ojos muy negros,
No hay negros como tus ojos
Ni rosa cual tu pañuelo.

La de promesa vendida,
La de los ojos tan negros,
Más negras son que tus ojos
Las promesas de tu pecho.

VII

De tela blanca y rosada
tiene Rosa un delantal,
Y a la margen de la puerta,
Casi, casi en el umbral
Un rosal de rosas blancas
Y de rojas un rosal.

Una hermana tiene Rosa
Que tres años besó abril,
Y le pide rojas flores
Y la niña va al pensil,
Y al rosal de rosas blancas
Blancas rosas va a pedir.

Y esta hermana caprichosa
Que a las rosas nunca va,
Cuando Rosa juega y vuelve
En el juego el delantal,
Si ve el blanco abraza a Rosa;
Si ve el rojo da en llorar.
Y si pasa, caprichosa,
Por delante del rosal,
Flores blancas pone a Rosa
En el blanco delantal.

UN NIÑO DE SU CARIÑO

Un niño, de su cariño,
me dió un beso tan sincero
que al morir, si acaso muero,
sentiré el beso del niño.

Esta redondilla, que no hemos visto publicada en ningún lugar, la debemos a la gentileza del poeta oriental Rafael Esténger, que nos la envía con esta interesante nota:

«El inspirador de estos versos, doctor Rafael Portuondo y Doménech, distinguido abogado de Santiago de Cuba, nos narra así las circunstancias que le dieron nacimiento: Acudía Martí con frecuencia, en Nueva York, a la casa de mi padre, el general Rafael Portuondo Tamayo. Yo, de tres o cuatro años entonces, rehuía el trato con las visitas de mi casa. A pesar de ello, el día en que Martí fué a despedirse de mi padre para marchar a la revolución, dejé de ser huraño y di a Martí un beso en la frente. Fué entonces que, tomando una tarjeta postal, improvisó la redondilla». —*N. del R.*

A

COCOLA FERNANDEZ DEL CASTILLO (1)

Cocola: la tormenta
En mi hervoroso espíritu se sienta;
Y mi espíritu, lleno
De fe inmortal, sopórtala sereno.
Cuando mi fe, perdida
En las sendas obscuras de la vida,
Ingrata, me abandone,
Siempre en tu hogar habrá quien me perdone.
¡Mas no habré de perderla,
Gallarda niña, enamorada perla:
Cuando me halle el honor flojo y cansado,
Veré a tu hogar, donde obligado dejo
El alma amante, y en tan claro espejo
Fuerza hallaré para vivir honrado!

¡Oh, niña, en cuerpo y alma
Al bien ardiente, y a los ojos bella:
Nunca, hasta ver tu hogar, supe la calma
Que se goza en el seno de una estrella!

(1) Estos versos, según la autorizada opinión del señor Gonzalo de Quesada y Miranda, son los últimos que escribió Martí, al embarcar para el campo revolucionario. Hasta hoy, siguiendo la edición de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, se han reproducido unidos al poema *Mis Christmas*, dedicado, como éste, a la señora Cocola Fernández del Castillo, hoy señora de Gassi.—*N. del R.*

ABDALA

AMOR CON AMOR SE PAGA

ABDALA y AMOR CON AMOR SE PAGA son ensayos teatrales de la juventud de José Martí. Interesan más que por sus quilates literarios por su significación en la vida del Libertador.

ABDALA, escrito a los 16 años, vió la luz en *La Patria Libre*, pequeño periódico que dirigía Martí en la Habana, siendo estudiante del Instituto de Segunda Enseñanza. Su publicación hubo de contribuir al recelo con que comenzaron a verlo las autoridades españolas de entonces. Poco tiempo después de la publicación de *Abdala* fué reducido Martí a prisión.

AMOR CON AMOR SE PAGA se representó en el teatro Principal de Méjico, en la primera estancia de Martí en el país azteca, por el que sintió singular predilección. Es este proverbio, como ha de verse, obra de ocasión, galante pasatiempo en el que, de improviso, y al final, cobra bríos la inspiración martiana, al recuerdo de su tierra oprimida.

ABDALA

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA LA PATRIA

(Publicado en *La Patria Libre* el año 1869)

PERSONAJES:

ESPIRTA, madre de Abdala.
ELMIRA, hermana de
ABDALA.
UN SENADOR.
Consejeros, soldados, etc.

La escena pasa en Nubia.

ESCENA I

ABDALA, un SENADOR y consejeros.

SEN. Noble caudillo: a nuestro pueblo llega
Feroz conquistador: necio amenaza,
Si a su fuerza y poder le resistimos,
En polvo convertir nuestras murallas.
Fiero pinta a su ejército, que monta
Nobles corceles de la raza arábiga;
Inmensa gente al opresor auxilia,

Y tan alto es el número de lanzas
Que el enemigo cuenta, que a su vista
La fuerza tiembla y el valor se espanta.
Tantas sus tiendas son, noble caudillo,
Que a la llanura llegan inmediata,
Y del rudo opresor ¡oh, Abdala ilustre!
Es tanta la fiereza y arrogancia
Que envió un emisario reclamando
Rindiese fuego y aire, tierra y agua.

ABD. Pues decid al tirano que en la Nubia
Hay un héroe por veinte de sus lanzas;
Que del aire se atreva a hacerse dueño;
Que el fuego a los hogares hace falta;
Que la tierra la compre con su sangre;
Que el agua ha de mezclarse con sus lágri-
[mas.

SEN. Guerrero ilustre: ¡calma tu entusiasmo!
Del extraño a la impúdica arrogancia
Dióle el pueblo el laurel que merecían
Tan necia presunción y audacia tanta;
Mas hoy no son sus bárbaras ofensas
Muestras de orgullo y simples amenazas:
¡Ya detiene a los nubios en el campo!
¡Ya en nuestras puertas nos coloca guar-
[dias!

ABD. ¿Qué dices, Senador?

SEN. Te digo ¡oh, jefe
Del ejército nubio! que las lanzas
Deben brillar, al aire desenvuelta
La sagrada bandera de la patria.
Te digo que es preciso que la Nubia
Del opresor la lengua arranque osada,

Y la llanura con su sangre bañe,
Y luche Nubia cual luchaba Esparta.
Vengo en tus manos a dejar la empresa
De vengar las cobardes amenazas
Del bárbaro tirano que así llega
A despojar de vida nuestras almas.
Vengo a rogar al esforzado nubio
Que a la batalla con el pueblo parta.

ABD. Acepto, Senador. Alma de bronce
Tuviera si tu ruego no aceptara.
Que me sigan espero los valientes
Nobles caudillos que el valor realza,
Y si insulta a los libres un tirano
Veremos en el campo de batalla.
En la Nubia nacidos, por la Nubia
Morir sabremos: hijos de la patria,
Por ella moriremos, y el suspiro
Que de mis labios postrimero salga,
Para Nubia será, que para Nubia
Nuestra fuerza y valor fueron creados.
Decid al pueblo que con él al campo
Cuando se ordene emprenderé la marcha;
Y decid al tirano que se apreste,
Que prepare su gente, y a sus lanzas
Brillo dé y esplendor. ¡Más fuertes brillan
Robustas y valientes nuestras almas!

SEN. ¡Feliz mil veces ¡oh, valiente joven!
El pueblo que es tu patria!

TODOS. ¡Viva Abdala!

(Se van el Senador y consejeros).

ESCENA II

ABDALA

¡Por fin potente mi robusto brazo
Puede blandir la dura cimitarra,
Y mi noble corcel volar ya puede
Ligero entre el fragor de la batalla!
¡Por fin mi frente se orlará de gloria!
Seré quien libre a mi angustiada patria,
Y quien le arranque al opresor el pueblo
Que empieza a destrozar entre sus garras.
¡Y el vil tirano que amenaza a Nubia
Perdón y vida implorará a mis plantas!
¡Y la gente cobarde que lo ayuda
A nuestro esfuerzo gemirá espantada!
¡Y en el cieno hundirá la altiva frente,
Y en cieno vil enfangará su alma!
¡Y la llanura en que su campo extiende
Será testigo mudo de su infamia!
¡Y el opresor se humillará ante el libre!
¡Y el oprimido vengará su mancha!
Conquistador infame: ya la hora
De tu muerte sonó: ni la amenaza,
Ni el esfuerzo y valor de tus guerreros
Será muro bastante a nuestra audacia.
Siempre el esclavo sacudió su yugo,
Y en el pecho del dueño hundió su clava
El siervo libre; siente la postrera
Hora de destrucción que audaz te aguarda,
¡Y teme que en tu pecho no se hunda

Del libre nubio la tajante lanza!
Ya me parece que rugir los veo
Cual fiero tigre que a su presa asalta;
Ya los miro correr: a nuestras filas
Dirigen ya su presurosa marcha;
Ya luchan con furor: la sangre corre
Por el llano a torrentes; con el ansia
Voraz del opresor, hambrientos vuelven
A hundir en sus costados nuestras lanzas,
Y a doblegar el arrogante cuello
Al tajo de las rudas cimitarras.
Cansados ya, vencidos, cual furiosas
Panteras del desierto que se lanzan
A la presa que vence, y se fatigan,
Y rugen y se esfuerzan y derraman
La enrojecida sangre, y combatiendo
Terribles ayes de dolor exhalan,
Así los enemigos furibundos
A nuestras filas bárbaros se lanzan,
Y luchan, corren, retroceden, vuelan,
Inertes caen, gimiendo se levantan,
A otro encuentro se aprestan, ¡y perecen!
Ya sus cobardes huestes destrozadas
Huyen por la llanura: ¡oh! ¡cuánto el gozo
Da fuerza y robustez y vida a mi alma!
¡Cuál crece mi valor! ¡Cómo en mis venas
Arde la sangre! ¡Cómo me arrebata
Este invencible ardor! ¡Cuánto deseo
A la lucha partir!

ESCENA III

Entran guerreros.—GUERREROS y ABDALA.

UN G. ¡Salud, Abdala!
ABD. ¡Salud, nobles guerreros!
UN G. Ya la hora
De la lucha sonó: la gente aguarda
Por su noble caudillo: los corceles
Ligeros corren por la extensa plaza.
Arde en los pechos el valor, y bulle
En el alma del pueblo la esperanza:
Si vences, noble jefe, el pueblo nubio
Coronas y laureles te prepara.
¡Y si mueres luchando, te concede
La corona del mártir de la patria!
Revelan los semblantes la alegría:
Brillan al sol las fulgurantes armas,
Y el deseo de luchar, en las facciones
La grandeza, el valor, sublimes graban.
ABD. Ni laurel ni coronas necesita
Quien respira valor. Pues amenazan
A Nubia libre, y un tirano quiere
Rendirla a su dominio vil esclava,
¡Corramos a la lucha, y nuestra sangre
Pruebe al conquistador que la derraman
Pechos que son altares de la Nubia,
Brazos que son sus fuertes y murallas!
¡A la guerra, valientes! ¡Del tirano
La sangre corra, y a su empresa osada
De muros sirvan los robustos pechos,
Y sea su sangre fuego a nuestra audacia!
¡A la guerra! ¡A la guerra! ¡Sea el aplauso

Del vil conquistador que nos ataca,
El son tremendo que al batirlo suenen
Nuestras rudas y audaces cimitarras!
¡Nunca desmienta su grandeza Nubia!
¡A la guerra corred! ¡A la batalla,
Y de escudo te sirva ¡oh, patria mía!
El bélico valor de nuestras almas!
(Hacen ademán de partir).

ESCENA IV

Entra Espirta.—ESPIRTA y dichos.

ESP. ¿A dónde vas? ¡Espera!
ABD. ¡Oh, madre mía!
Nada puedo esperar.
ESP. ¡Detente, Abdala!
ABD. ¿Yo detenerme, madre? ¿No contemplas
El ejército ansioso que me aguarda?
¿No ves que de mi brazo espera Nubia
La libertad que un bárbaro amenaza?
¿No ves cómo se aprestan los guerreros?
¿No miras cómo brillan nuestras lanzas?
Detenerme no puedo, ¡oh, madre mía!
¡Al campo voy a defender mi patria!
ESP. ¡Tu madre soy!
ABD. ¡Soy nubio! El pueblo entero
Por defender su libertad me aguarda:
Un pueblo extraño nuestras tierras huella!
Con vil esclavitud nos amenaza;
Audaz nos muestra sus potentes picas,
Y nos manda el honor, y Dios nos manda
Por la patria morir, antes que verla

Del bárbaro opresor cobarde esclava.

ESP. Pues si exige el honor que al campo vueles,
¡Tu madre hoy que te detengas manda!

ABD. Un rayo sólo detener pudiera
El esfuerzo y valor del noble Abdala.
¡A la guerra corred, nobles guerreros,
Que con vosotros el caudillo marcha!
(Se van los guerreros).

ESCENA V

ESPIRTA y ABDALA

ABD. Perdona ¡oh, madre! que de tí me aleje
Para partir al campo. ¡Oh! Estas lágrimas
Testigos son de mi ansiedad terrible,
Y el huracán que ruge en mis entrañas.
(Espirta llora).
¡No llores tú, que a mi dolor ¡oh, madre!
Estas ardientes lágrimas le bastan!
El ¡ay! del moribundo, ni el crujido,
Ni el choque rudo de las fuertes armas,
Ni el llanto asoma a mis tristes ojos,
Ni a mi valiente corazón espantan.
Tal vez sin vida a mis hogares vuelva,
U oculto entre el fragor de la batalla,
De la sangre y furor víctima sea.
Nada me importa. ¡Si supiera Abdala
Que con su sangre se salvaba Nubia
De las terribles extranjeras garras,
Esa veste que llevas, madre mía,
Con gotas de mi sangre la manchara!
Sólo tiemblo por ti, y aunque mi llanto

No muestro a los guerreros de mi patria,
Ve cómo corre por mi faz, ¡oh, madre!
Ve cuál por mis mejillas se derrama.

ESP. ¿Y tanto amor a este rincón de tierra?
¿Acaso él te protegió en tu infancia?
¿Acaso amante te llevó en su seno?
¿Acaso él fué quien engendró tu audacia
Y tu fuerza? ¡Responde! ¿O fué tu madre?
¿Fué la Nubia?

ABD. El amor, madre, a la patria
No es el amor rídiculo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca;
Y tal amor despierta en nuestro pecho
El mundo de recuerdos que nos llama
A la vida otra vez, cuando la sangre,
Herida brota con angustia el alma;
La imagen del amor que nos consuela
Y las memorias plácidas que guarda.

ESP. ¿Y es más grande ese amor que el que [despierta
En tu pecho tu madre?

ABD. ¿Acaso crees
Que hay algo más sublime que la patria?

ESP. ¿Y aunque sublime fuera, acaso debes
Por ella abandonarme? ¿A la batalla
Así correr veloz? ¿Así olvidarte
De la que el ser te dió? ¿Y eso lo manda
La patria? ¡Di! ¿Tampoco te conmueven
La sangre ni la muerte que te aguardan?

ABD. Quien a su patria defender ansía,
Ni en sangre ni en obstáculos repara.

Del tirano desprecia la soberbia;
En su pecho se estrella la amenaza;
Y si el cielo bastara a su deseo,
¡Al mismo cielo con valor llegara!

ESP. ¿No te quedas por fin y me abandonas?

ABD. ¡No, madre, no! ¡Yo parto a la batalla!

ESP. ¿Al fin te vas?... ¿Te vas? ¡Oh, hijo [querido! *(Se arrodilla).*
¡A tu madre infeliz mira a tus plantas!
Mi llanto mira que angustioso corre
De amargura y dolor. ¡Tus pies empapa!
Detente ¡oh, hijo mío!

ABD. Levanta ¡oh, madre!

ESP. ¡Por mi amor... por tu vida... no... [no partas!

ABD. ¿Que no parta decís, cuando me espera
La Nubia toda? ¡Oh, no! ¿Cuando me [aguarda
Con terrible inquietud a nuestras puertas
Un pueblo ansioso de lavar su mancha?
¡Un rayo sólo detener pudiera
El esfuerzo y valor del noble Abdala!

ESP. Y una madre infeliz que te suplica, *(Con altivez)*
Que moja con sus lágrimas tus plantas,
¿No es un rayo de amor que te detiene?
¿No es un rayo de amor que te anonada?

ABD. ¡Cuántos tormentos!... ¡Cuán terrible [angustia!
Mi madre llora... Nubia me reclama...
Hijo soy... Nací nubio... Ya no dudo;
¡Adiós! Yo marcho a defender mi patria.
(Se va).

ESCENA VI

ESPIRTA

Partió... partió... Tal vez ensangrentado,
Lleno de heridas, a mis pies lo traigan;
Con angustia y dolor mi nombre invoque,
Y mezcle con las mías sus tristes lágrimas;
¡Y mi mejilla con la suya roce
Sin vida, sin calor, inerte, helada!
¡Y detener no puedo el raudo llanto
Que de mis ojos brota; a mi garganta
Se agolpan los sollozos, y mi vista
Nublan de espanto y de terror mis lágrimas!
Mas ¿por qué he de llorar? ¿Tan poco [esfuerzo
Nos dió Nubia al nacer? ¿Así acobardan
A sus hijos las madres? ¿Así lloran
Cuando a Nubia un infame nos arranca?
¿Así lamentan su fortuna y gloria?
¿Así desprecian el laurel? ¿Tiranas,
Quieren ahogar en el amor de madre
El amor a la patria? ¡Oh, no! ¡Derraman
Sus lágrimas ardientes, y se quejan
Porque sus hijos a morir se marchan!
¡Porque si nubias son, también son madres!
Porque al rudo clamor de la batalla
Oyen mezclarse el ¡ay! que lanza el hijo
Al sentir desgarradas sus entrañas.
Porque comprenden que en la lucha nunca
Sus hogares recuerdan, y se lanzan
Audaces en los brazos de la muerte
¡Que a una madre infeliz los arrebata!

ESCENA VII

ESPIRTA y ELMIRA

ELM. ¡Madre! ¿Llorando vos?
ESP. ¿De qué te asombras?
A la lucha partió mi noble Abdala,
Y al partir a la lucha un hijo amado,
¿Qué heroína, qué madre no llorara?
ELM. ¡La madre del valiente, la patriota!
¡Oh! Mojan vuestra faz recientes lágrimas
Y rebosa el dolor en vuestros ojos;
¡Cobarde llanto vuestro seno baña!
¡Madre nubia no es la que así llora
Si vuela su hijo a socorrer la patria!
¡A Abdala adoro: mi cariño ciego
Es límite al amor de las hermanas,
Y en sus robustas manos, madre mía,
Le coloqué al partir la cimitarra,
Le dije adiós, y le besé en la frente!
Y ¡vos lloráis, cuando luchando Abdala
De noble gloria y de esplendor se cubre,
Y el bélico laurel le orna de fama!
¡Oh, madre! ¿No escucháis ya cómo suenan
Al rudo choque las templadas armas?
¿Las voces no escucháis? ¿El son sublime
De la trompa no oís en la batalla?
¿Y no oís el fragor? ¡Con cuánto gozo
Esta humillante veste no trocara
Por el lustroso arnés de los guerreros,
Por un noble corcel, por una lanza!
ESP. ¿Y también, como Abdala, por la guerra

A tu hogar y tu madre abandonaras,
Y a morir en el campo audaz partieras?

ELM. ¡También, madre, también; que las des-
[gracias
De la patria infeliz lloran y sienten
Las piedras que deshacen nuestras plantas!
¿Y vos lloráis aún? ¿Pues de la trompa
El grato son no oís que mueve el alma?
¿No lo escucháis, oh, madre? ¿a vos no
[llega
El sublime fragor de la batalla?
(Se oye tocar a la puerta).
Pero... ¿qué ruido es este repentino,
Madre, que escucho a nuestra puerta?

ESP. *(Lanzándose hacia la puerta)* ¡Abdala!

ELM. *(Deteniéndola).*
Callad, oh, madre! Acaso algún herido
A nuestro hogar desesperado llama.
A su socorro vamos, madre mía.
(Se dirigen a la puerta).
¿Quién toca a nuestra puerta?

UNA VOZ ¡Abrid!

ESCENA VIII

Entran guerreros trayendo en brazos a ABDALA, *herido.*

ELM. y ESP. *(Espantadas.)* ¡Abdala!
(Los guerreros conducen a Abdala al medio del escenario).

ABD. Abdala, sí, que moribundo vuelve
A arrojarse rendido a vuestras plantas,

Para partir después donde no puede
Blandir el hierro ni empuñar la lanza.
¡Vengo a exhalar en vuestros brazos, madre,
Mis últimos suspiros, y mi alma!
¡Morir! ¡Morir cuando la Nubia lucha;
Cuando la noble sangre se derrama
De mis hermanos, madre; cuando espera
De nuestras fuerzas libertad la patria!
¡Oh, madre, no lloréis! Volad cual vuelan
Nobles matronas del valor en alas
A gritar en el campo a los guerreros:
¡Luchad! ¡Luchad, oh nubios! ¡Esperanza!

ESP. ¿Que no llore, me dices? ¿Y tu vida
Alguna vez me pagará la patria?

ABD. ¡La vida de los nobles, madre mía
Es luchar y morir por acatarla,
Y si es preciso, con su propio acero
Rasgarse, por salvarla, las entrañas!
Mas... me siento morir: en mi agonía
(A todos)
No vengáis a turbar mi triste calma.
¡Silencio!... Quiero oir... ¡Oh! Me parece
Que la enemiga hueste, derrotada,
Huye por la llanura... ¡Oid!... ¡Silencio!
Ya los miro correr... A los cobardes
Los valientes guerreros se abalanzan...
¡Nubia venció! Muero feliz: la muerte
Poco me importa, pues logré salvarla...
¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere
Luchando audaz por defender la patria!
(Cae en brazos de los guerreros).

TELÓN

AMOR CON AMOR SE PAGA

AMOR CON AMOR SE PAGA

Proverbio en un acto, representado con extraordinario éxito en el Teatro Principal, de Méjico, la noche del 19 de diciembre de 1875.—Méjico. Imprenta del Comercio, de Dublán y Compañía. Calle de Cordobanes, número 8.—1876.—40 páginas.

PERSONAJES	ACTORES
ELLA.....	*Srta. Concepción Padilla.*
EL.....	*Sr. Enrique Guasp de Peris.*

La escena pasa en nuestros días.

ACTO UNICO

Salón elegantemente amueblado; puerta al fondo.

ELLA esperaba; EL entra.

ELLA. Vino el caballero a punto.
EL. Venir a punto era fuerza.
A caballeros las damas
Nos obligan, cuando ruegan.
ELLA. Envidiaraos por cortés
La vieja corte francesa;
Pero esa es prenda del hombre,

Y aunque es necesaria prenda,
En el asunto a que os llamo
He menester al poeta.

EL. Pues qué, ¿poeta y hombre acaso
Serán dos cosas diversas?
¡Con nacer y con amar
Cuánta poesía está hecha!

ELLA. *(Con interés mal disimulado).*
¡Qué! ¿amáis?

EL. *(Con intención).* ¡Sí, amo!

ELLA. *(Abandonando precipitadamente la idea).*
Dejad
Inoportunas querellas
Que os distraerían...

EL. Y ¿a vos
No?

ELLA. *(Sonriendo).* Tal vez me distrajeran.
Es ello que necesito
Para hoy mismo una comedia.

EL. Comedia, ¿y para hoy?... ¿Qué, acaso
Fénix renace el gran Vega,
O de los dos Calderones
Ha vuelto alguno a la tierra?
¿Y el enredo? ¿Y la enseñanza?
Y aquellas galas poéticas,
Blonda sutil del lenguaje,
Que lo borda y hermosea?

ELLA. No os pido cosa tan alta:
Quiero una obrilla modesta,
Juguete, ensayo, proverbio...

EL. ¡Facilidad como ella!

ELLA. Sabéis que en casa, el teatro,

Por cierto, no es cosa nueva:
De moda han puesto mi casa
Para tertulias y fiestas,
Y yo amenizo las noches
Representando comedias.
Así las horas distraigo,
Y tal vez sencillas penas,
(Con malicia). Y dolores de viudez
Que ya en mis años aquejan.

EL. *(Con calor).*
¿De viudez? Pues, ¿cuándo sola
Pudo estar vuestra alma bella?
Alma habría que su encanto
Cifrara toda en la vuestra,
¡Y para amaros en ellos
Más largos los días quisiera!

ELLA. Dijérase que empezáis
A representar la pieza.

EL. ¡Tan buena y tan cruel!

ELLA. Mirad,
Pensemos en la manera
De salir del caso grave.

EL. Mas, ¿cómo?

ELLA. Un proverbio sea:
Sencillo.

EL. La sencillez
La dificultad aumenta.
Ved que el talento de ser
Sencillo, es el que más cuesta.
Remedio no tiene el caso.

ELLA. Este caso se remedia
Buscando título pronto

Al refrancillo, que apremia.
No la hagas...

EL. A fe que es viejo.
No la hagas, y no la temas.
¡Cuán bien la Cayron reía
Con Reig en la escena aquella
En que de *tonto* y *retonto*
Con gracia tal le moteja,
Que ni el público la olvida,
Ni se repara la escena!

ELLA. *Del dicho*...

EL. Al hecho. No ha un mes
Hicimos la hermosa pieza,
Y lo que escribe Tamayo,
Ni rival sufre, ni enmienda.

ELLA. A fe que tiene mi amigo
Imperdonable modestia.

EL. Virtud es ella egoísta,
Y taimada como ella.
Han dado ya en olvidarla
De tan ingrata manera,
Que viene a ser vanidoso
Sinónimo de poeta.
Así, quien se ve, y se mira,
Que en el mérito escasea,
Para valer algo, acoge
Lo que los demás desechan.

ELLA. Yo necesito un proverbio.

EL. Un proverbio da respuesta
A mi temor: *Quien mucho habla*...

ELLA. Sé lo demás: *mucho yerra.*
Mas, ¿quien por cortés se tiene,

Y de galante se precia,
Y de una dama la súplica
Terco y airado desdeña?

EL. ¿Hidalgo yo y descortés,
Y vos mujer y no reina?
Sílbenme a coro en buen hora,
Y haya la crítica fiesta,
Y pasto de los cencerros
Mi pobre proverbio sea;
Que es harto buena mi obrilla
Conque una mujer la quiera.

ELLA. ¿Palabra?

EL. Honrada y segura.
Ya son mis labios colmena
De refranes: ¡quién en ellos
Pusiera picante abeja,
Que en el público zumbase
Con enseñanzas amenas!

ELLA. ¿Ambiciosillo el modesto?

EL. ¿Quién de ambiciones no sueña,
Si las anima y las quiere
Para hacer el bien con ellas?
Niña gallarda y airosa,
Que el domingo en la Alameda
Galas de Méjico luce,
Color prestada pasea,
Oyérame aquí la niña
Decir que Naturaleza
En las flores rojo puso,
Y en la faz la color fresca,
Y ¡cómo el novio pulido
De ella tuviera vergüenza,

Si al darla el beso primero,
Que toda ventura encierra,
En capa vil de pintura
Su beso de amores diera!
Doncellita primorosa
Que, colgando al cuello, ostentas
Perlas, que en vano pretenden
Copiar de tu boca perlas;
Guarda, guarda, doncellita,
Que el que de amor te querella,
Con prontos besos te robe
Del alma la color fresca...
(De prisa). Y diera así a los galanes
Consejos para las bellas,
Y sátira al envidioso,
Y golpes a la pereza,
Y enseñanzas a mí mismo,
Y a todos plática diestra,
Blanda en la forma, y prudente;
En el fondo, grave y recta.

ELLA. Mas mi proverbio...

EL. Ya apunta:
¡Dificultad sin clemencia!

ELLA. Pensemos título: *Antes*
Que te cases mira...

EL. ¡Necia
Prevención del refrancillo!
Pues ¿hay ventura como esa
De haber amparo del llanto
En la noble esposa tierna;
Y haber dos almas, sin ser
Más que una, y sentir cuán bellas

Palabras nos fortalecen,
Y caricias nos consuelan?

ELLA. ¿De veras pensáis así?

EL. Así lo pienso de veras.
Hombre incompleto es el hombre
Que en su estrecho ser se pliega
Y sobre la tierra madre
Su estéril vida pasea,
Sin besos que lo calienten
Ni brazos que lo protejan.
Abrese el árbol en frutos,
En plantas se abre la tierra,
Brotan del ramo las hojas,
Todo se ensancha y aumenta,
Y el hombre no es hombre en tanto
Que en las entrañas inquietas
De la madre, el primer hijo
Palpitar de amor no sienta.
¡Proverbio necio a fe mía!
Otro refrán.

ELLA. (Su nobleza
El ánimo me cautiva
Y la voluntad me prenda).

EL. Otro refrán.

ELLA. ¿Otro? *Mira*
Con quién andas...

EL. Es conseja
Harto vulgar.

ELLA. *El que a hierro*
Mata...

EL. *Por el hierro muera.*
Vengativo es el proverbio,

Aunque bíblico: no sean
Mis palabras, mientras viva,
De venganzas pregoneras,
Otro más.

ELLA. *El que con lobos*
Anda...

EL. Se ha escrito.

ELLA. *El que espera...*

EL. *Desespera*, según dicen.

ELLA. *(Con intención).*
Mas si aguarda con nobleza
Amor que tarda en venir,
En bien de sí mismo espera.
(Movimiento de él).

EL. *(Precipitadamente).* Otro más cierto.

ELLA. ¿De amores?

EL. ¿Quién diera cosa más bella?

ELLA. *Amor con amor se paga.*

EL. Pues ese proverbio sea:
Ingratas hay que lo olvidan,
Y necios que lo desdeñan.

ELLA. La probanza es menester:
Animo, pues, y a la empresa.

EL. (¡Si me amara!)

ELLA. (¡Si me amara!)

EL. (¡Si entendiese!)

ELLA. (¡Si entendiera!)

EL. Presto, manos a la obra.

ELLA. Al punto. ¿Cómo comienza?

EL. A fe que no doy con ello;
Mas no será cosa extrema:
Con esquiveces de dama

Y en el galán insistencias;
En él, valor y ternura,
En ella, gracia discreta.
Paréceme que el proverbio
Hacerse bien se pudiera.
¿En qué pensáis?

ELLA. En el tiempo,
Que va de prisa, y apremia.
¿Decís que *amor con amor...?*

EL. *Se paga*, si es cosa hecha!

ELLA. *(Con intención).*
¿Tal es de cierto el proverbio?

EL. ¡Tal fuera la dicha cierta!
Mirad: pues que el tiempo apura,
Danme las mientes idea
Original y curiosa:
Habrá en la amante contienda
Galán que de amor requiebre,
Y dama esquiva y zahareña.
Haced vos lo de la dama,
Que os ha de cuadrar de veras;
Yo haré el galán: vos reñís,
Cosa para vos no nueva;
Insisto yo, os defendéis.
Vuelvo empeñoso a la tema,
Volvéis a las esquiveces.
Refuerzo yo la insistencia,
Y entre no quiero y sí quiero,
Vos donaire, yo destreza,
Haced que el amor despierte
Y dejadme que yo os venza!

ELLA. ¡Qué vais haciendo el proverbio!

EL. Por hacerlo el alma diera:
¿Aceptáis?
ELLA. Es cosa extraña...
EL. Perdónese por lo nueva:
¿Os decidís?
ELLA. Decidida.
¿Edades?
EL. La mía y la vuestra.
ELLA. ¿Epoca?
EL. Hoy: los amores
No tienen más que una época
ELLA. ¿Y nombres?
EL. De dama el vuestro:
Leonor; ¿qué cosa más bella?
ELLA. Pensad que andamos de burlas.
EL. Pues tanto valen las veras,
Dejad que de burla os llame,
Como sin burla os dijera.
ELLA. Cortés estáis y discreto,
Mas no me place. Teresa
Llámese la ingrata altiva:
Julián vuestro nombre sea.
EL. Ved que notaréis frialdades
Llamándoos a vos Teresa.
ELLA. Es nombre de santa ilustre.
¿Aceptáis?
EL. No haya querella
ELLA. Vos, Julián; Teresa, yo;
Princípiese aquí la escena.

(Arreglan los muebles, como preparando un escenario).

EL. Vos sentada; yo sentado.

ELLA. Sube el telón: ya comienza.
EL. Ved que os dejéis convencer. *(Bajo).*
ELLA. Ved que me llamo Teresa. *(Bajo).*

*
* *

JULIÁN. *(Afectando tono dramático).*
Con ser tanta la verdad
De vuestra rara hermosura,
Mayor es mi desventura
Y mayor mi soledad.
De roca os hizo en verdad
Vuestra buena madre el pecho:
¿Qué ley os dará derecho
Para prendar hombre así?
Con amaros, ¡ay de mí!
¿Qué mal, señora, os he hecho?
ELLA. *(Interrumpiendo la escena, y volviendo a hurtadillas a lo natural).*
(Bajo.) A fe que os ponéis muy grave.
EL. Ved que ha empezado la escena.
ELLA. (¡Jesús con el don Julián!)
EL. (Tócale hablar a Teresa).
TERESA. *(Recobrando su tono de ficción).*
Triste os ponéis de repente:
Hacéis—¡soberbio papel!—
A maravilla el doncel
De don Enrique el Doliente.
Ved que no ha estado prudente
Vuestro triste corazón:
Yo sé que amar es razón,

A quien se ama, y ley muy justa:
Mas, si el galán no nos gusta,
¿Es amar obligación?

JULIÁN. No es de dama tan cortés
Respuesta tan enojosa:
Gala hacéis de donairosa,
Mas lujo de crueldad es.
Ved, señora, que después
De haber abierto la herida,
Tiene la mano homicida
Deber con la caridad,
Y es más bella la beldad
Cuando da a un muerto la vida.
Ved que en el viento las aves
Volando pasan a par:
Ved a las ondas cruzar
Rumorosas y süaves.
Ved que hasta las penas graves
Jamás, Teresa, andan solas:
Ved cuál se juntan las olas
En el correr de los ríos:
Ved, junto a troncos umbríos,
Amarse las amapolas.

TERESA. A fe que de mi amador
Sospechar nunca pudiera,
Que tan presto convirtiera
A Cupido en orador.
Mas faltan al trovador,
Para cautivarme, galas.
No son las endechas malas,
Pero yo nunca he podido
Imaginarme un Cupido

Con levi-sac y sin alas.

JULIÁN. A fe, señora, que tengo
Algo tan duro en los labios,
Que por no haceros agravios,
En el hablar me contengo.
Ved que a trovaros no vengo,
Ridículo trovador:
Ved que si vivo amador,
Y si os ensalzo poeta,
Quien se respeta, respeta
Un digno y honrado amor.
Alas me niega el gracejo
Que vuestros encantos roben;
Mas en cambio de amor joven,
Amor os tengo tan viejo,
Y tan probado y añejo,
Y tan recio en la porfía,
Que acaba, Teresa, el día
Para empezar uno nuevo,
Y en el alma siempre llevo
Encendida el ansia mía.
Y es amor fuego tenaz *(Levantándose)*.
Y ansia y congoja tan fiera,
Que no hay, Teresa, manera
De que yo goce de paz.
Es pensamiento que audaz
Todo el pensar me domina,
Y sueño que me fascina,
Y encanto que me seduce,
Y estrella que me conduce,
Y hasta sol que me ilumina!

TERESA. ¿Por sueño?...

JULIÁN. ¡El alma enamora!
TERESA. ¿Por encanto?...
JULIÁN. ¡Azul parece!
TERESA. ¿Por estrella?...
JULIÁN. ¡No anochece!
TERESA. Y ¿por sol?...
JULIÁN. ¡Alumbra y dora!
Y tanto os amo, señora,
Por lo gallarda y lo bella,
Que hasta en la mísera huella
Que imprimís a vuestro paso,
Ve este amor en que me abraso
Sueño, encanto, sol y estrella.
Es que en el pecho han nacido,
Con pensamientos de amores,
Tantos sueños, tantas flores,
Tanto vigor comprimido,
Que al cabo en paz he vivido
Con la vida que me arredra.
¡Es que creciendo la yedra
Al tronco y muro se prende,
Y luz de amores enciende
Tronco, arbusto, flor y piedra!
TERESA. Incendio vivo y fugaz
Pinta aquí vuestro amor ciego:
Si os lo extingue todo el fuego
Abrasador y voraz,
Restos para amarme en paz
Del fuego no habrán quedado,
Y ¿qué he de hacer, malhadado,
Si el fuego arrecia y atiza,
Con un galán don Ceniza

Consumido y chamuscado?

JULIÁN. Verdad es ella, que el fuego
De vuestros ojos me abrasa,
Y todo prende y arrasa
La antorcha del amor ciego;
Pero es lo cierto que luego,
Fénix, renace el amor,
Y de un campo sin verdor
Hace un raudal de fortuna,
Y de un sepulcro, una cuna,
Y de una piedra, una flor.
Es fama que a un cementerio
Llegó un sabio cierto día,
Afirmando que no había,
Tras de la tumba, misterio.
Un ser blanco, vago y serio,
A la tumba se acercó:
"Amor, amor", pronunció
Con triste voz quejumbrosa,
Y al punto alzóse la losa,
Y el muerto resucitó.

TERESA. Quedar debió el sabio inquieto,
Porque así yo me quedara,
Si me hubiera cara a cara
Con un galán esqueleto.
Vuestras historias respeto;
Pero pensad, don Julián,
Que si tan tétricas van,
De buscar habré un conjuro,
Porque ya pone en apuro
Tanto hueso por galán.
Amador como el doncel,

Prendado de su misterio,
Trae consigo un cementerio
Para prendarme con él.
Y no le basta al crüel,
Para decir que me ama,
Fuego doquiera derrama
Por donde el paso detiene,
Y al fin, cuando a verme viene,
Viene convertido en llama.

JULIAN. *(Toda esta décima avanzando él y retrocediendo ella).*
Ved ¡que es instante supremo
Este, en que de mí os burláis!

TERESA. ¡Ved que ardéis, y que quemáis!

JULIAN. ¡Ved morir!

TERESA. ¡Ved que me quemo!

JULIAN. ¡Morir de desdichas temo!

TERESA. ¡Pensara yo que he de arder!

JULIAN. ¡Miradme ya estremecer!

TERESA. ¡Miradme casi quemando!

JULIAN. ¡Vedme de amor expirando!

TERESA. Vedme de miedo correr.

EL. *(Cambiando bruscamente de tono).*
¡No más, Leonor!

ELLA. *(Como no queriendo entender).*
¿Qué Leonor?
Vos Julián, y yo Teresa.

EL. La comedia el fuego aviva;
Acabe aquí la comedia.
Yo os amo: en vano es que calle
Lo que ni a vos avergüenza;
Ni a mí me da más que honra

Ni a vos más que dichas diera.
Mirad: con ser vos quien sois,
Y con ser, Leonor, tan bella,
Lo que de vos amo menos
Es vuestra altiva belleza.
¡Hay algo en vos que os envuelve,
Algo extraño que os rodea,
Algo puro que os bendice,
Y de vos hasta mí llega,
Y en el alma se me esconde
Y en frente y labios me besa!
(Ella hace movimiento para hablar).
Callad, porque os tengo en tanto,
Leonor amada, que es fuerza
Que penséis lo que digáis
Porque yo en menos no os tenga.
Antes me enojan que vencen
Ridículas resistencias,
En quien de amores se abrasa
Y sus amores nos niega.
¡Decidme lo que pensáis
Presto; mas, por Dios, no sea
Nada, Leonor, que lastime
El corazón que os venera,
Y que con cada latido
En frente y labios os besa!

ELLA. *(Adelantándose sola hacia un lado del proscenio).*
Público: suceso grave.
¿Cómo negarle podré
Todo mi amor, cuando sé
Que lo conoce y lo sabe?

Mándame aquí la costumbre,
Con las mujeres impía,
Que el amor del alma mía
Ni conozca ni vislumbre;
Pero si está el corazón
Saltándoseme a los labios,
¿Cómo puede haber agravios
En las que verdades son?
Yo sé que el pecho amoroso
Lugar para este hombre guarda,
Y sé que mi amor lo aguarda
Por noble y por generoso.
¿Por qué si un amor honrado
Estoy sintiendo en el pecho,
No he de tener yo derecho
A decir que lo he engendrado?
¿Por qué con tanto rigor,
Cuando a un casto bien se aspira,
Ha de ser la vil mentira
Forma fatal del pudor?

EL. *(En el otro extremo de la escena)*
¡Leonor, Leonor de mi vida,
Cómo más presto me hablaras
Si mis angustias miraras
En el alma estremecida!
No es un vago devaneo
Ni pasajero amorío:
Es que este pobre ser mío
Prendido en tus labios veo!
Viví: con decir que es vivo
Muchos recuerdos se dicen

Que en el cobarde maldicen
Y esperan en el altivo.
Amé: con decir que llevo
En el corazón amores,
Digo que el ser de dolores
Se ha trocado en un ser nuevo.
Nada es azul en la vida,
¡Oh, mortal! de lo que ves,
Si no miras al través
De una mujer bien querida.
Nada ¡oh, mortal! es el hombre
Que sin mujer va en la tierra,
Y sin el hijo que encierra
Orgullo y germen de un nombre.
¡Leonor, mi amada Leonor,
Cómo más presto me hablaras,
Si en el alma me miraras
El lago azul de tu amor!
(Cada uno conserva su puesto en un lado de la escena).

ELLA. ¿Cómo decirlo y callarlo?

EL. *(Tendiendo a ella las manos).*
¡Leonor, Leonor!

ELLA. *(Siempre al público).* Si es honesta
Afición la que me mueve,
Si me cautivan sus prendas,
Si es en la forma cortés
Y anida en su alma grandezas,
Y lo amo, porque lo estimo;
Que sólo alcanza completas
Venturanzas el amor
Que en la estimación comienza,

¿A qué mi temor, y el fuego
Que en las mejillas me quema,
Si tengo al par que en el alma,
Claridad en la conciencia?

EL. Luchan amor y pudor
En esa alma limpia y bella;
En quien los años no extinguen
Las blancas flores primeras.
¡Aguarda, aguarda, amor mío,
Que detienen sus promesas
Timideces de mujer
Que el valor de amor aumentan!
(Los dos adelantándose a un tiempo).

ELLA. ¡Julián!

EL. ¡Leonor!

ELLA. *(Turbada.)* Yo no sé...

EL. ¡Palabra que tanto cuestas,
Si honrada en el alma naces,
Presto, presto al labio vengas!

ELLA. ¡Te amo, te amo!

EL. *(Con transporte.)* No tienen
Todas las humanas lenguas,
Ni las aves en los bosques,
Ni las brisas en las selvas,
Ni la tórtola nocturna
De quejumbrosas cadencias,
Conjunto tal de armonías,
De espacios divinos prenda;
Que después de haber oído
¡Te amo! de tu boca bella,
Hay más azul en el cielo,
Hay más calor en la tierra,

Y el aire un beso, otro beso,
Onda tras onda se lleva.

ELLA. *(Como dudando.)* ¿Amor firme?

EL. Nunca mueren
Estos cariños que empiezan
Con suave calma, que luego
Respeto y tiempo alimentan,
Y son del cuerpo sostén,
Más que deleitosa presa.
Estima, calma, respeto,
Unión en lo que se piensa
Confusión de vida y vida,
¿Cómo es posible que mueran
Si uno en el otro se apoyan
Y con dos vidas alientan?

ELLA. ¿Y el proverbio?

EL. No de burlas
Lo digas: antes de veras
Afirma que lo hemos hecho,
Pues, ¿dónde hay mejor comedia
Que el corazón de los hombres
Y de mujer las ternezas?

ELLA. La noche llega.

EL. En el teatro
Repetiremos la escena.

ELLA. Y ¿quién de silbarte habrá
Que ame, espere, sufra y sienta?
Mas, ¿qué papel en tu pecho
Muestra la frente indiscreta?
¿Papel de amor?

EL. *(Sacándole).* De congoja
Es muy probable que sea.

Míralo tú.

ELLA. ¡Del autor!...

EL. *(Como quitándoselo.)* ¡Osadía como esta!
Pero no habrá de leerse.
Dame.

ELLA. No. Cumplir es fuerza
Su voluntad: "Al buen público".
Dice así: "Carta modesta":
Juguete es este sencillo
Hecho al correr de la pluma,
En un instante de suma
Pereza. El alma sin brillo
Está de quien lo escribió:
Cuando sin patria se vive,
Ni luz de sol se recibe,
Ni vida el alma gozó.
Vino Guasp: quiso tener
Piececilla baladí,
Por darte, público, a ti
Algo agradable que ver.
Por la mañana encargó,
Y se pensó en la mañana,
Más frívola que galana;
Por la tarde se acabó.
Hízose así, tan de prisa,
Y apenas solicitada,
De tal manera, que nada
Puede excitar más que risa.
Mas piensa, público amigo,
Que cuando el alma se espanta
Y se tiene en la garganta
Fiero dogal por testigo,

La inteligencia se abrasa
Y el alma se empequeñece,
Y cuanto escribe, parece
Obra mezquina y escasa.
En este juguete mira
Caprichosa distracción.
De un mísero corazón,
Que por hallarse suspira.
Siente, ama, estima, perdona
Con tu natural bondad:
Si es malo, la voluntad
De actor y poeta lo abona.
Nada mejor puede dar
Quien sin patria en que vivir,
Ni mujer por quien morir,
Ni soberbia que tentar,
Sufre, y vacila, y se halaga
Imaginando que al menos
Entre los públicos buenos
Amor con amor se paga.

TELÓN

This book is DUE on the last date stamped below

JAN 16 1946
MAY 28 1935
4 WK SEP 26 1995
SEP 15 1995
DEC 22 1948
JUN 12 1937
NOV 21 1952
REC'D LD-URL
FEB 28 1938
NOV 11 1956
APR 07 1997
APR 01 1997
SEP 30 1960
OCT 17 1961
RECEIVED
MAIN LOAN DESK
FEB 26 1966
A.M. 7 8 9 10 11 12 1 2 3 4 5 6 P.M.
APR 20 1943
MAY 26 1943
REC'D LD-URL
AUG 28
JUN 18 198
JAN 14 1946
MAR 9 1966
m L-9-35m-8,'28

3 1158 00594 8145